

Astrólabio

Número 2, noviembre de 1998



Entrevista con Manuel Acosta Bonilla

Los Años 90 en perspectiva Mario Posas Tres poemas Tulio Galeas
Historia e identidad de los garífunas Rodolfo Pastor Fasquelle

Felipe Burchard

En los cuadros y dibujos de Felipe Burchard campea un universo sensorial desatado, hecho de libertades y desenfrenos. Me explico: se trata de una pintura gozosa, edificada sobre el sentido del placer visual, y donde la ironía nutre la textura de su arte.

En la obra creativa de este pintor hondureño el mundo deja de ser medido con el rasero de lo convencional, no porque se cancele lo real o la composición parezca delirante, sino por la intensidad de la percepción aunada a los medios expresivos utilizados.

A partir de un manejo extraordinario del dibujo como sustrato formal, y con la incorporación del poder vital de los colores, el pintor crea un lenguaje figurativo propio, uno de los más llamativos y de mayor solidez en el país.

Gracias a su riqueza imaginativa y a su dominio del oficio, Felipe Burchard es capaz de iluminar -a fognazos- vertientes ocultas del acontecer diario. La opulencia y brillantez de su pintura parten no tanto del entronque con la realidad cuanto de su destreza para descomponerla y reajustarla.

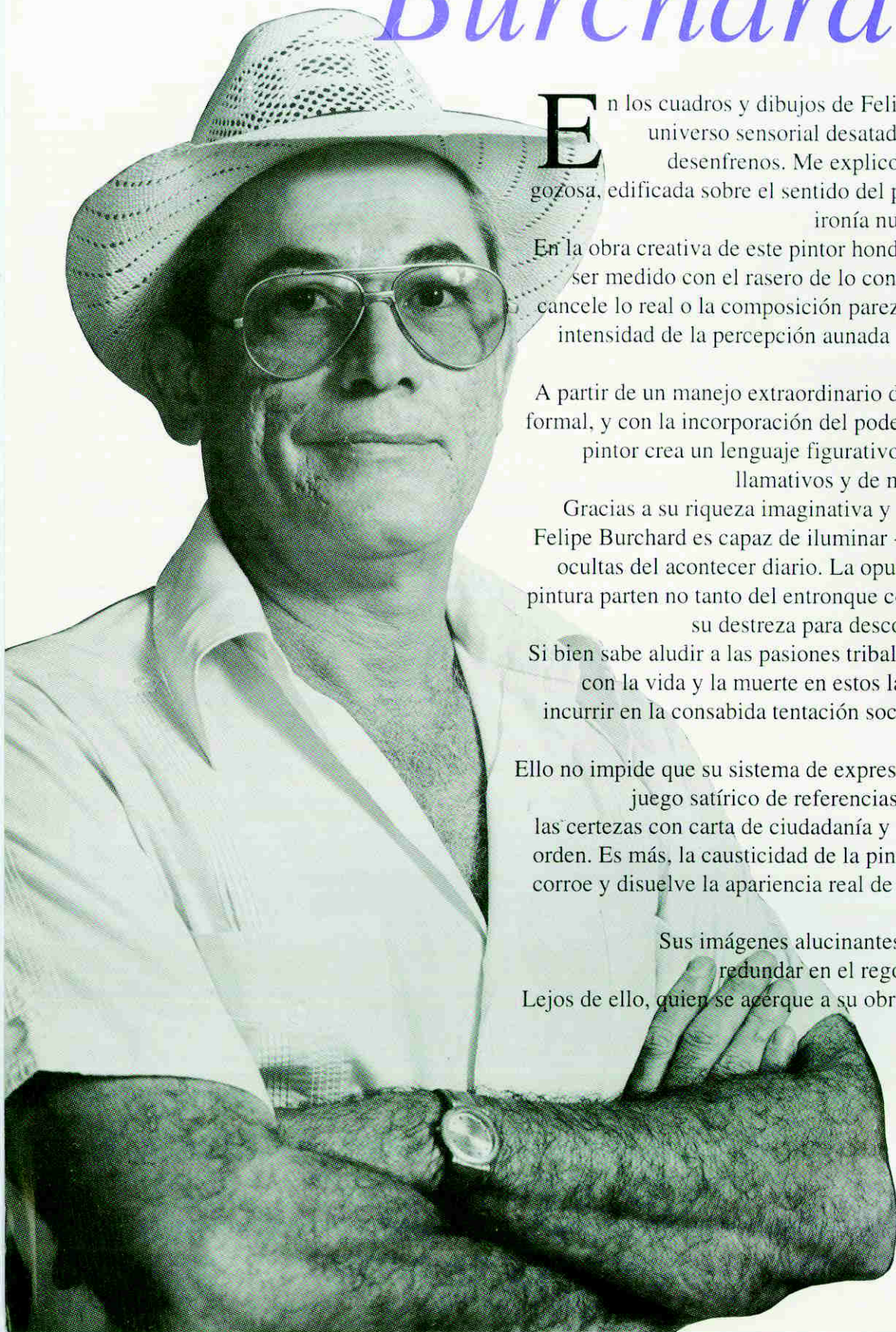
Si bien sabe aludir a las pasiones tribales (triviales) que litigan con la vida y la muerte en estos latifundios, su obra evita incurrir en la consabida tentación sociológica, en la cháchara populista.

Ello no impide que su sistema de expresión pictórica entrañe un juego satírico de referencias y alusiones que socava las certezas con carta de ciudadanía y perturba las razones del orden. Es más, la causticidad de la pintura de Felipe Burchard corroe y disuelve la apariencia real de lo visible, como la gota letal del ácido.

Sus imágenes alucinantes, por tanto, mal pueden redundar en el regodeo o la complacencia.

Lejos de ello, quien se acerque a su obra lo hace bajo su propia «cuenta y riesgo».

Hernán Antonio Bermúdez



Astrolabio

Número 2, noviembre de 1998

S U M A R I O

Ilustraciones: pinturas y dibujos de Felipe Burchard

L A T I T U D E S

- 2. El desafío de la democracia *Marvin Barahona*
- 8. Los años 90 en perspectiva *Mario Posas*
- 14. Historia e identidad de los garífunas *Rodolfo Pastor Fasquelle*
- 21. Centroamérica, imagen y semejanza *Rigoberto Paredes*
- 23. Visión de China *Víctor Meza*

P L A N E T A R I O

- 25. Entrevista con Manuel Acosta Bonilla

P R O S A

- 34. Brevedad y largueza *Horacio Castellanos Moya*
- 36. Las tijeras y su padre *Roberto Sosa*
- 38. El fantasma del Doctor Koestler *Roberto Castillo*
- 42. La Única *Jorge Travieso*
- 52. Tres poemas *Tulio Galeas*

A S T R O L I B R O S

- 54. PAZ: águila y sol *Rigoberto Paredes*
- 56. Caja de música *Hernán Antonio Bermúdez*

Editor: Víctor Meza **Coordinador Editorial:** Hernán Antonio Bermúdez

Consejo de Redacción: Eduardo Bähr, Hernán Antonio Bermúdez, Rigoberto Paredes, Roberto Castillo, Víctor Meza.

La revista *Astrolabio* es una publicación del Centro de Documentación de Honduras (CEDOH), Apartado postal número 1882, Tegucigalpa, Honduras. Teléfono (fax) (504) 239-4930 Correo electrónico: Cedoh @ david.intertel.hn.

El diseño del logotipo de *Astrolabio* es obra de Edmundo Lobo. Las fotos de los cuadros y dibujos de Felipe Burchard son obra de Evaristo López R.

Diagramación: Héctor Varela. **Impresión:** Litografía López, Tegucigalpa, Honduras.

Derechos reservados. Los textos firmados son responsabilidad de sus autores. El Consejo de Redacción no devuelve originales no solicitados ni mantiene correspondencia sobre los mismos. Se autoriza la reproducción de textos siempre y cuando se cite la fuente.

Astrolabio agradece a HIVOS y PRODECA, sin cuyo apoyo este proyecto no habría sido posible.

El desafío de la democracia: pasado y presente

M a r v i n B a r a h o n a *

En Honduras la democracia sigue siendo un desafío: su práctica cotidiana en una amplia dimensión, la profundización de sus valores y la defensa de los mismos continúan pendientes en la vida política del país.

El proceso de consolidación y expansión de la democracia y sus valores en Honduras ha sido condicionado, básicamente, por tres factores. El primero es de carácter histórico, relacionado con las huellas profundas dejadas por el autoritarismo en la historia política del país y por lo mismo es el de más largo alcance; el segundo deriva del alto grado de dependencia económica y política que sufre el país, respecto a los Estados Unidos y cada vez más frente al mundo global. El tercer factor es de carácter económico y social y se vincula estrechamente con el carácter clasista y elitista de la estructura socioeconómica de Honduras.

1. La tradición autoritaria emergió de los valores impuestos por los conquistadores y colonizadores españoles durante los trescientos años de la dominación hispana en Honduras. La sociedad colonial hondureña fue gobernada, en efecto, por una cadena de mando vertical y cerrada, que respondía a los mandatos y disposiciones de centros de poder extralocales (la Corona, la Capitanía General, la Audiencia de Guatemala)

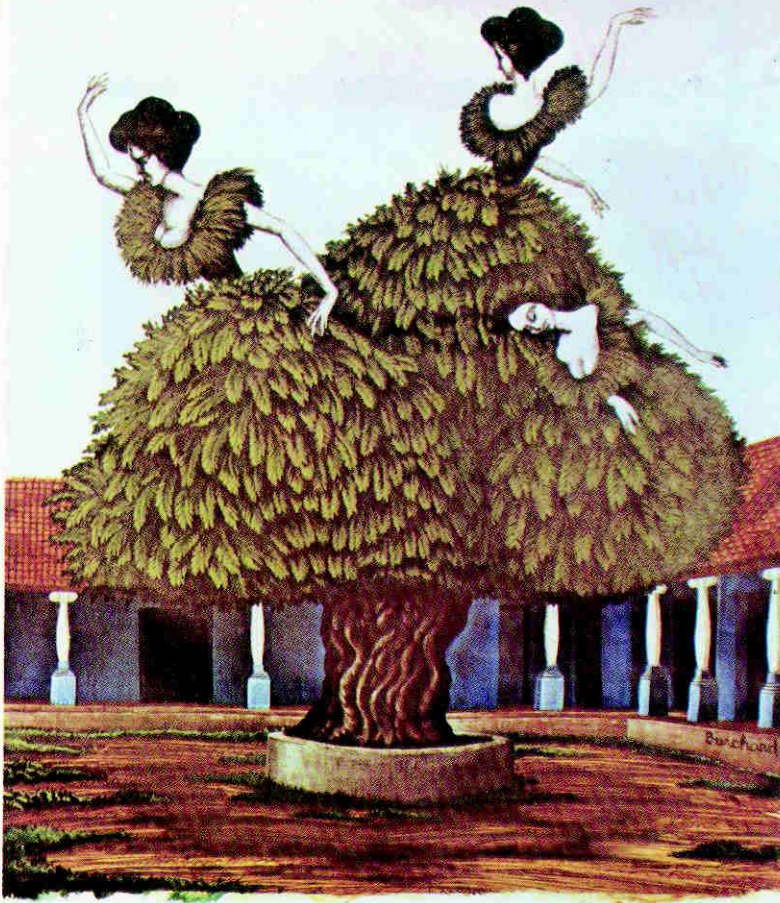
los que eran ejecutados por los gobernadores, alcaldes mayores y otros funcionarios en la cadena de mando. La tradición autoritaria colonial, por otra parte, se combinó -en el proceso- con la tradición caciquista de los indígenas conquistados.

La imagen del poder autoritario, tan real como simbólica del conquistador, del colono encomendero, del alcalde mayor, del cacique tribal, apuntaba siempre a un individuo, el que sin excepción pertenecía al género masculino. Así se fue conformando una sociedad que depositaba, sin reservas, todo el poder y la autoridad en un puñado de individuos, una especie de oligarquía a cargo de todos los renglones de poder y que ejercía un férreo dominio y control social.

La vida cotidiana -entretanto- fue homologada a los valores dominantes en la estructura social, derivados de la jerarquía y el autoritarismo hispano-indígena. La pirámide social colonial generaba desigualdades de toda clase, pero una de las más perdurables fue la concentración del poder a grande, mediana y pequeña escala en figuras individualizadas que reproducían en sus espacios respectivos los valores autoritarios del régimen.

Lo más significativo en el desenvolvimiento de esta estructura de poder fue, por una parte, el cierre de todos los espacios posibles a la intervención de la población en su autogobierno; y, por otra, la creación de

* Historiador y columnista, autor de *Evolución histórica de la identidad nacional*.



las bases para el establecimiento del caudillismo postcolonial, como resultado de la fusión de las formas hispanas e indígenas de gobierno y dirección social. De ahí a la aparición de «caciques» y «caudillos», a escala geográfica, desde las aldeas hasta los poblados urbanos y rurales más importantes, había un trecho muy corto.

La sociedad colonial pudo haber desarrollado espacios propios para allanar el camino hacia formas menos autoritarias de poder. Los cabildos de españoles y de indios, por ejemplo, pudieron haber sido estructuras propicias para una transición de tal naturaleza, pero su existencia en la sociedad colonial distaba mucho de ser la expresión popular que se encuentra en el origen de estas estructuras de participación y expresión en España.¹ El verticalismo y la rigidez del control político y social en la sociedad colonial convirtió a los ca-

¹ La documentación colonial registra menciones como las de «alcalde electo», «autoridades electas», etc., refiriéndose a los cabildos, pero hasta hoy no disponemos de información sistemática sobre las formas utilizadas para la elección de los mismos. En el caso de los pueblos de indios, existe evidencia de que en algunos casos los cargos de gobierno municipal recaían exclusivamente en los grupos familiares pudientes, transmitidos hereditariamente.

bildos en simples vehículos de transmisión de la autoridad. Si algunos cabildos de españoles o de indios crearon algo parecido a la participación popular en la toma de decisiones, esa experiencia no fue el patrón imitado por la colectividad de los cabildos existentes en la provincia de Honduras.

La herencia histórica es bastante clara: los espacios políticos para la participación colectiva en la dirección política de la sociedad nacieron cerrados y para el usufructo exclusivo de élites claramente identificadas; los elementos que pudieran dinamizar políticamente a la sociedad colonial no existían, en su lugar predominó la rigidez de la estructura social, económica y política. ¿Podría esperarse de una herencia tal, algo que no fuera una continua resistencia al cambio o la búsqueda de una reproducción permanente del statu quo?

2. El caudillismo autoritario, imperante a lo largo del siglo XIX, heredero y reproductor de la herencia histórica, condujo al sistema político hondureño a un callejón sin salida. Las alianzas establecidas entre los caudillos-gobernantes hondureños y sus pares más fuertes del istmo, «llenaron» el vacío de poder dejado por el antiguo poder metropolitano en sus provincias centroamericanas. El país estaba históricamente condicionado para la dependencia respecto a centros de poder externos, los cuales, siendo igualmente autoritarios, no creaban expectativas favorables para la democracia en Honduras, ni para el inicio de procesos participativos en la gestión pública.

Las condiciones internas en Honduras tampoco eran propicias para procesos de tal naturaleza. Las ideas sustentadas por algunos caudillos «ilustrados» proclamaban el establecimiento de una democracia formal, bajo la inspiración del liberalismo clásico, pero en la práctica el ideal democrático seguía siendo elitista y por lo tanto excluyente, puesto que eliminaba la participación político-electoral de los analfabetas, las mujeres y los que no eran propietarios, es decir, la inmensa mayoría de la población. No es retórico afirmar que, en Honduras, incluso la democracia formal fue despojada de su sentido más auténtico, en su propio nombre.

El curso de esa historia también condicionó la futura dependencia del país respecto a los Estados Unidos y sus compañías bananeras que, desde el inicio mismo



de su presencia en Honduras a principios del siglo XX, aprovecharon las características del sistema político del país para utilizarlo en beneficio propio. Sólo que esta vez la dependencia política vendría acompañada de una dependencia económica que llevaría al sistema político de Honduras a una perversión casi total.

El sistema político descrito se reprodujo con pocas variantes a lo largo del siglo XX. Los primeros treinta años del siglo actual fueron de inestabilidad política y aguda lucha entre los caudillos autoritarios, cuyo éxito o derrota -en una medida aún por cuantificar en toda su dimensión- estaban condicionados a la intervención de Estados Unidos y sus compañías bananeras.

El mecanismo de intervención más común era el de enviar embarcaciones militares a las costas hondureñas, con propósitos «disuasivos», para después convertir a la legación diplomática de Estados Unidos en árbitro de las contiendas políticas hondureñas, como ocurrió en diversos momentos entre los inicios del siglo y la tercera década del mismo. En 1924, el gobierno de Estados Unidos llegó incluso a imponer su voluntad política en Honduras al enviar tropas a Tegucigalpa, supuestamente para proteger los intereses de sus ciudadanos y dirimir los problemas que

enfrentaban a diversos caudillos hondureños desde la guerra civil de 1923.

En ese orden impuesto por la herencia histórica y las nuevas circunstancias externas, la «democracia» hondureña estuvo condicionada por la política imperial de Estados Unidos hacia la región, por los intereses de las compañías bananeras y por la impronta autoritaria

La «democracia» hondureña estuvo condicionada por la política imperial de Estados Unidos hacia la región, por los intereses de las compañías bananeras y por la impronta autoritaria de los caudillos locales.

de los caudillos locales. Ningún espacio para la participación popular en el sistema político fue creado en ese período, por el contrario, hasta el final de la primera mitad del siglo XX Honduras fue gobernada por una dictadura que durante casi dos décadas acabó con cualquier esfuerzo político para cimentar los valores de la democracia en el país.

Hoy en día, el mundo de la economía global genera nuevos lazos de dependencia, los países deudores rinden cuentas en Washington, ante el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, pero también ante el Club de París y otros acreedores multinacionales; mientras los clamores por más ayuda para el desarrollo se dirigen a Europa, Japón o Taiwan. En suma, las democracias pobres de hoy pasan por muchos meridianos, pero a todos ellos se llega de rodillas.

3. El autoritarismo y la ausencia de democracia en la tradición heredada, tanto la que derivó del mundo colonial como la del período nacional decimonónico, sumados al interés de los caudillos locales en perpetuar el proceso, se combinó con una estructura social y económica igualmente excluyente y elitista, que prolongaba los privilegios adquiridos y se convertía en el obstáculo más serio para la transformación económica, social y política de Honduras.

Al margen de las consideraciones de las que se suele deducir los rasgos característicos de la economía hondureña de los dos últimos siglos, como la pobreza y los bajos ingresos, la orientación de la producción hacia el exterior, la concentración de la riqueza y la desigualdad en la distribución del ingreso, no cabe duda de que el sujeto más presencialmente ausente en todo este panorama es la figura jurídica (¿o económica?) a la que simplemente podríamos denominar «propietario», la que en rigor debería preceder en el tiempo a esa otra que se denomina «ciudadano».

La relación propietario-ciudadano ha estado ausente en los análisis de la realidad hondureña, y mucho más en la práctica cotidiana de la democracia. Sin embargo, ¿cuáles otras categorías podrían estar más íntimamente relacionadas con el surgimiento de procesos democráticos, con la aparición de una auténtica cultura política y, más allá, con la apertura y permanencia de espacios políticos en donde el diálogo se produzca entre iguales? ¿No debe tener la democracia un sustento a la vez económico, social y político que después le permita proyectarse hacia dimensiones del mismo contenido en la forma de «derechos ciudadanos»?

En la legislación hondureña del siglo XIX abundan las referencias a las categorías denominadas «propietario» y «proletario», en principio estrechamente relacionadas con los ingresos percibidos, pero que en realidad tenían una connotación que expresaba un «status social», que marcaba la distancia existente entre los que tenían y los que no tenían; lo que desde el punto de vista político significaba la diferencia entre los que estaban dentro y los que estaban fuera del sistema, es decir, la diferencia entre los que tenían derechos ciudadanos y los que no los tenían (que eran las mismas características que en la época colonial separaban a los criollos de los ladinos).

A una estructura económica excluyente correspondía, asimismo, una estructura política del mismo contenido. ¿Podía prosperar la democracia política en un contexto de esta naturaleza? ¿Se debe esperar, para alcanzar la democracia, que los ciudadanos emerjan primero como propietarios o, por el contrario, deben ser los ciudadanos los que luchen por convertirse en propietarios?

Estos puntos son de primera importancia para comprender no sólo el curso seguido por los procesos políticos del país, sino también para vislumbrar las fortalezas y debilidades de la democracia hondureña, las deudas que le quedan por saldar y sus potencialidades de cara al nuevo milenio.

La evolución política de Honduras en los últimos 50 años, después de la dictadura del general Tiburcio Carías (1933-1949), se ha debatido entre dos polos completamente opuestos: la reforma controlada y el autoritarismo militar, sin que ninguno de los dos haya logrado tocar el fondo de los problemas cruciales para la democracia en el país: la ausencia de ciudadanos y la necesidad de convertirlos en propietarios y en demócratas auténticos.

1. LA REFORMA CONTROLADA (1949-1963)

Los intentos de modernizar el Estado, incluyendo la adopción de políticas destinadas a la contención o prevención del descontento social, como la reforma agraria, la seguridad social, la legislación laboral, entre otros, tuvieron lugar en Honduras entre 1949 y 1963. Durante ese período, Honduras pareció encaminarse hacia el establecimiento de una democracia formal (otra vez) estable y duradera, con la alternabilidad del poder proclamada por el bipartidismo (con excepción de un breve período de extravío entre 1955 y 1957), las mujeres conquistaron el derecho al voto y a la representación política, y las ideas sobre el respeto a un «orden constitucional» tuvieron lugar en ese período. No obstante, las reformas tenían limitaciones políticas, «fallas de origen», que finalmente impidieron tanto la profundización del proceso como su culminación. La apertura política de la década de 1950, pese a su timidez, facilitó las condiciones y preparó el escenario para una rápida expansión de la organización popular (obreros, campesinos, maestros, estudiantes y mujeres), y se dieron pasos serios en la conformación de movimientos reivindicativos y de presión que, en algún momento, preocuparon a la élite gobernante,

aunque jamás llegaron a convertirse en una verdadera «fuerza social», con una propuesta política alternativa o de establecimiento de una democracia que traspasara los umbrales de la formal.

¿Podieron los agrupamientos populares haber sustentado, políticamente, el reformismo de la élite gobernante, en lugar de adoptar el antagonismo de la reivindicación gremial, y de esa manera haber garantizado la preeminencia del poder civil sobre el militar? ¿Qué elementos del reformismo estatal pudieron sembrar los gérmenes de una contrarreforma violenta y represiva, que puso al poder militar sobre el poder civil en 1963? Las respuestas a estas interrogantes sólo pueden encontrarse en una relectura de la historia nacional, aún inconclusa.

2. EL AUTORITARISMO MILITAR

Las fuerzas armadas irrumpieron en la historia nacional en 1963 para dejar una huella, tan profundamente marcada, que hasta hoy empezamos a borrar sus peores trazos. El retorno al viejo autoritarismo -esta vez con una alta dosis de intolerancia- que de hecho llegó incluso a ilegitimar a los partidos políticos, utilizando como instrumento a las fuerzas armadas (reorganizadas e institucionalizadas, autónomas desde 1957), marcó profundamente la vida política de Honduras durante este último medio siglo.

Desde 1963 hasta 1980, la vida política de Honduras estuvo en manos de las fuerzas armadas reforzando una vez más las ideas y las prácticas de una vida política autoritaria, en el extremo opuesto de la democracia y la participación ciudadana. Los espacios políticos mínimos creados durante el período de la «reforma controlada» volvieron a cerrarse. ¿Esos mismos espacios, fueron reabiertos por los militares y la burguesía nacional en la década de 1970 para recuperar las posibilidades entreabiertas por la reforma controlada? ¿Qué ganó la democracia con las intervenciones aventureras de los militares?

Desde 1980 hasta nuestros días, vivimos una etapa de transición que nos lleva del autoritarismo militar a la democracia controlada, tras haberse asumido en cada período las herencias del pasado y haberse cometido nuevos crímenes contra la democracia. ¿Cómo caracterizar los últimos años de la vida política de Honduras? ¿Cómo medir los avances de la democracia durante este período?



1. LAS CONTRADICCIONES DE LA DEMOCRACIA FORMAL

La contradicción principal del proceso democrático hondureño es el abismo existente entre los principios proclamados para democratizar la vida política y el ensanchamiento continuo de la pobreza en la inmensa mayoría de la población (más del 70% de la población en el caso de Honduras), sin que la democracia tenga nada que decir, ni hacer, para impedir el avance y la profundización de tal fenómeno. ¿Es nuestro ideal la construcción de una democracia de harapientos?

Incluso en la esfera política, durante la década pasada, observamos la enorme contradicción existente entre la proclamación de un orden constitucional presidido por los civiles y, como contexto obligado, la aplicación de una «doctrina de la seguridad Nacional», inspirada desde Estados Unidos pero implementada por las fuerzas armadas hondureñas y asumida públicamente por el sistema político bipartidista y las élites que se sirven del mismo. ¿Qué lecciones extrajeron esos actores y la democracia hondureña de aquella aventura sangrienta y vergonzosa?

El otro problema fundamental de la democracia hondureña de hoy, desprendido del anterior, es el que se manifiesta en su absoluta incapacidad para mejorar la calidad de vida de los hondureños, para darles el sustento que les permita dar el salto hacia su conversión en ciudadanos. Esto último es lo único que permitiría darle al concepto de democracia un sentido auténtico y esencial, sacándolo de su reducto institucional para darle una proyección hacia las áreas social y economi-

ca. ¿Acaso no estamos hoy perplejos ante la paradoja de estar creando una ciudadanía sin ciudadanos?

Aunque el sistema político actual no percibe el fenómeno claramente, la ausencia de democracia económica y social dentro del proceso «democratizador» del país, lo pone a las puertas de un retroceso muy cercano al colapso. Se observa, por ejemplo (aparte del creciente abstencionismo electoral), que mientras el Estado y los partidos políticos «enfatan» la democratización política, la colectividad social desplaza su interés hacia proyectos económicos, individuales y colectivos, que vengan a llenar ese vacío nunca ocupado por el sujeto al que denominamos «propietario».

La «política», tal y como la conocemos en Honduras, como instrumento de artificio utilizado por las élites dominantes para legitimar su hegemonía en todos los ámbitos de la vida nacional, se ve superada, cada día con mayor evidencia, por el cansancio (¿o frustración?) de la población hacia las prácticas políticas viciadas y demagógicas. ¿Qué otro hecho podría explicar que la misión de nobleza encarnada en la política, entendida en su acepción clásica, sea hoy un oficio que se reservan para sí toda clase de bribones? ¿Dónde están los hombres y mujeres honrados y comprometidos con su nación, capaces de asumir con entereza los retos de la democratización de Honduras?

2. LAS EXPECTATIVAS DEL PROCESO ACTUAL

Las expectativas de la población respecto del proceso democratizador en Honduras, sin duda, van más allá del proceso de desmilitarización asumido por las últimas administraciones, pero hasta hoy los agrupamientos sociales desde los que se pudiera originar una propuesta de cambio social no han convertido la democracia en proyecto político de cambio. Se percibe, es verdad, la diferencia entre la ideología neoliberal y la democracia auténtica, pero no existe una propuesta instrumental que invierta el proceso.


Las expectativas y los proyectos colectivos se muestran aún débiles y ambiguos, a veces atraídos por reformas cosméticas que dejan intacto el cuerpo entero del modelo neoliberal. La democracia, como se repite a menudo, ha sido el estandarte del capitalismo en las batallas contra sus enemigos políticos. Paradójicamente, un proyecto alternativo de cambio, sustentado en la práctica de una democracia auténtica y plural, a nivel global y local, podría vitalizar a las nuevas fuerzas

sociales que manifiesten interés en apostar por vías políticas alternas y renovadas, frente a los fracasos del modelo actual de dominación. ¿Hasta dónde existe capacidad para darle nueva vida a la democracia hondureña? ¿Existen las fuerzas sociales capaces de asumir tal proyecto en beneficio de las mayorías?

Las reformas institucionales de la actualidad (modernización estatal) parecen ser un paso necesario y obligado del sistema político hondureño, pero tales reformas, por sí mismas, no garantizan la práctica de una democracia auténtica, porque no tocan el fondo de los obstáculos que indefinidamente han impedido la democracia en Honduras.

Si el autoritarismo, la intolerancia, la falta de participación popular y la inexistencia de ciudadanos han sido los obstáculos esenciales para la existencia de la democracia en Honduras, son esos los elementos que es preciso erradicar. La práctica del referéndum y el plebiscito tanto para la aprobación del presupuesto nacional y de los proyectos de inversión social, como para adoptar otras decisiones fundamentales de la vida nacional; la conversión de las promesas electorales en instrumentos jurídicos de obligado cumplimiento; la consulta popular para aprobar o rechazar nuevos compromisos de endeudamiento público son, entre otras, prácticas que una democracia que quiera ir más allá de la formalidad debe adoptar para alcanzar su propia madurez. ¿Utopías o exigencias de democracia auténtica?

Las instituciones y todos los elementos normativos del orden vigente pueden ser buenos y útiles, pero si no contribuyen a crear las bases para edificar una auténtica ciudadanía, para mejorar la calidad de vida de las mayorías, convirtiendo a los proletarios en propietarios, Honduras seguirá siendo un país de «muchas leyes», pero también de «muchas injusticias».

Las expectativas fundamentales del proceso democrático deberían centrarse en la proyección de los valores y los ideales democráticos hacia la solución de las desigualdades sociales y económicas prevalecientes en la actualidad. Mientras la democracia no busque la transformación de las estructuras más viejas e injustas de la sociedad, seguirá siendo sólo «la democracia realmente existente», formal e inauténtica, con raíces superficiales y fáciles de arrancar en cualquier coyuntura adversa. 

Los años 90 en perspectiva

M a r i o P o s a s *

La década del 90, que está próxima a concluir, es crucial para entender el país en el cual los hondureños tendremos que vivir en el siglo XXI. El lapso que se inicia en el año de 1990 ha sido marcado por algunos hechos fundamentales en lo económico, social, político y cultural, que nos permiten perfilar con claridad, aún en tiempos tan cambiantes como los que vivimos, la Honduras del próximo siglo.

I. AJUSTE ESTRUCTURAL

Uno de los hechos más significativos e influyentes en la Honduras de hoy y del futuro cercano, han sido, sin lugar a dudas, los programas de ajuste estructural que comenzaron a proyectar su impacto estremecedor sobre la economía y la sociedad hondureña a partir del año de 1990.

Si bien es cierto que programas de estabilización de la economía empezaron a ser realidad en la década del 80, durante los regímenes de Roberto Suazo Córdova (1982-1986) y de José Azcona Hoyo (1986-1990), un programa de ajuste estructural de la economía de corte neoclásico, monetarista y neoliberal sólo comenzó a materializarse con el decreto 18-90 del 5 de marzo de 1990 emitido por el régimen conservador de Rafael Leonardo Callejas (1990-1994). El programa de ajus-

te callejista ha sido profundizado por un segundo programa de ajuste estructural de la economía contenido en el decreto 135-94 del 12 de octubre de 1994 del régimen de Carlos Roberto Reina (1994-1998) y por un tercero aprobado el 29 de abril de 1998 por el régimen de Carlos Roberto Flores (1998-2002).

Teniendo como mar de fondo el proceso de reestructuración e integración internacional del mundo capitalista bajo la égida de las grandes corporaciones multinacionales y de los organismos internacionales de crédito, que privilegian la defensa de los intereses de los países altamente industrializados, los programas de ajuste estructural de la economía que se han puesto en vigencia aspiran a remover todas las barreras que limitan la libre circulación de mercancías y capitales, y potenciar al sector empresarial para que pueda mejorar las exportaciones y cumplir, por esa vía, los requerimientos del pago de la deuda externa de nuestros países. Estos programas pretenden también mejorar la competitividad de las mercancías que exportan nuestros países a través del abaratamiento de la mano de obra al tiempo que reducen el tamaño y gravitación del Estado en la vida nacional mediante la disminución del empleo estatal y la privatización de las empresas estatales. Hay que decir que estos dos últimos procesos no han avanzado de manera significativa porque cuestionan las bases del patrimonialismo y clientelismo secular, y una de las fuentes tradicionales de acumulación originaria de capital como es el

* Sociólogo, profesor universitario, autor de varios libros.

acceso a las arcas del Estado, ya sea del sector centralizado o del descentralizado.

Por la vía de la devaluación de la moneda, que en lo que va de la década ha septuplicado su valor tradicional de 2 lempiras por un dólar, los trabajadores asalariados han perdido una notable porción del poder adquisitivo que disfrutaron durante tantas décadas y se debaten hoy en día ante la imposibilidad de que sus lempiras les permitan, por lo menos, sobrevivir con decoro. Como es fácil imaginar, los programas de ajuste estructural de la economía han hecho más dramática la situación de los hogares que viven en condiciones de pobreza y de indigencia, los que representan en la actualidad un poco más del ochenta por ciento de la población. Muchos asalariados, abrumados por las deudas, la zozobra y angustia que provoca ver que el salario mensual no pueda estirarse para que dure más, se interrogan a sí mismos sobre cómo es que los pobres logran sobrevivir con los ingresos que obtienen si ellos mismos, que trabajan y que disfrutan de un ingreso estable, a duras penas pueden satisfacer las necesidades básicas de la vida.

Como contrapartida a este panorama de dificultades económicas, de pobreza y miseria generalizada, los programas de ajuste han abierto el camino para que los más ricos se hagan aún más ricos, ampliando la ya tradicional brecha entre ricos y pobres que ha sido característica de los países latinoamericanos. Hay símbolos de status altamente visibles que acreditan la dramática desigualdad social que se ha apoderado del país en los últimos años. Está, por ejemplo, la ostentación suntuaria de los que poseen majestuosos automóviles que se desplazan raudos ante los ojos impávidos de esas madres andrajosas y sus ejércitos de hijos mendicantes, que les piden unas monedas a fin de redondearse un ingreso elemental. Se trata, aunque es difícil admitirlo sin cierto desasosiego, de una típica estrategia de sobrevivencia con vistas a enfrentar la extrema pobreza. En breve, los programas de ajuste estructural de la economía, que han liberado de trabas la libre circulación de mercancías y capitales, nos han traído también una sociedad altamente polarizada en la que la igualdad de oportunidades, que es un elemento básico del léxico social y político de

Los programas de ajuste estructural de la economía, que han liberado de trabas la libre circulación de mercancías y capitales, nos han traído también una sociedad altamente polarizada

nuestro tiempo, tiene pocos visos de ser realidad. Es éste, desde el punto de vista social, uno de los grandes desafíos que tendrán que enfrentar las mentes de los políticos reformistas y de los diseñadores de políticas sociales en la Honduras del siglo XXI para mejorar las bases de la legitimidad social y política del Estado.

2. DEMOCRATIZACIÓN DE LA SOCIEDAD HONDUREÑA

La sociedad hondureña ha visto cambios importantes en sus instituciones políticas. En primer lugar, estamos viviendo un período privilegiado de la historia política nacional en materia de sucesión presidencial. Por primera vez en la historia política del país hemos tenido varios procesos electorales en línea de continuidad y la sucesión presidencial se volvió algo rutinario y previsible, no sólo entre candidatos electos de un mismo partido político sino también entre partidos políticos rivales. Esto es extraordinario en un país cuya historia política ha estado plagada de guerras civiles, de elecciones fraudulentas y de golpes de estado militares. Constituye un logro fundamental que los hondureños podremos disfrutar al alborear el nuevo siglo, cosa que no pudieron hacer los hondureños que vieron alborear el siglo pasado, que comenzó con la elección de 1902, de la cual no resultó

ningún candidato vencedor e hizo inevitable la guerra civil que le permitió a Manuel Bonilla acceder la Presidencia del país en febrero de 1903, y quien, como es conocido, no pudo concluir su mandato presidencial por haber sido expulsado de la gestión del ejecutivo por una nueva guerra civil. Como se sabe, Bonilla pudo recuperar el ejercicio del poder ejecutivo años después mediante una guerra civil en cuya generación y aprovisionamiento jugó un papel estelar el magnate bananero Samuel Zemurray. Un adulto de nuestro tiempo ha ejercido el sufragio seis veces en los últimos 18 años contados a partir del mes de abril de 1980, cuando los hondureños elegimos una asamblea Nacional Constituyente que emitió y aprobó la Constitución Política vigente, la número 13 de la inestable y atribulada historia política del país. Sus padres, en cambio, en un período de casi 30 años contados a partir de 1950 sólo pudieron hacerlo cuatro veces: una en las elecciones generales de octubre de 1954 que ganó el Doc-

tor Ramón Villeda Morales sin mayoría absoluta requerida, por lo que no pudo acceder a la gestión del Poder Ejecutivo; otra en las elecciones del 22 de septiembre de 1957 para la selección de una Asamblea Nacional Constituyente; otra en las elecciones fraudulentas del 16 de febrero de 1965 para la selección de diputados a una Asamblea Nacional Constituyente y otra más en las elecciones generales del 28 de marzo de 1971 para la selección del Doctor Ramón Ernesto Cruz como Presidente de la República.

Más allá de la rutinización de la sucesión presidencial y todo lo que ello significa para la estabilidad política del país, es también un logro fundamental de la institucionalidad democrática de la década del 90, la instauración del voto domiciliario y en tres papeletas separadas, la creación de la figura del Fiscal del Estado, la legitimación de la lucha por el respeto a los derechos humanos de los hondureños mediante la creación del Comisionado Nacional para la Defensa de los Derechos Humanos y la legalización del Comité para la Defensa de los Derechos Humanos que con toda gallardía, y desde su fundación, ha venido dirigiendo el Doctor Ramón Custodio. Es también esperanzadora la nueva ola de potenciación que está experimentando el municipio en nombre de las banderas de la descentralización y de la participación ciudadana que han vuelto a adquirir vigencia en la década del 90 como lo fueron, por ejemplo, en la década del 60, cuando el poder municipal adquirió una notable preponderancia. De ello pueden dar testimonio aquellos que, a finales de la década del 50 e inicios de la década del 60, participaron en los procesos electorales para seleccionar alcaldes, sobre todo, en aquellos centros urbanos del litoral Norte que fueron testigos de la fuerza electoral avasalladora de los emergentes movimientos sindicales y campesinos de ese área del país (que despertó social y políticamente a partir de las huelgas bananeras de mayo de 1954).

Sin embargo, bien puede decirse que el avance más importante en materia de institucionalización política del país está directamente relacionado con la desmilitarización del Estado y de la vida social. Aprovechando la coyuntura favorable que implicó el fin de la guerra civil en el istmo, el fin de la guerra fría a nivel mundial, la recuperación del prestigio de la democracia liberal a nivel planetario y el descrédito creciente de los cuerpos policiales y de investigación bajo la égida de los militares, se inició, a partir del año de

1993 y gracias a la presión de la sociedad civil organizada, un acelerado proceso de desmilitarización del Estado y de la sociedad hondureña en su conjunto. El punto de partida de este proceso fue la decisión de clausurar la tristemente célebre Dirección Nacional de Investigaciones (DNI), de dar por concluida la hegemonía de los militares en las telecomunicaciones con el nombramiento transicional de un militar en retiro como gerente de HONDUTEL y después de dos civiles, de nombrar un civil en la Marina Mercante, fuente de enriquecimiento ilícito de militares y civiles mediante el abanderamiento de barcos, y de someter al Instituto Geodésico Nacional y a la Dirección Nacional de Inmigración al control civil. El cierre de la DNI y la creación de una nueva policía de investigación bajo la jurisdicción de la Fiscalía del Estado, abrió el camino para el traslado de la policía al poder civil y para la creación del Ministerio de Seguridad Pública cuyo carácter igualmente civil ha sido confirmado por el Presidente Carlos Flores con el nombramiento como titular del ramo de la abogada Elizabeth Chiuz Sierra. El traslado definitivo de la policía de la jurisdicción militar a la égida del poder civil, lo cual se concretó finalmente el 21 de octubre del año recién pasado, marcó el fin de más de cuatro décadas de hegemonía castrense sobre los cuerpos policiales del Estado, con toda la carga de deformación profesional que la subordinación a las banderas de la guerra fría y a los intereses privados de los militares trajo consigo. La policía hondureña pasó a control militar a partir del 3 de octubre de 1963 en que los militares, bajo la dirección del por entonces coronel Oswaldo López Arellano, derribaron, por la vía de un golpe de Estado cruento, al gobierno del Doctor Ramón Villeda Morales (1957-1963).

Ha sido vital en la desmilitarización de la sociedad hondureña la pérdida creciente de legitimidad, credibilidad y poder social y político de los militares, que se han visto involucrados en una amplia serie de actividades delictivas que ponen en precario el prestigio de la institución castrense y sus sistemas de privilegio. En este último sentido, ha sido notable la creciente pérdida de impunidad de los militares que hoy en día se ven sometidos a la justicia civil como cualquier ciudadano común y corriente. Un lugar estelar en este proceso de erosión de la impunidad de los militares le corresponde a la joven normalista Riccy Mabel Martínez Sevilla y a los que convirtieron su asesinato en una cruzada contra la impunidad de los militares,

ya que permitió, en primer lugar, afirmar la superioridad de la jurisdicción judicial civil sobre el fuero militar y, en segundo lugar, enviar a prisión al Coronel Angel Castillo Maradiaga a quien, después de varios años de prisión y de haber sido declarado reiteradamente como convicto de asesinato, recientemente la justicia hondureña, en un acto por demás contradictorio y reñido con la lógica de los no entendidos en la compleja materia jurídica, lo declaró inocente. Ello pone en evidencia uno de los más importantes talones de Aquiles del proceso de democratización política e institucional en curso, esto es, el aparato judicial del Estado. La eliminación del cargo de Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas, que ha sido anunciado repetidamente y que parece estar en la agenda del poder legislativo, y el eventual nombramiento de un civil en la titularidad del Ministerio de Defensa, serán vistos como desarrollos naturales y esperados del proceso de recuperación de la institucionalidad hondureña y de la majestad del poder civil sobre la institución castrense. Este tipo de logros que nos trae la década del noventa habrían sido impensables para los hondureños realistas y pragmáticos, que ocuparon puestos estelares en la vida política nacional en la década del 60 o 70, cuando el poderío de los militares venía *in crescendo* y se pensaba que tendría larga vida. Estamos, pues, frente a uno de esos imponderables del tiempo. Se trata, en esencia, de un producto no esperado de los tiempos que vivimos y de la dinámica de nuestras sociedades en las postrimerías del siglo XX y en los albores del siglo XXI.

3. UNA SOCIEDAD CONVULSIONADA POR LA VIOLENCIA SOCIAL Y LA CRIMINALIDAD

La década del 90 ha puesto en la agenda del día la cuestión de la seguridad ciudadana, o más propiamente, de la inseguridad ciudadana.

¿Es que han aumentado las actividades delictivas de las que tenemos conocimiento o se trata simplemente de que la prensa les da mayor cobertura que en el pasado? Hay un poco de ambas cosas. Sin lugar a dudas, la delincuencia común ha venido creciendo en los últimos años como lo atestiguan los registros que llevan los cuerpos policiales, Sin embargo, también es cierto

que la cobertura que les da la prensa local, sobre todo los periódicos de más amplia circulación en el país, ha venido también *in crescendo*. Es como si quisieran hacer notar que su cobertura responde proporcionalmente al incremento del fenómeno.

Pero más allá de las expresiones anecdóticas con que la prensa local da cuenta del abigarrado mundo de la criminalidad, estamos efectivamente frente a un escalamiento de la violencia social y criminal en la sociedad hondureña en una proporción nunca antes vista. Por ello no es casual que el debate sobre la transferencia de la policía al poder civil, de su avituallamiento con modernos sistemas de protección de la ciudadanía y del endurecimiento de las penas contra los que delinquen y son apresados, se encuentre en un lugar privilegiado de la agenda gubernamental y de algunas instituciones de la sociedad civil organizada. Y es correcto que así sea. Pero debía

quedar claro también que la problemática de la inseguridad ciudadana no es simplemente un problema de orden público que se resuelve con aumentar los efectivos de la policía, con pagarles mejores salarios, con proveerlos de armamentos modernos y con endurecer las penas contra los

que delinquen. Se trata de un problema que tiene que ver con una multiplicidad de factores que están en la base de la conducta criminal, tales como la abismante desigualdad social que nos ha traído el ajuste de la economía, las limitadas oportunidades de empleos decorosos, los bajos salarios, la elevación a la categoría de beneméritos de la patria a modelos humanos equivocados y otras manifestaciones de la crisis de valores éticos y cívicos de nuestro tiempo, así como la impunidad.

Este aumento sin precedentes de la criminalidad y la violencia social en el país, se desarrolla en forma paralela a un acelerado proceso de urbanización que traslada amplios contingentes del campo a la ciudad en busca de nuevos caminos para su vida. Este proceso de urbanización es mucho más rápido en el litoral Norte debido a la proliferación de la industria de la maquila y amenaza en convertir a San Pedro Sula y alrededores en una amplia y poderosa megalópolis que concentrará cantidades de población nunca antes vistas

El avance más importante en materia de institucionalización política del país está directamente relacionado con la desmilitarización del Estado y de la vida social.

en la historia urbana del país. Estas áreas de gran crecimiento económico y de generación de empleo son, como lo fueron los campos bananeros en sus mejores tiempos, espacios en que se incuba el delito, la prostitución y otras formas de patología social. Estas áreas son, hoy por hoy, espacios geográficos privilegiados en que florece la terrible enfermedad del SIDA que tanto daño está haciendo al potencial de la fuerza de trabajo joven del país.

4. LA GLOBALIZACIÓN DEL MODO DE VIDA NORTEAMERICANO

La década de los noventa nos ha traído una verdadera revolución de expectativas culturales. A esto está contribuyendo ampliamente la liberalización de los mercados y la rápida difusión del modo de vida norteamericano entre los hondureños. Nunca como ahora se ha estado tan cerca del sueño americano sin viajar mojado o «seco» a los Estados Unidos. Ciudades como Tegucigalpa y San Pedro Sula han sido prácticamente sembradas de restaurantes de comida rápida. Una hamburguesa de Burger King, Macdonald's o Wendy's forma parte del imaginario de cualquier niño o adolescente de dichas ciudades, ampliando (o más bien empequeñeciendo, porque ellos, a menudo, se niegan a comer otra cosa que no sea una hamburguesa y papas fritas para no sentirse menos que sus compañeros y amigos) la tradicional cultura dietética del hondureño, anclada durante siglos en los frijoles, el arroz y las tortillas de maíz. Otro tanto podría decirse de la conocidísima coca cola que se ha convertido en la bebida por excelencia del pueblo trabajador. Es un hecho proverbial que una coca cola y una semita azucarada son elementos fundamentales de la dieta del trabajador de la albañilería, un representante conspicuo de la población pobre, para sólo citar un ejemplo. La

coca cola, o la pepsicola si se prefiere, ha venido a sustituir al tradicional refresco de tamarindo o de otra fruta exótica local que sirvió a otras generaciones de pobladores rurales y urbanos para acompañar sus comidas a base de maíz y frijoles.

A esta revolución de expectativas y a las modificaciones sustanciales en el modo de vida a que se hace referencia, también está contribuyendo un producto legítimo de los tiempos de libre comercio que vivimos. Me refiero a ese tipo de establecimientos comerciales instalados en grandes bodegas que dan acceso al consumidor a una amplia gama de productos procedentes especialmente de los Estados Unidos. Estos establecimientos comerciales le permiten a los que tienen el dinero para hacerlo adoptar patrones de consumo que, en el pasado, sólo podrían disfrutar los que viajaban continuamente a Miami o a Houston. Estos establecimientos representan, de alguna manera, una fuente de frustración para amplios sectores de clase media que han visto menguados considerablemente sus ingresos por la vía de la devaluación, y que no tienen más alternativa que constatar con tristeza que la liberalización del comercio ha

puesto a su alcance objetos que en otros tiempos desearon poseer, pero en el momento justo en que sus ingresos reales no le permiten el acceso a los mismos. Esta frustración es también extensiva a la gran masa de hondureños que se ven excluidos automáticamente de este tipo de consumo en un momento en que la propaganda da la impresión de que cualquiera puede acceder a lo que desee adquirir.

Este tipo de establecimientos ha desatado notables expectativas de consumo y está en la base del agrandamiento de algunas empresas comerciales que, como la Curacao para citar un ejemplo, están usando espa-



cios que en otro tiempo ocuparon conocidos cines de la ciudad. Como se recordará, estos cines fueron ocupados originalmente por iglesias evangélicas. La ocupación de antiguas salas de cine por iglesias evangélicas no es un fenómeno privativo de Tegucigalpa. También ha ocurrido en países del continente como Guatemala, Costa Rica y Colombia. Esta verdadera revolución de las expectativas de consumo no quedaría completa si no incluímos a esos enormes edificios comerciales a la usanza norteamericana conocidos con los nombres de “moles”. El Mall de San Pedro Sula es en sí mismo un verdadero fenómeno de revolución de expectativas de consumo, ya que se mantiene continuamente abarrotado dando con ello un nuevo carácter a la fisonomía del consumidor de la más importante ciudad industrial del país. Esta revolución de expectativas en el consumo no debe ser visto como un hecho ajeno al incremento de los niveles de violencia social y criminalidad que se viven en el país en los últimos años. La sociología norteamericana ha venido tematizando esta problemática a través del concepto de anomia que, puesto en términos sencillos, alude al hecho de que se propagandiza un estilo o modo de vida como legítimo y deseable al cual todos deben acceder. Sin embargo, a muy pocos se les permite los medios lícitos para acceder a ellos.


5. CONSIDERACIONES FINALES

He tratado de señalar algunas de las líneas maestras que significan la década del 90, las que proyectadas al cercano futuro nos pueden dar una idea de lo que será la Honduras con que iniciaremos el siglo XXI.

El saldo es positivo en el ámbito de lo político-institucional, sobre todo en lo que tiene que ver con el proceso de desmilitarización del Estado y de la sociedad y en la dinámica de un conjunto de instituciones sociales, de las cuales sólo hemos mencionado unas pocas, llamadas a moderar los excesos del autoritarismo secular y de una ya larga historia de irrespeto a los derechos de todos y cada uno de los hondureños. Para cualquier observador atento de la realidad nacional, quedan todavía muchas cosas que hacer en este terreno y en el de los patrones de comportamiento social y

político seculares derivados del patrimonialismo, el clientelismo, el nepotismo y la corrupción que han conspirado en forma más o menos permanente en contra de la construcción de un Estado capaz y eficiente (elemento esencial en cualquier esfuerzo serio y sostenido de desarrollo económico y social). El saldo, como es obvio, no es positivo en lo que se refiere al ajuste estructural y a los impactos desestructuradores del mismo sobre amplios sectores de la sociedad hondureña, que encuentran serias dificultades para adaptarse a esa suerte de ley de la selva establecida por el individualismo posesivo en boga.

Para enfrentar los problemas generados y agravados por el ajuste estructural neoconservador en el conjunto de la sociedad hondureña, se requiere una gran voluntad de diálogo y de entendimiento de los diferentes sectores de la sociedad civil y de los titulares de las distintas instituciones del Estado. Algo se hace en este sentido, pero no lo suficiente porque se advierte, a menudo, de parte del Estado la ausencia de un genuino deseo de ir al encuentro de las distintas entidades de la sociedad civil para debatir con ellas y llegar a acuerdos consensuados que nos den un tipo de sociedad en la que exista una clara e inequívoca voluntad de identificar los problemas y resolverlos, en un ambiente de equidad y justicia social.

La universalización de los procesos económicos y culturales que trae consigo la globalización de los mercados que, si bien es cierto han debilitado ciertas identidades tradicionales y potenciado otras, no es suficiente excusa para que los diferentes sectores de la nacionalidad no puedan discutir civilizadamente sus diferencias, conciliarlas y definir el rumbo que conviene a todos sin los exclusionismos que el darwinismo social neoconservador pretende justificar. Ningún tipo de pensamiento escatológico ni derrotista, ni ningún protagonismo soberbio, pueden ni deben sustituir la voluntad consciente de los diferentes organizaciones representativas de la sociedad hondureña para delinear un derrotero en el cual tengan cabida los intereses y necesidades de todos. 

Esta revolución de expectativas en el consumo no debe ser visto como un hecho ajeno al incremento de los niveles de violencia social y criminalidad que se viven en el país en los últimos años.

Historia e identidad de los garífunas

Sobre la ubicación simbólica de Yarumay

a C a m i l a

R o d o l f o P a s t o r F a s q u e l l e *

En líneas generales, la historia de los garífunas o garinagu es conocida. Desde tiempo inmemorial, el grupo la ha transmitido a las generaciones subsiguientes por medio de la tradición oral, la danza drama cantada, de la que algún «artista nacional» se ha apropiado, sin mala intención ni conciencia. Esa tradición debe continuar, tanto en el sentido de repetirse como ritual, como en el de incorporar nuevos elementos. Y debe enriquecer la historia transcrita que se ha estado consignando en los últimos años en libros como el del exdiputado Víctor Virgilio López García, *Lamumehan Garifuna (Clamor Garífuna)* (1991) y el de Centeno. Hay una amplia bibliografía de libros y un sinfín de artículos, a cuya pecaminosa simplificación yo mismo he contribuido un par de piezas conmemorativas.

Para profundizar en el tema hay documentos inéditos en los archivos nacionales y otros publicados en Europa. (En Bélgica, se publicó en 1674 la crónica más

temprana *La Relación* del Reverendo Padre La Borde, evangelizador de los caribes de San Vicente). Se han publicado en traducción al inglés las memorias de otro evangelizador francés, el Padre Labat, *The Memoirs of Pere Labat*. La fuente inglesa clave es *An Account of Black Caribs in the Island of Saint Vicent*, de William Young, publicada por primera vez en Londres, 1795 y reeditada por Frank Cass en 1971. Hay una bibliografía secundaria con trabajos brillantes, como el de Douglas Taylor, *The Black Caribs of British Honduras* (1951), Pierre Beucage, *Historia del pueblo Garífuna*, (1964), M.R. Gullick, *Exiled from Saint Vicent, The Development of Black Carib Culture in Central America up to 1945* (1976); más recientemente hay que destacar el libro de Virginia Kerns *Women and Ancestors* (1983) o el segundo de Nancy González, *Sojourners of the Caribbean* (1988).

SÍNTESIS DEL CUENTO

Los estudios serios coinciden en que el garífuna es un mestizo, que se gestó en San Vicente («Yarumay»), Pequeñas Antillas, en la segunda mitad del siglo XVII, mezcla de cimarrones africanos con los nativos, caribes y arawakos.

* Historiador, ex-ministro de Cultura, exprofesor en el Colegio de México.

Nadie conoce los detalles y muchos de los citados («el naufragio» etc.) parecen apócrifos. Las tradiciones conservan escasa memoria explícita acerca del momento previo a la fusión de razas, acerca de la ocupación francesa del archipiélago y de la «conversión» al catolicismo, consumada a principios del siglo XVIII. Puesto que había escasez de mujeres, la poliginia ¿pudo ser obligada en un principio? Es difícil saber cómo evolucionó la relación entre los cimarrones y los indígenas, cuyas mujeres necesariamente disputaron para procrearse. Los descendientes de estas uniones no asimilaron el lenguaje de sus tíos maternos, como se hubiera esperado, sino el arawako de sus madres, que los cimarrones adoptaron, incorporando vocablos ingleses y franceses. (Los descendientes de cimarrón que se convertían en católicos y hablaban arawako dejaban -en esa medida- de ser paganos africanos para convertirse en americanos y cristianos de nuevo cuño.) Algunas transformaciones los asimilaban con los nativos; otras los distanciaban de ellos.

Puesto que su parentesco era tan cercano, quizá los miembros del grupo no se percibían como diferenciados por el color, privilegiado como «signo» por los ingleses, que satanizaban el «negro» de los seres humanos que habían convertido en mercancía. A mediados del siglo XVIII, la mezcla racial comenzada un siglo atrás había dado como resultado una diversidad fenotípica que caracterizaba, según el relato europeo, a caribes «rojos, amarillos y negros». Juntos asaltaban las plantaciones y liberar a los esclavos, con los que fortalecían su comunidad. En tiempos de guerra, los franceses proveían armas a los rebeldes y aun en tiempos de paz la simple presencia de las comunidades que recibían a los cimarrones en la vecindad estimulaba la huida constante de es-

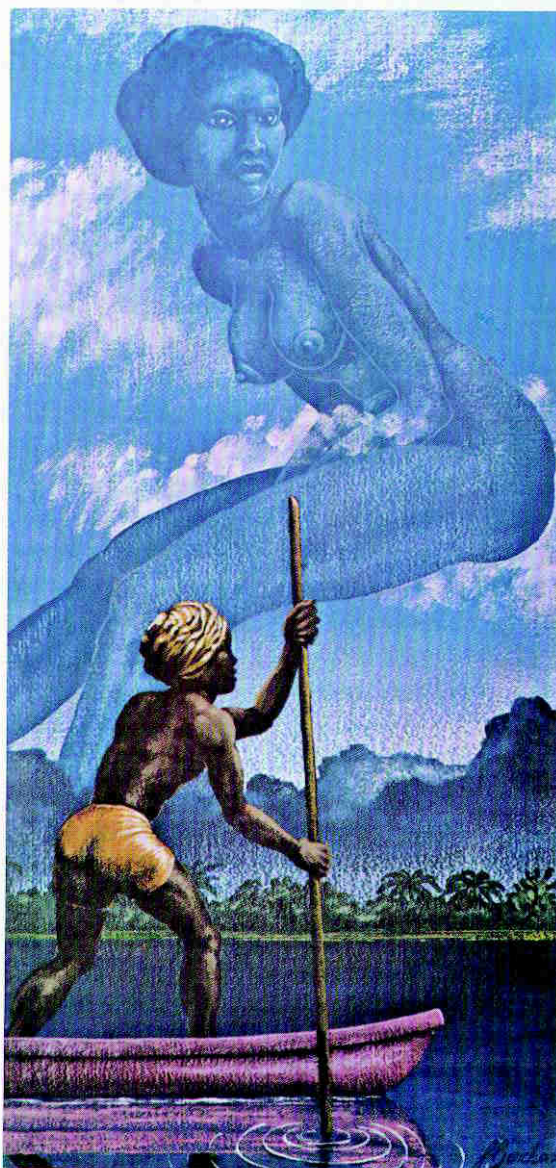
ciavos, que sangraba a las plantaciones de su recurso más caro.

El Mito de Origen del garífuna hondureño olvida aquellos años remotos; recuerda como gesta el tránsito forzado, el exilio doloroso desde Yarumay, desde donde en su mayor parte fueron expulsados los garífunas o «*black caribs*» por los ingleses hace 201 años. Habían combatido durante unos cuarenta años una desgastante guerra de resistencia, que se conoció en Inglaterra con el nombre plural de «Las guerras de los caribes» («The Carib Wars»). Lord William Pitt, alguna vez Canciller, gran figura pública y quizá pariente del principal colono inglés de Honduras homónimo («Don Guillermo Pitche») había sido uno de los críticos de esta guerra. (Pronunció, en el Parlamento con toga y

peluca blanca, elocuentísimos e inolvidables discursos en que ridiculizaba las guerras tan costosas «que hacía la primera potencia del mundo desde hace tantos años contra uno de los pueblos más primitivos del planeta».)

Según el prejuicio de que «los malos entre los caribes eran los negros», al concluir la guerra en 1796, los ingleses no expulsaron de San Vicente a todos, sino sólo a unos cuatro o cinco mil de los llamados «caribes negros», a los cuales imaginaban particularmente belicosos, bajo el supuesto que esto sería suficiente —como en efecto ocurrió— para pacificar a los demás, a quienes no interesaba arrebatar sus agrestes montañas, con quienes hacían pequeño comercio y se llegó a un acuerdo, para que no aceptaran más fugitivos desde las plantaciones.

La guerra entre ingleses y garífunas era una herencia de



las guerras coloniales. Inglaterra se había posesionado del territorio que, antes de ser ocupado por franceses, había sido de España. Desde la perspectiva colonial, Inglaterra rechazaba a un pueblo de «bandidos» que, cuando no cometía crímenes más sangrientos, agredía gratuitamente a sus colonos en las islas azucareras de la vecindad, robando a sus esclavos, saqueando e incendiando sus instalaciones en forma pertinaz y cruel. Según la tradición garífuna sus ancestros habían luchado contra una potencia invasora de «sus» islas, vistas obviamente como patrimonio de sus ancestros nativos. Cuando habían estado a punto de reconstruir una comunidad en su tierra nueva, el inglés separaba al caribe negro de sus madres y hermano variopinto y lo exiliaba, otra vez, y para siempre.

A pesar de una tradición no sustanciada de que se proponían ahogar a los cautivos en alta mar (probablemente una fantasía paranoica), la intención de los ingleses debió ser desde un inicio exportar a los garífunas, como un dolor de cabeza, a los territorios que

acababan de perder a favor de España, en la guerra de 1783. (Según La Convención de 1786 que formalizó la paz, Inglaterra debía devolver a España Las Islas y el Litoral («The Shore») de Honduras.) Dejárselas plagadas de estos negros belicosos era una estrategia para minar el control que entregaban. Se trataba de incrustar dentro del dominio español un caballo de troya, un grupo que se suponía conflictivo, violento y disolvente. En Honduras, quedaban suficientemente lejos, como para confiar que no regresarían a San Vicente. Si sobrevivían a la insalubridad y a la consecuente persecución española, olvidarían su rencilla antigua y se convertirían en un enemigo de España y un viejo amigo del inglés, dispuesto a proveerlo de armas, como hacían con los miskitos y, como antes, habían hecho contra ellos los franceses. Esa predicción estaba errada.

Después de establecidos en Roatán (1796) y luego en la vecindad de Trujillo, los garinagu se dispersaron por el despoblado Litoral, más hacia el occidente que, desde el siglo XVI, había quedado despoblado de payas y jicaques, sin que se desarrollara ahí una presencia española. Siete años después, hacia 1804 tenían cabezas

de playa en lo que hoy es Belice. Al oriente tenían que respetar la ocupación de los miskitos, según los cuales sólo se les permitía la ocupación a los garífunas a condición de que pagasen un tributo. Sin embargo, en su afán exploratorio, llegaron pronto hasta Bluefields y el Río San Juan, en donde también establecieron enclaves. Su *expertise* en la navegación los convirtió en los navegantes por excelencia del Litoral, transportando bienes y personal en rutas y con fines lícitos e ilícitos. Llenaban así un nicho estratégico en la geografía humana regional. Si bien no valían para ellos las leyes y regímenes del interior, tampoco representaban ellos un peligro para el gobierno y la sociedad colonial.

De esta historia se desprenden una serie de dilemas que preocupan a los garífunas y que se convierten en filtros de su conciencia, en elementos de orientación y en los códigos o claves para entender a fondo los problemas torales de su identidad, cultura y comportamiento.

Su *expertise* en la navegación los convirtió en los navegantes por excelencia del Litoral, transportando bienes y personal en rutas y con fines lícitos e ilícitos.

EL GARÍFUNA ES ¿AFRICANO O CARIBE? ¿NEGRO O INDIÓ?

Planteando el dilema en estos términos, les simplificamos las cosas. «Indios» somos en la taxonomía tradicional garífuna todos «los demás», apartando a ingleses y españoles. Esa radical diferenciación se conserva aun hoy, cuando han querido vincularse con los demás indígenas organizados en «un movimiento» al que insisten en llamar «de pueblos indígenas y garífuna», mientras que -simultáneamente- anhelan representar a otros negros, no garífuna, sustituyendo la negritud a la «garifunaidad» en los nombres de sus organizaciones. Los garífunas saben que tienen más nexos y vínculos, más retos comunes con otros grupos étnicos (indios) que con el resto de la población, incluso los negros «no garífuna» urbanos que de hecho -tradicionalmente- los han rechazado. Saben, aunque algunos pretendan ocultarlo, que tienen la lengua, la cultura y la sangre del indio caribe: la yuca venenosa y el casabe, la hamaca y los cultos de los difuntos y ancestros, los licores amargos les vienen de ahí. Hablan arawako (heredado de las abuelas indígenas) y podrían descubrir que sus creencias religiosas (el dugu) está más vinculadas a la religión de los indios

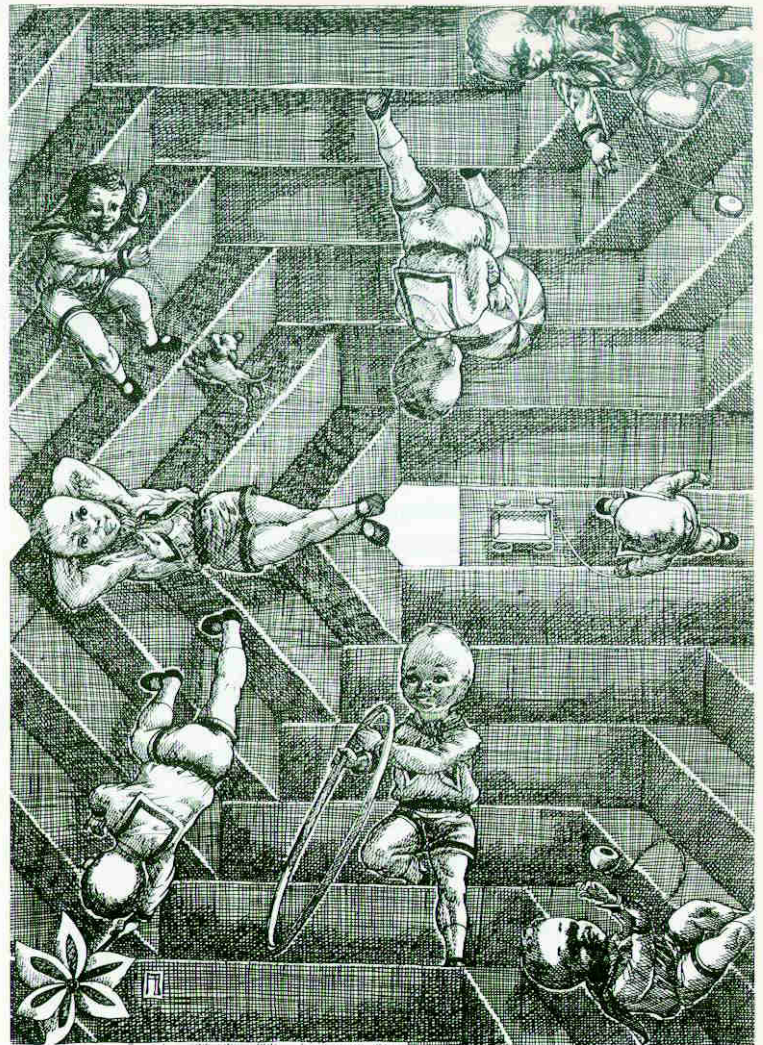
amazónicos que al islam o al animismo africano.

No se trata de un dilema muy diferente del que marcó el debate, desde principios del siglo pasado y hasta mediados de este, sobre la identidad del latinoamericano en general. Un debate que se caldeó y polarizó entre hispanistas e indigenistas; se era ¿indio o europeo? Pero el latinoamericano ha aceptado, a fines del siglo XX, que es un mestizo. Así se establece en la literatura de los grandes pensadores, desde Vasconcelos hasta Alejo Carpentier y Carlos Fuentes y el mestizo ladino se ha reafirmado en esa dualidad que supone a un tercero, porque somos mestizos de tres culturas. El garífuna sigue debatiéndose en ese falso dilema.

Cuando Douglas Taylor escribía su libro (ca 1945), ser indio era más prestigioso, al menos en Guatemala y los caracteres somáticos africanos le parecían a muchos garífunas «una vergüenza». Una joven informante del antropólogo, le declaró, con lágrimas en los ojos, que «la llenaba de ira y de vergüenza lo que los negros les habían hecho a sus ancestros», indios!

La negritud como moda viene a complicar este panorama en los últimos treinta años. Vía Nueva York (gran colonia garífuna en la que, por casualidad, viven otros 15 millones de personas de diversos orígenes), el garífuna se siente atraído por la reivindicación que lograron los negros contra el colonialismo europeo después de la Segunda Guerra en Africa y en el Caribe y luego por las reivindicaciones de los negros estadounidenses contra la discriminación racial que sobrevivía a inicios de los sesentas. Ahora lo negro es bello, la suma de los colores (mientras que el blanco es su ausencia). Hay que usar los identificadores africanos.*

El desembarco en Punta Gorda, después de una larga travesía, desde el otro extremo del Caribe es el hecho central y el parteaguas de la historia de los garífunas, hecho fundador de la identidad. Inspira una inmensa nostalgia, aunque sólo sea por aquello de que «todo tiempo pasado fue mejor». El éxodo es recordado como un momento terrible —debió ser humillante y desarticulador— al que se sobrevive y el desembarco como un parto no deseado por el engendro que lo canta. La canción que algunos llaman «himno» de los



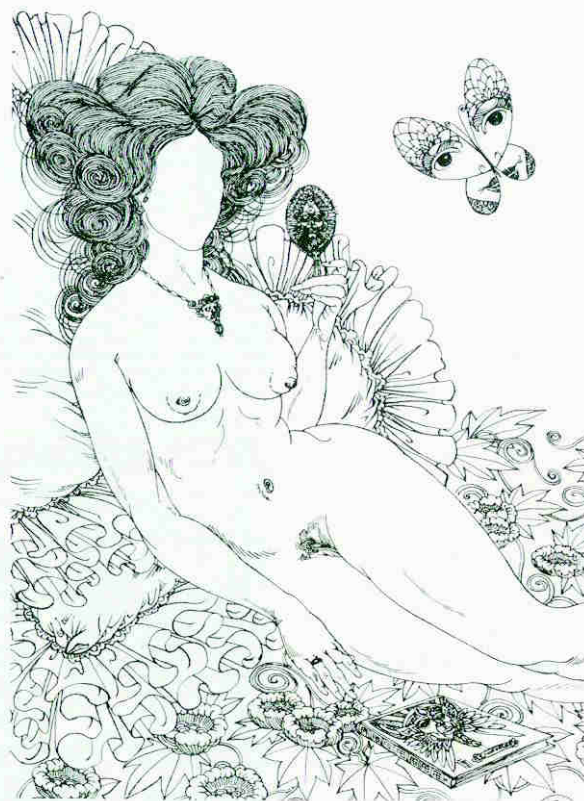
garífunas -denigrándola porque es más que un himno- «Yarumay» es una añoranza ancestral que quizá recordaba a otra anterior. La forma podría ser africana; el contenido es americano. Yarumay no es Africa y el éxodo llorado no ocurre hace trescientos años con la partida de los africanos a Las Antillas —como en la poderosa poesía de Saint John Perse— sino que acontece hace 200 años cuando son forzados a dejar la nueva «tierra de origen», el hogar añorado que es San Vicente y son abandonados en Honduras! La canción rememora pues con el alma del nativo, aunque algo hay de denominador común con cualquier desarraigo. ¿Dolor, rencor, redivivo, sobre el olvidado?

El negro esclavizado en Africa por otros africanos, vendido al traficante europeo en las factorías, huido de la plantación inglesa y el caribe aborigen son sus progenitores y sus ancestros. El garífuna es otra cosa.

* El gorrito y la camiseta de Guinea y de Costa de Marfil.

El concepto de etno-génesis que utiliza Mary Helms (analizando el surgimiento de los misquitos) debe ayudarnos a entender que las identidades étnicas, lejos de ser esencias o sustancias puras, que uno pueda rastrear hasta un «prístino» origen remotísimo y proyectar a un futuro indefinido, son construcciones culturales históricas, se forjan en la historia, se desarrollan, evolucionan, se transforman, adaptan y caducan en el tiempo social. Los cimarrones se refugiaron entre indígenas, adoptaron la lengua secreta de sus mujeres, les enseñaron danzas y ritmos musicales panafricanos, pero aprendieron a comer el casabe, la machuca y el tapado y forjaron así una nueva identidad étnica, producto de simbiosis, síntesis sin retroceso, americana.

La mezcla no se califica por porcentajes. En todo caso, puede argumentarse que el garífuna se africanizó con el tiempo, por su aislamiento, después del contacto inicial, respecto de los caribes, tanto en San Vicente (en donde nuevos prófugos desde las plantaciones alimentaron continuamente el contingente africano de la mezcla) como en Honduras, por su contacto reiterado con poblaciones africanas que se asimilaron dentro del «crisol garífuna», se fundieron ahí en Omoa como en Belice, en La Mosquitia y finalmente en Nueva York. Con cada contacto y mezcla se ha incrementado el componente de sangre africana mientras que ya no hubo -después de Yarumay- nueva infusión de sangre caribeña. Es posible que el prejuicio contra el indio mesoamericano funcionara hasta nuestros días como una barrera a la mezcla continuada. La africanización del grupo podría ser inevitable y conducir a una redefinición de no ser porque la cultura del entorno es caribeña, abierta, fluida, no exige ningún nuevo pro-



nunciamento. Ojalá que no.

El mestizo que escoje ser europeo, africano o indígena renuncia a tres cuartos de su identidad, renuncia a dos tercios de sus ancestros y a la esencia misma del mestizaje que es la mezcla y la síntesis, es decir, se reduce y empobrece; también se traiciona. Pero el garífuna en el morenal no tiene conciencia profunda de ser mestizo; fácilmente se toma por negro. Los fuereños lo confunden con otros negros. Los hondureños en general no perciben las diferencias; los llaman «negros». ¿No son to-

dos iguales? Y le dificultan rescatar su dimensión caribeña.

¿EL GARÍFUNA ES NEOTÉRICO O TRADICIONALISTA?

Otro falso dilema de identidad es el de determinar si el garífuna es tradicionalista o está orientado compulsivamente al cambio. A muchos nos parecen tradicionalistas. Mientras que otros perdían identidad, los garífunas conservaron patrones de parentesco, lengua y religión propios a pesar de una infinidad de cambios en su medio ambiente y condición económica y política. Nancy González, una de las más profundas estudiosas del grupo, sostiene en cambio, en uno de sus primeros libros, que quizá por los traumas a los que han sobrevivido, pero sobre los cuales no quieren detenerse, son «neotéricos», es decir que están orientados hacia el cambio, hacia la novedad, hacia el tiempo futuro. Que no sólo tienen una predilección por lo novedoso, sino que su cultura sobrevive transformándose continuamente. Se puede deducir una explicación que no está explícita; los cambios que le han sido impuestos al grupo le han forjado una cultura que huye de la ubicación y del pasado. Por eso son viajeros

irredentos, navegantes sin rumbo como los héroes de la antigua Grecia. ¿Por eso también forman y disuelven uniones fugaces? Si fuera así, ¿serían por ello distintos de los occidentales postmodernos?

Si no fuera tradicionalista el garífuna no habría conservado la cohesión del grupo y la solidaridad familiar para la sobrevivencia, ni el corazón de su cultura que es su lengua, sincrética pero eficiente como instrumento de comunicación y como código para la exclusión del otro (tanto así que pudo usarse para la comunicación secreta durante la guerra del 69.) Quien escucha Yarumay sabe que la conciencia del garífuna está anclada en un pasado inmemorial. Los garífunas tienen -aun cuando no lo articulen- un apego a los elementos de cultura que heredan de cada uno de sus ancestros. Quizá también entienden que la esencia de su identidad radica en una combinación novel. No pueden aferrarse tan tenazmente como culturas milenarias a cimientos culturales antiguos y sencillos cuando saben que los suyos son esencialmente nuevos y complejos. Eso los hace a la vez vulnerables y les da una ventaja, los hace flexibles ante los cambios, a los que han tenido que sobreponerse pero que no procuran ellos mismos y a veces los arrollan.

El Caribe también es una Babel. Ubicado en esta frontera fluída, en donde los encuentros y los conflictos obligan a ser adaptables, si se hubiera resistido al cambio el garinagu hubiera sucumbido inexorablemente. A esta peculiar ubicación simbólica también (entre misquitos y criollos, ingleses, españoles y franceses, entre hondureños, gringos y negros ingleses), en donde partiendo de una tradición conservó el gentilicio y el derecho a sobrevivir adaptándose, es decir, a la definición que el garífuna hace de sí mismo se vinculan otros dilemas.

¿ES UNO DE NOSOTROS O ES OTRO AJENO?

¿Son los «morenos» una nación o parte de una? ¿Fragmento o segmento? ¿Son miembros comprometidos de una nacionalidad plural o subversivos que minan el sentido compartido de nación? ¿Tienen un proyecto para desarrollarse aquí o están de paso, empeñados en

el retorno al mítico Yarumay, al Africa mitificada o a Nueva York? ¿Son «verdaderos hondureños» o foráneos que han ocupado una cabeza de playa inadvertidamente, «moros en la costa», aliados de foráneos? ¿Como los isleños, y en menor grado los costeños en general, los garífunas son «un problema de identidad» para los demás hondureños —los blancos de Santa Bárbara o los «españoles» del Intibucá— que los ven como sospechosos y los ponen en otro dilema?

Nacidos de la Trata y la Conquista, los garífunas transfronterizos se forjaron como pueblo en el campo magnético de las luchas imperialistas europeas; han vivido después los conflictos entre centroamericanos, monarquistas e independentistas, entre guatemaltecos y beliceños, nicaragüenses, salvadoreños y hondureños. Habían sido aliados de los franceses contra los ingleses en Yarumay. En Roatán y en el Litoral, ingleses y españoles trataron de instrumentalizarlos contra adversarios; jugaron con todos, para sacar el mejor provecho o ventaja, como exigía su lucha por su supervivencia.

Desde su llegada a El Litoral el liderazgo del grupo, emaciado y abandonado en la costa, demuestra sobrada habilidad política. A días del desembarco entran en comunicación con «los españoles» (con el Gobernador de Trujillo que informa a la corona) y acceden a abandonar la isla (aunque momentáneamente) como lo requería esa autoridad, aceptando a cambio una reubicación en la vecindad del Puerto. Reclaman entonces patronazgo al gobierno colonial y entran en una relación simbiótica con los españoles, sin pagar tributos. Por otro lado (vid Floyd, *The Anglo Spanish Struggle for Mosquitia*) entraron simultáneamente en contacto con los misquitos, sambos como ellos (porque ese era el término para la mezcla de indio con negro) con quienes establecieron relaciones amistosas, instituyeron el intercambio de regalos, casi un tributo, como el que los misquitos exigían a otros vecinos. Así se establecieron las comunidades garífunas dentro de La Mosquitia; Plaplaya y Sangrelaya.

Poco después, los garífunas eran por excelencia los transportistas del comercio costanero, desde Costa Rica

Los garífunas tienen -aun cuando no lo articulen- un apego a los elementos de cultura que heredan de cada uno de sus ancestros. Quizá también entienden que la esencia de su identidad radica en una combinación novel.



hasta Yucatán. Al tiempo que contrabandeaban sirvieron de espías en los conflictos de la época, para unos y otros. Después de simpatizar con los insurgentes en 1820, fueron aliados de los milicianos mulatos, que se resistieron en Omoa a aceptar la Independencia.

Sin embargo poco después, soldados garífunas lucharon al lado del General Morazán en las guerras entre liberales y conservadores*. Ellos y Morazán entendían que el proyecto restaurador de la monarquía ya no tenía futuro en 1836. Los garífunas se han visto posteriormente involucrados en conflictos—hasta hace poco también violentos—entre nacionalistas y liberales. ¿A quién debían ser leales? De cualquier forma a ojos del nacionalismo sin fisuras, esas colaboraciones contradictorias los hace sospechosos y poco fiables. A ese horizonte puede rastrearse el problema de la integración de la etnia garífuna a la comunidad nacional.


LA IDENTIDAD ¿UN DESTINO COLECTIVO O UN CALLEJÓN SIN SALIDA?

En tiempos recientes, los garífunas han jugado a una serie de alianzas políticas estratégicas—la versión contemporánea de aquellas jabonosas alianzas contradictorias del pasado—con los líderes de los partidos tradicionales y alguno de los «partidos emergentes». A la hora de la elección, la comunidad negocia su adhesión como los demás sectores, exige una serie de

* Se ha dicho que ese vuelco pudiera explicarse por la temprana abolición de la esclavitud que Morazán decretó en Centroamérica. No debe descartarse que la persistencia de la esclavitud fuese un agravio o un peligro latente para los descendientes de cimarrones solidarios con sus hermanos pero hay que tener claro que no beneficiaba directamente a los garífunas, a los que hubiera sido bien difícil volver a esclavizar.

compromisos: infraestructura y servicios, como también beneficios personales (empleos y poder) para algunos líderes. (¿O es que por ser «negros» habían de ser menos inteligentes?) El hecho de que se juegue con varios atestigua el rechazo a la estereotipificación. Así, el voto garífuna fue clave para que Callejas ganara la elección en Atlántida y Colón, tradicionalmente liberales, en 1989. Se recuperó en 1993 para el Partido Liberal y se dividió de manera calculada en la elección general de 1997. Pero ¿la participación política es un elemento de identificación? ¿Significa que el garífuna entiende que está incrustado en una realidad nacional?

¿Los políticos entienden la percepción garífuna de los temas? Frente a la contradicción, los garífunas ¿podrían superar su desorganización tradicional y convertirse en una fuerza, que se inscriba de manera moderna en un conglomerado nacional, reclamando la protección del Estado, que los ha relegado, en la medida en que se comprometía con los propósitos nacionales, con leyes y proyectos como el de Cayos Cochinos y las reformas jurídicas, que rechazan reivindicando una supuesta propiedad de todas las tierras en El Litoral? La comunidad nacional y las organizaciones garífunas ¿entienden cabalmente la cooperación que se requiere?

Aunque manifiestan signos de vitalidad superior a cualquier otro grupo étnico, los garífunas podrían estar al borde del aniquilamiento advierte Nancy González en el epílogo de *Sojourners*. Los peligros no son el capital y la reforma legal como piensan por inercia algunos líderes; son la falta de una educación trilingüe, que los arraigue para el cambio inminente, la falta de empleo complementario de sus actividades de subsistencia, que los pone de rodillas frente a los especuladores y la amenaza a su salud y capacidad reproductiva por enfermedades de transmisión sexual, que propicia un patrón cultural obsoleto. La migración por la falta de empleo en las comunidades amenaza con la desarticulación social y cultural. El turismo ofrece una solución potencial. Pero las comunidades y los gobiernos deben cooperar para tomar las medidas de profilaxis social y sortear los peligros. Sólo en la medida en que la comunidad nacional y la comunidad étnica cooperen resolverán el problema de fondo, de desarrollo. Honduras y la comunidad garífuna precisan una nueva relación entre etnia y nación, cuya concreción es un reto para sus respectivos liderazgos. 

Centroamérica, imagen y semejanza

R i g o b e r t o P a r e d e s *

«**C**inta central, América angostura» llama Pablo Neruda a esta franja de “cordilleras y plumas de esmeralda” que une a dos vastas zonas geográficas, el norte y el sur americanos, y comunica con los dos océanos más extensos del planeta, el Pacífico y el Atlántico. Unión parece ser un vocablo bastante emblemático dentro de la realidad histórica, geográfica, económica y cultural del conjunto original de cinco países -Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica- más la posterior integración de Panamá en la Centroamérica de hoy. Unión que es, paradójicamente, tributaria de afinidad por contrastes: la pobreza social en medio de una naturaleza pródiga (“mucho más rica que la de cualquier otra parte del hemisferio occidental de extensión similar”) y el aislamiento secular dentro de una posición geográfica estratégica (puente e istmo con un canal interoceánico).

Países pobres y agroexportadores, países aislados y dependientes cuyo andar histórico ha consistido en una ardua y trabajosa toma de conciencia de su necesidad de unificación. Provincias Unidas del Centro de América, República Federal de Centroamérica, República Mayor de Centroamérica: momentos diversos de pasado común; pero, más que eso, nombres diversos de

un terco sueño que no acaba de hallar asidero entre volcanes cuaternarios, huracanes caribeños y florestas coníferas y caducifolias.

Nombres diversos también lo son América Central, Centroamérica, Istmo centroamericano. El primero identifica geográficamente al territorio que se extiende “desde el istmo de Tehuantepec, en México, hasta el valle del río Atrato, en Colombia”. El segundo, al conjunto histórico que durante la Colonia formaban la Capitanía General. El tercero alude a su posición geoestratégica como fácil ruta de paso de un océano a otro, persistente motivo de codicia y vasallaje desde el siglo XVI. Un nombre geográfico, un nombre histórico, un nombre político y, por si fuera poco, un nombre económico (banana republics); he allí las más visibles y dramáticas señas de identidad de esta “cintura de América” que hoy por hoy se presenta simplemente como Centroamérica.

Hay también, por supuesto, un nombre cultural, más propio y más contemporáneo, con el cual identificamos el legado de los intelectuales, escritores y artistas, desde Rubén Darío hasta el más joven creador o pensador de hoy.

Por cierto, más allá de uno u otro nombre propio o impropio con el cual identificar a esta región, más allá de los bien intencionados Tratados de Integración y de

* Poeta, ensayista, ex-Vice-Ministro de Cultura, Artes y Deportes



las Cumbres Presidenciales, es evidente que la cultura ha sido la base unificante por antonomasia. Sin duda, la más consistente y entramada de cal y canto, pues en no pocas veces ha logrado resistir a embates políticos y económicos, cuando en nombre de intereses locales o extra regionales se han alzado entre estos países barreras aislacionistas.


Tan similar al mapa geográfico, diverso y fragmentado, es el mapa cultural contemporáneo de América Central. Un mapa que semeja, más bien, un mosaico irregularmente forjado, en el que faltan muchas piezas esenciales y abundan otras que han sido incorrectamente tratadas o han sido añadidas artificialmente. Se trata, ante todo, de un mosaico incompleto desde sus mismos orígenes, pues esas piezas esenciales que

faltan, algunas ya irremediablemente perdidas, constituyen componentes congénitos de nuestra identidad cultural.

Diversidad y fragmentación en la unidad y, por ello, unidad diversa y fragmentada. La cultura centroamericana de hoy resume (y rezuma) el sucesivo "estado de civilización embrionaria" -del que se quejaba Darío-, producto de rapacerías y multilaciones, de coerciones y vasallajes padecidos siglos tras siglos y que al día de hoy aún afectan, para sólo citar un ejemplo, a las minorías étnicas, ese profundo y diverso filón de nuestro ser centroamericano.

La literatura y el arte han sido quizá los espacios más incólumes y fecundos del proceso histórico-cultural de Centroamérica, pese a las opresivas condiciones en que nuestros creadores han debido ejercer su oficio. Rubén Darío busca el exilio, "asqueado y espantado de la vida social y política" de Nicaragua, "no mejor en tierras vecinas" y con él se inicia el dramático éxodo de valiosos artistas y escritores: unos, hostigados por el fatídico ritual "entierro, encierro, destierro"; otros, impelidos por el azaroso horizonte de la sobrevivencia.

Pero igual, dentro y fuera de la región, literatura y arte han prosperado como ninguna otra expresión cultural y han mostrado al mundo las líneas de las manos centroamericanas.

"Territorio, unidad, delgada diosa/nacida en el combate de la espuma", dice también Neruda en el poema antes citado, *Morazán*, escrito en memoria del mártir de la unión de Centroamérica. Vocablo tan emblemático como "unión", "combate" simboliza en sus trágicas connotaciones el sino histórico de estos países. Combates por la unión, combates por la desunión. Sí, vocablos adversos, contrastantes, tanto como una y diversa, como otra y la misma ha sido nuestra realidad geográfica, histórica y cultural: imagen y semejanza de la Centroamérica de ayer y de hoy. 

Visión de China

V í c t o r M e z a *

A veces, es fácil sucumbir ante la simplicidad aparente de los juicios emitidos por los chinos. Su sencillez y elocuencia primarias pueden llamar a engaño. La frase corta, generalmente figurada, muchas veces poética, adornada con ordenamientos numéricos, comparaciones con la naturaleza, analogías nacidas de la vida cotidiana, son elementos que facilitan el entendimiento inicial pero pueden complicar el descifrado último dentro de la mente occidental.

Cuando Carl Hung estudiaba los laberintos más profundos de la cultura oriental, solía advertir sobre estas minúsculas trampas que nos suele tender el discurso sencillo de la mente china. Porque detrás de la simpleza aparente, se esconde siempre, casi siempre, un juicio de valor profundo, una reflexión honda y refinada, un concepto cuidadosamente formado y conformado a lo largo de su historia milenaria, una idea, una opinión, una convicción, fundadas en la vida, en la práctica, en el quehacer diario de los seres humanos. No es fácil para nosotros, occidentales, para decirlo con un término tan genérico como arbitrario, entender estas cosas.

Siempre recordaré la noche aquella en agosto de 1967 cuando Huang, el joven guía que nos habían asignado los anfitriones chinos, en plena «revolución cultural», irrumpió en mi habitación, radiante y turbulento, para volcar de pronto su emoción incontenible, su alegría infinita, porque esa noche había besado a su novia... después de largos seis meses de noviazgo! Su sentido del tiempo, como sucede con el sentido del espacio, era otro, más reposado y prudente, muy diferente al nuestro, marcado siempre por las urgencias y vitalidad ardientes del trópico.

Y ese mismo sentido del tiempo fue el que percibí, la madrugada de noviembre pasado, cuando aterrizamos en el aeropuerto de Beijing y debimos enfrentar otra vez la realidad de China, diferente y parecida, igual y distinta, antigua y moderna, la China milenaria que ha empezado a vivir ya de cara al año dos mil. Porque, así es la China... y así debemos tratar de entenderla. Sé que no es tarea fácil, pero también sé que no hay otro camino si es que en verdad aspiramos a comprender a ese enorme país, ese continente, que tiene y seguirá teniendo cada vez más un peso tan grande y decisivo en este mundo global, globalizado y globalizante de hoy.

Quizás por eso, por todo eso, por las nociones encontradas sobre el espacio y el tiempo, sobre su paciencia

* Director del Centro de Documentación de Honduras (CEDOH), analista político, consultor.

y mi desasosiego, sobre su calma interior y el desfreno externo que a veces me agita, no me sentí tan extraño cuando entré, silencioso y atento, en el museo de la ciudad de Xian, la antigua capital de tres dinastías, ciudad imperial, en el centro de China y en el corazón de su historia. Construido por deseo y recomendación expresa de Chou En Lai, el casi mítico Canciller de la revolución china, el museo de Xian es único, tan único como es y debe ser cada museo. En sus amplios salones, marmóreos y resplandecientes, uno no puede menos que quedarse extasiado ante las maravillas encapsuladas en recámaras de vidrio: los dragones de oro en posición de carrera, contruidos a base de finísimos hilos dorados, en la frontera misma del desparpajo; las vasijas multicolores con sus agarraderas en forma de panteras de bronce, curvadas y en acecho; los duendecillos de porcelana, risueños, glotones, juguetones; los camellos de cerámica; los tigres de vidrios multicolores; las copas de ágata con formas de animales tan infinitos como indescifrables; las ánforas insinuantes junto a las «ouijas» de madera fina; los guerreros de terracota en eterno desfile; la caballera de bronce, en formación de combate; las lanzas de jade, los sellos infinitos, la música petrificada en el instrumento milenario; las esculturas múltiples, diminutas o enormes, y las mujeres misteriosas, las famosas «kalacakras», con múltiples y atenzadores brazos, simulando penetraciones sexuales laterales y virtualmente acrobáticas, los abrazos envolventes y eróticos: la mujer, sentada a horcajadas frente al hombre, simula ser una gacela de bronce, un pulpo oscilatorio y vulváceo, un inasible pez de gelatina brillante, una sirena silenciosa, un encanto inasible, un olor, un perfume evasivo... una hembra en celo, simplemente.

Cierro los ojos y me sumerjo en esas aguas; escucho el sonido de las trompetas, construidas con los huesos de los guerreros vencidos; suenan los tambores hechos a base de piel derrotada; se tienden, humillados y dóciles los tapetes tibetanos; se eleva al viento la seda,

se multiplican los colores, el misterio fascinante del amor oriental...

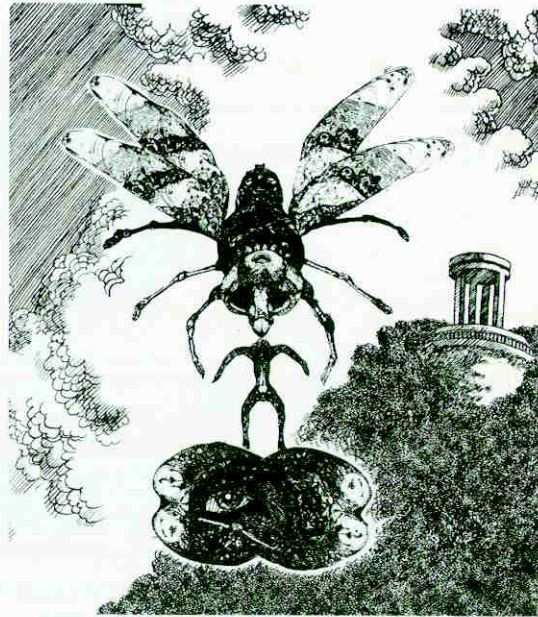
Todo eso y más desfila ante el forastero e ilumina la pupila del visitante asombrado, en los amplios salones del museo de Xian. Todo eso y más...

Afuera, los muros de la ciudad que antaño cerraban el paso a los guerreros enemigos, hoy, displicentes, testigos milenarios, se abren al tropel de los visitantes anoadados. Pero la ciudad sigue estando custodiada por sus asombrosos guerreros de terracota, miles y miles de reproducciones individuales de los disciplinados hombres de la guardia imperial, con sus caballos petrificados, en perfecta formación de defensa, seguros, impasibles en sus bien conservados trazos, convencidos de su misión celestial, cuidando la distante tumba del emperador.

La tumba -las tumbas- de los guerreros de terracota, descubiertas hace ya algunos años por un asombrado campesino sembrador de patatas, es hoy uno de los grandes tesoros de la cultura mundial, «patrimonio de la humanidad», según la fórmula clásica de la UNESCO, «novena maravilla del mundo», dice Esmeralda, nuestra guía, orgullosa y discreta en medio de aquella masa curiosamente disciplinada y silenciosa de turistas occidentales.

Un niño interrumpe y me saca abruptamente de mi estado de meditación casi monacal, para ofrecerme en venta una réplica en miniatura, asombrosamente idéntica, de un guerrero de terracota con su rostro múltiple y singular al mismo tiempo, diferente y parecido a todos los demás. La mano diminuta del niño inocente, se extiende para ofrecer la figurilla, en un gesto de ansiedad mercantil que a todos nos sorprende, pero que descoloca e incomoda a Esmeralda, la guía indefinible que esta vez me acompaña.

Es la China, antigua y moderna, fascinante siempre.



E n t r e v i s t a c o n

Manuel Acosta Bonilla

Manuel Acosta Bonilla, abogado de 69 años, es una de las personalidades más lúcidas del Partido Nacional y del país. Nieto del ex-Presidente Manuel Bonilla, formado en México (donde fue directivo de la Asociación de Estudiantes Centroamericanos), ha sido Ministro de Economía y Hacienda (1965-1971), Ministro de Hacienda y Crédito Público (1972-1975), Ministro Asesor del Presidente de la República y Coordinador Nacional del Programa de Modernización del Estado (1990-1994).

Diputado al Parlamento Centroamericano desde 1991, ha sido Vice-Presidente de dicho organismo en dos ocasiones (1993-94 y 1996-97). Actualmente es miembro de la Comisión Presidencial de Notables para la Supervisión de las Adquisiciones de la Policía Nacional. Ha publicado cinco obras sobre temas económicos y jurídicos.



Astrolabio: *Quisiéramos empezar con el tema de la Modernización del Estado. Es un tema que tú conoces bien por haber sido el primer Director de la Oficina de Modernización, también porque sentimos que hay una especie de abandono por parte del actual gobierno con respecto a este tema. Entonces, quisiéramos que hagas un repaso, una evaluación general: ¿qué se logró, qué éxitos tuvo el programa y, por supuesto, qué fracasos han habido?*

M.A.B. El Programa de la Modernización del Estado ha sido en su primera fase, inspiración de organismos financieros: fue el Fondo Monetario y el Banco Mundial los que empezaron a hablar del tema, pero en un sentido muy limitado. Ellos, más que de modernización del Estado, hablaban de programas de innovación tecnológica en la administración pública, es decir, el uso de computación, de sistemas más científicos, más seguros, de recaudar impuestos, controles efectivos en el gasto público, y, en ese sentido, ofrecieron el apoyo, dar un préstamo con ese fin y, sobre todo, mandar expertos en cada rama.

Lo primero que hizo la Oficina de Modernización fue, junto con estos expertos, sacar un listado de lo que creían ellos que era conveniente: revisar las aduanas, el problema de presupuesto, la Contraloría, así, programas de naturaleza específica.

Cuando llegué allí me dí cuenta que esto no podría conducir a un programa efectivo de modernización del Estado, porque no abarcaba los aspectos fundamentales de la administración donde teníamos mayor retraso. Por ejemplo, no comprendía la modernización en el campo



electoral, la modernización de los partidos políticos, la organización de las elecciones, el funcionamiento del Congreso y del Poder Judicial.

Todo el tema político estos técnicos lo dejaban por fuera. Como es natural, los organismos financieros no tienen mayor interés en ello. Tampoco se llegaba a lo relativo a una revisión constitucional en los aspectos fundamentales; porque la Constitución de Honduras, desde la de 1957, cambió de una constitución tradicionalista, que se encargaba nada más de la organización del Estado, de las facultades de los distintos poderes, a una constitución desarrollista, donde el Estado asume las funciones de fomento del desarrollo, la responsabilidad de la educación, de la salud, de la reforma agraria, y otros aspectos de promoción en el campo económico y social. En la constitución del 65 apenas hubo unos cambios, excepto, que se eliminó el arbitraje del Congreso en caso de diferencias entre el Presidente de la República y el Jefe de la Fuerzas Armadas,

quedando establecido que éste último debía atacar la orden presidencial. Aberración inaudita que se contemplaba en la constitución del 57.

En la del 82 ya hubo más diferencias. Por ejemplo, se modificó el concepto de integración nacional que se tenía en la Constitución del 65. En ésta comprendía la participación, no sólo de todos los partidos políticos, sino también de las organizaciones sociales y económicas en el gobierno de la República. En el año 82 se eliminaron esas organizaciones sociales y económicas. Lo que es un retroceso porque la integración nacional exige la participación en la Administración Pública de todos los sectores económicos, sociales y culturales.

Astrolabio: *¿De allí se derivó la Ley de Planificación?*

M.A.B. Sí, claro, el concepto de la Ley de Planificación y del Consejo Nacional de Planificación, en el que se convocaba a una participación de

todos los sectores nacionales. Ese era el concepto de la integración nacional, que lo borraron en la del 82 para darle preponderancia a los partidos políticos como únicos entes representativos de la nacionalidad.

Cuando se planteó la necesidad de la reforma del Estado se encontró con que la política que estaban estableciendo desde hacía como unos ocho años en América y en el mundo, la del neoliberalismo, tenía conceptos sobre las funciones del Estado totalmente encontrados con los de la Constitución. No se podía acomodar la política que estimulaban los organismos financieros de liberación económica, de redimensión del Estado, pues chocaba -y chocadísimamente con la Constitución de la República.

Así, por ejemplo, se pensó primero en la reforma del Poder Judicial, y con ese propósito, se celebraron foros nacionales, aquí en Tegucigalpa y en San Pedro Sula, para preguntarle su opinión a distintos sectores de la nación, era una encuesta y una discusión, un debate, sobre cuáles eran los problemas que consideraba el pueblo hondureño como más urgentes, y de mayor preocupación. Siempre saltó el problema judicial, de impartimiento de la justicia. Éste le preocupa al pueblo porque no le tiene confianza al sistema, ni en cuanto a la escogencia del personal, ni tampoco en cuanto a los mecanismos de funcionamiento.

Una primera preocupación fue crear un sistema de elección de los abogados que integran la Corte Suprema de Justicia, porque en la actualidad, y allí empiezan los vicios de la Corte, el nombramiento de los

magistrados es parte del botín político. El partido que gana las elecciones se adjudica cinco de los nueve magistrados, y le da tres al partido grande que pierde, y a los otros partidos uno. Pero no solamente en este nivel está el botín sino en todos el personal de las cortes de apelaciones, de los juzgados, etc.

La Constitución establece que la creación de los juzgados los autoriza el Congreso, no la Corte Suprema. Los diputados pasan creando juzgados para colocar a sus amigos y ejercer influencia en las decisiones jurisdiccionales por motivaciones partidarias, o por intereses personales o por simple y pura corrupción.

Es un procedimiento corrupto, terrible, que nos convierte en un país de inseguridad jurídica y de atraso en los tribunales, lo que conspira contra el desarrollo económico y la armonía en la convivencia social. El asunto es grave.

Se prepararon las reformas con la participación de todos los sectores en las oficinas de la Modernización del Estado, y se enviaron al Con-

greso. Desgraciadamente el Partido Liberal manifestó que no apoyaría ninguna reforma, porque tras de ellas estaban escondidas la reforma a los artículos pétreos (que prohíben la reelección presidencial). Lo que era un pretexto pueril.

Astrolabio: *Era una intención oculta...*

M.A.B. Era una tontería, porque no eran niños de teta como para que los sorprendieran en el Congreso. El interés de los liberales en ese momento de campaña electoral fue no darle al Partido Nacional ningún «triunfo». Pero más que todo, el problema estaba en la pérdida del poder político de los partidos que las reformas implicarían. Ese es el problema fundamental: no quieren perder poder político. Porque habría un sistema de selección que no les permitiría a ellos nombrar a los magistrados a su antojo, lo que significaría la pérdida de influencia y control de esos organismos judiciales.

Ese era uno de los primeros pasos, la reforma al Poder Judicial. Luego, en ese mismo orden, creímos





que atacar la corrupción era otro aspecto fundamental, y había que fortalecer los sistemas de contralores, porque la Contraloría tiene un atraso como de diez años. Ahorita están sacando la administración de Roberto Suazo Córdova. Hay administraciones enteras que nunca las fiscalizaron porque el atraso físico es enorme, y no han tenido nunca un sistema moderno para recoger pruebas y mantenerse al día... porque la fiscalización, cinco u ocho años después, ya no tiene ningún efecto... Es un absurdo.

Se pensó invertir la carga de la prueba en lo que hace al enriquecimiento ilícito: que no fuera el Estado el que probara que se había robado sino que la persona sindicada, el acusado, demostrara su legitimidad en la adquisición de su riqueza. Claro que es violento al principio de «que todo mundo es inocente mientras no se demuestre lo contrario», pero en este caso, en el delito con-

creto de los ladrones de la cosa pública, se justifica plenamente el rigor de la medida.

También estuvimos trabajando con el control a priori del gasto público porque a posteriori lo hace la Contraloría, y a priori es el Ministerio de Hacienda. Se trabajó en eso. En Hacienda se había venido afinando el control fiscal en la ley del presupuesto, pero ocurrió que los Ministerios se sintieron atrapados en una camisa de fuerza e hicieron una campaña en contra de la Ley del Presupuesto y el Congreso empezó a modificar y a aflojar los controles. Lo que facilitó esos fondos específicos, como el Fondo del Petróleo, y otros de ese tipo, que permitieron el manejo de los fondos públicos sin control de ninguna clase, con los resultados de grave daño al erario nacional y a los intereses del pueblo. El Congreso, además, dio facultades extraordinarias al Presidente para cambiar partidas... y

manejar libremente el Presupuesto.

El Congreso nunca ha cumplido su principal responsabilidad, que es la de contralor del gasto, el contralor del Presupuesto. Tradicionalmente el presupuesto lo aprueban los diputados en una sola noche, sea gobierno nacionalista o sea gobierno liberal, con una ligereza extraordinaria. Olvidándose que la base misma de la democracia es el control que la sociedad, a través de los partidos, tiene del gobierno y de sus gastos. En ese aspecto fundamental jamás ha cumpli-

do el Congreso su misión. Es más, nunca ha exigido una liquidación del presupuesto, una rendición de cuentas.... Es responsabilidad del Poder Ejecutivo presentar al Congreso el presupuesto liquidado, para que dé cuentas cabales de cómo gastó el dinero del pueblo y qué beneficios se derivaron del gasto.

Astrolabio: *Es una de las razones por lo que se ha perdido mucho fondo externo, porque organismos cooperantes exigen liquidación puntual, y muchas Secretarías de Estado no le presentan, o la presentan extemporáneamente, y pierden nuevas asignaciones.*

M. A.B. De eso viene la tendencia de los organismos internacionales a crear organismos autónomos en contabilidad separada como el FHIS. Este tiene una gran libertad para manejarse, pero le tiene que rendir cuentas al Banco Mundial, que tiene una unidad al efecto. No

al gobierno y menos al pueblo hondureño.

Astrolabio: ...y al Congreso...

M.A.B. Al Congreso no le importa. Allí no hay una unidad para conocer de la rendición de cuentas. Debería haber una unidad de Contabilidad con gente capaz, para analizar e informar a los diputados a fin de que se pueda calificar la acción de los distintas entidades de la Administración.

Astrolabio: *Lo comentaba porque en estos momentos la Contraloría quería entrar al FHIS y no la han dejado. Pero el Congreso ha respaldado a la Contraloría en eso.*

M.A.B. Claro, y eso es lo que debía hacer, y tiene el pleno derecho porque la Constitución le da esa facultad. Todo mundo, incluso los particulares si manejan fondos del Estado, está sujeto a la Contraloría.

Astrolabio: *Una organización no gubernamental, por ejemplo, si recibe dinero del Estado está sujeta a ser investigada por la Contraloría.*

M.A.B. Tiene que ser investigada por la Contraloría. Lo que ocurre es que Contraloría no tiene capacidad y se vuelve inoperante, un organismo que se le da todo y no opera, no sirve para nada.

Astrolabio: *O sea que la principal traba para echar adelante el proceso modernizador del Estado estuvo en la clase política, en el Congreso. Leí hace poco un informe de un consultor evaluando el programa de modernización del Estado, y él identificaba lo que llamaba «centros de resistencia» al proceso modernizador, y entre ellos*



destacaba el Ministerio de Hacienda

M.A.B. Claro, pero en el fondo los grandes responsables son los partidos políticos. Si el Congreso recibe consigna de sus partidos, vota.

En cuanto a las reformas del sistema político-electoral, me junté muchas veces con los dirigentes de los partidos políticos y todos estaban deseosos de hacer reformas encaminadas a democratizar más los partidos, a permitir las elecciones independientes en tiempo, incluso,

de las municipalidades, de las elecciones de los diputados por distritos, no por planillas, y también por boleta independiente, el control de la finanzas de los partidos, para evitar la introducción de recursos indeseables, del narcotráfico o de los sectores empresariales.

Había como 37 aspectos de la reforma donde, aparentemente, los partidos estaban de acuerdo. Pero cuando se llegaba ya a discutir y concretar los proyectos de ley para la reforma, los partidos tradicionales paraban todo y no dejaban pa-



sar las cosas. Las únicas reformas electorales que ellos aceptan son las que han negociado entre ellos, que son producto de componendas.

Astrolabio: *Entonces, Manuel, a lo largo de este período, ¿qué se logró aprobar del proceso de modernización?*

M.A.B. Se tomaron medidas de simplificación de los trámites en los procedimientos administrativos para facilitar al ciudadano el ejercicio de sus derechos y el trámite de los expedientes. Varios proyectos de leyes fueron preparados para el Ejecutivo en aspectos sectoriales y algunos fueron aprobados por el Congreso.

En el campo social, la modernización del Estado se empeñó en los programas fundamentales: la Reforma Nacional de la Educación y la Reforma Nacional de Salud. Quedaron los programas concertados con los sectores en ambos campos e inclusive financiados por los Bancos Mundial y BID. Estos programas, por sí mismos, podían transformar el país y sacarlo del subde-

sarrollo. Proyectados para 15 años, crearían el nuevo hondureño, capaz de enfrentarse al mundo globalizado.

Otros aspectos de la Reforma requieren de cambios constitucionales, por lo que se necesita reunir una Constituyente, independientemente del Congreso. Debe convocarse a una Constituyente exclusivamente para hacer una nueva Constitución, tipo Colombia, que les dio buen resultado. Porque como han cambiado tan sustancialmente los enfoques políticos hacia el papel del Estado y del gobierno, habría que acomodar la Constitución, y ello serviría también para que el pueblo diera cuenta hasta dónde debería llegarse.

Porque la verdad es que los organismos financieros imponen su voluntad y tuercen los objetivos y anulan cualquier disposición constitucional. Es más, el pueblo vota por determinado candidato, creyendo que va a interpretar sus principales deseos, y cuando llega a la Presidencia cambia, porque el Fondo Monetario le impone los programas

de gobierno. En Honduras la política de los últimos tiempos estrictamente se ha guiado por los organismos financieros internacionales. En el Banco Central se lleva un listado de los compromisos contraídos con los préstamos, y en él se puede apreciar que no hay un solo cambio de la administración que no esté previsto allí. Es una intromisión que, prácticamente, ha eliminado el ejercicio de la soberanía. Es algo determinante: el gobierno o el gobernante casi no tiene

holgura en términos reales para actuar con autonomía y con independencia.

Y en cuanto a reforma agraria; lo importante fue la distribución de tierras, pero no se lograron los objetivos finales. Sin embargo se logró que empresas campesinas funcionaran, como COAPALMA, que son inmensas, más grandes que la Tela Railroad Company, y eficientes. Pero el proceso de reforma agraria fue desacreditado y satanizado. Las reformas a la ley de modernización agraria sólo fueron a favor del empresario agrícola. Era abrirle las puertas al gran empresario agrícola. Y eso ha permitido que empresarios privados ahora sean los grandes terratenientes, inmensos, con más de lo que tuvieron las bananeras en tierras. En el León y en el Aguán producen palma africana, tomates. Sin embargo de estas tierras la mayoría están ociosas, abandonadas. El propósito no es producir, sino la especulación inmobiliaria.

Astrolabio: *O sea que condujo a un proceso de concentración de las*

tierras otra vez. Claro que ya no en manos de los terratenientes tradicionales sino en manos de empresarios y financistas.

M.A.B. Pero el desplazamiento del campesinado ha sido enorme y rápido: un desplazamiento de propietarios a campesinos sin tierras nuevamente.

Astrolabio: *Y es que la titulación de tierras produjo un mercado de tierras, y, entonces, el comprador pudo adquirir las tierras del campesino.*

M.A.B. Y algunas tierras, como las de la Costa Norte, llegaron a unos precios inconcebibles. A las cooperativas las compañías bananeras llegaron a pagarles 20, 30 millones de lempiras y, claro, quién se iba a oponer a que vendieran.

El país ha vuelto a una situación de crisis social, de crisis en el campo, que se había superado en parte, y el abandono del proceso de reforma agraria no se ha hecho sentir por el desarrollo de la maquila. La maquila ha absorbido gran parte del campesinado. Pero la maquila va a parar en un momento dado o se va a ir de nuevo, y el problema social del campo va a recobrar aquí bríos mayores, mucho más violentos. Y nadie está viendo eso, nadie quiere ver eso.

Astrolabio: *Esto nos lleva a un segundo gran tema: Una evaluación de estos primeros meses de gobierno. Es evidente que lo que dices es muy cierto: estamos en un proceso de acumulación de tensiones sociales que pueden explotar en cual-*

quier momento. ¿Cómo harías la evaluación de este gobierno en los primeros ocho o nueve meses? ¿Tiene o no tiene una estrategia? ¿Se le puede percibir una línea política clara?

M.A.B. Para mí, el gobierno actual más bien refleja una culminación en el proceso de lo que es un gobierno neoliberal. Ha terminado con las últimas reservas que se podían tener sobre eso.

La ley de la reforma estructural es mucho más profunda que todas las

El país ha vuelto a una situación de crisis social, de crisis en el campo, que se había superado en parte, y el abandono del proceso de reforma agraria no se ha hecho sentir por el desarrollo de la maquila.

anteriores, más radical. La administración Callejas era de esa línea: la de Reina vaciló un poco y detuvo el ritmo de aplicación de las nuevas teorías políticas y económicas. Pero la actual, de entrada, y con mucha decisión se encamina claramente a que el desarrollo del país quede en manos de la empresa privada.

El Estado se sustrae ya de cualquier política del fomento del desarrollo y, para eso, se le da todo tipo de ventaja a la empresa privada. El hecho de reducir el impuesto sobre la renta significa perdonarle a la empresa privada más de 600 millones, cuando -si se quería llegar a eso- perfectamente se pudo realizar una desgravación en cinco años.

Pero pasar, de golpe, del 45% del impuesto sobre la renta al 25% es una "donación" del 25% de impuesto a la renta, que es injustificable en un país lleno de necesidades primarias.

Y la pérdida fiscal que eso significaba inmediatamente la reponen con el impuesto sobre ventas que sube del 7 al 12% y el impuesto del diferencial del precio del petróleo que constituye una verdadera exacción. Los ingresos corrientes de esta administración son verdaderamente cuantiosos y posiblemente se consuman en gastos corrientes, ya que no hay programas de inversión pública de significación nacional.

Astrolabio: *¿Y la ley de telecomunicaciones?*

M.A.B. Esa tiene todo el respaldo de los bancos internacionales porque va encaminada a la privatización de HONDUTEL y de la ENEE, más que todo HONDUTEL,

que es el negocio. Nunca he sido partidario de la privatización porque es disponer de los bienes del pueblo, del patrimonio nacional, y la ENEE y HONDUTEL es de lo poco que tenemos. La ENEE ha llegado a ese tamaño por el esfuerzo de todo el pueblo hondureño, porque jamás se hubiera podido desarrollar si no es porque es una empresa del Estado. ¿Cuándo la empresa privada iba a montar una hidroeléctrica como El Cajón? El pueblo se embarcó en eso, quedó endeudado y, al final, el pueblo poco a poco ha ido pagando esa inversión multimillonaria.

Lo mismo con HONDUTEL, nada más que ésta sí es negocio produc-

tivo y podría ser mucho más rentable si fuera más eficiente. Pero no porque se va a privatizar sino que cualquier directiva que tenga responsabilidad y sepa, puede mejorar a HONDUTEL en un cien por ciento. Hay miles de solicitudes de teléfono, que no las pueden atender porque no hay líneas. Callejas autorizó las famosas 220,000 líneas que se absorbieron ya, prácticamente en la Costa Norte y en el Centro del país.

Siempre tenemos tendencia a que cuando algo funciona mal, en vez de tratar de mejorar la institución, lo que hacemos es cerrarla o venderla a los extranjeros. Esa ha sido la costumbre. México no entrega su petróleo, ni Chile el cobre, porque son básicos para su economía e independencia. Deberíamos adoptar el ejemplo de los españoles, que pasaron de la dictadura de Franco al gobierno democrático actual, sin destruir las instituciones, sólo las depuraron. Incluso la Guardia Civil, que todo mundo tenía como una infamia, fue depurada y ahora hasta exporta asistencia técnica.

Una vez estuve cinco horas discutiendo sobre la modernización del ejército, con una comisión presidida por el Coronel Alvaro Romero. Y el plan era bastante bueno. Permitiría, además, a las Fuerzas Armadas, en las nuevas circunstancias nacionales, regionales, tecnificarse y depurarse, sin causar daños a la institución.

Astrolabio: *¿Cómo ves la posibilidad de la reforma militar de que se habla ahora?*

M.A.B. Aquí no ha habido una política definida para atender el problema del ejército y de la policía.

Todo el fenómeno último se ha debido a los cambios de actitud que sobre el ejército tomó el gobierno norteamericano. Cuando el Embajador americano empezó a criticar a los militares todo el mundo se sintió ya con valor de hacerlo por cuenta propia. La referida comisión me interesó porque eran oficiales honestos, que querían modernizar el ejército; y porque hay una cuestión importante: el ejército hondureño debe coordinarse con el proceso de integración, de unidad política de Centroamérica. Los ejércitos no

La Ley Constitutiva de las Fuerzas Armadas debe revisarse para modernizar el ejército

pueden seguir funcionando tal como están en un esquema de comunidad centroamericana.

Astrolabio: *¿Crees que la eliminación de la jefatura militar, por ejemplo, y el fortalecimiento del Ministerio de Defensa puede ser algo importante?*

M.A.B. Hace tiempo que los propios militares hablaban de eliminar la jefatura de las Fuerzas Armadas, no tanto por inquietudes democráticas sino porque les creaba muchos problemas entre ellos. Pero el hecho es que, llámese como se llame (Jefatura o Ministerio), eso no es lo importante. Lo importante es qué funciones va a tener. Porque el Ministro de Defensa puede ser el nuevo hombre fuerte. En muchos países el Ministro de Defensa es muy poderoso. La cuestión sería no quitar simplemente al jefe de las Fue-

ras Armadas sino ocuparse de la Ley Constitutiva de las Fuerzas Armadas. Hay que ver el capítulo constitucional, las funciones que le dio: hasta la supervisión del proceso democrático le corresponde a los militares en este país. Lo que deberíamos hacer es estudiar a fondo la Ley Constitutiva de las Fuerzas Armadas y redefinir sus funciones completamente.

Astrolabio: *Lo único que les incomoda, hasta cierto punto, es una situación anómala de tipo protocolario con los demás Ministros de Defensa del área. Por ejemplo, Hung Pacheco no puede asistir a reuniones de Ministros de Defensa porque no ostenta ese rango, no lo reciben como tal, y eso les incomoda.*

M.A.B. Eso no tiene importancia. Dependerá del Presidente. Si es un Presidente fuerte, no hay problema, pero si no, el Presidente se va a entregar al Ministerio de Defensa. En muchos países de América Latina la alianza de los militares con los sectores retardatarios de la economía, mantiene verdaderas dictaduras.

La Ley Constitutiva de las Fuerzas Armadas debe revisarse tanto para modernizar el ejército, adecuarlo, como para establecer su papel dentro del proceso de integración, de unidad política centroamericana. De lo contrario, va a quedar igual, con los peligros que ya señalamos.

Astrolabio: *Tú, como viejo asesor y dirigente del Partido Nacional, ¿cómo ves el papel de ese partido en este momento?*

M.A.B. El Partido Nacional está pasando por su peor etapa en la his-

toria. Jamás el Partido Nacional ha tenido dirigentes tan mediocres e incapaces como los que tiene en la actualidad. No ven las cosas. Y el Comité Central no ha podido ni siquiera organizar la maquinaria burocrática del partido. Es una agrupación de aspirantes a la Presidencia. Cada quien va a cuidar su feudo. No tienen una visión de lo que es este país, qué está pasando en Honduras y en Centroamérica, y en el mundo con la globalización, cuál es el futuro del país en el siglo XXI y cuál va hacer el papel de los partidos políticos.

Astrolabio: *¿Cómo van a hacer oposición así?*

M.A.B. No, si desde hace años que la dirigencia del Partido Nacional y del Partido Liberal han vivido en componendas de toda clase. Ellos son lobos de la misma loma, y se entienden perfectamente. No hay oposición sino que hay reparto o cogobierno, cohabitan perfectamente. Y es el país el que está sufriendo las consecuencias de ese contubernio. Porque la verdad es que este país está en la cola de Centroamérica. Estaba viendo las estadísticas del Banco Mundial donde tenemos 600 dólares per cápita, Guatemala 1,200 El Salvador 1,300 y Costa Rica 2.600. Sólo estamos arriba de Nicaragua. ¡A estas alturas del siglo XX con 600 dólares per cápita! Costa Rica nos cuadruplica el ingreso. No hay futuro para este país, y nadie está pensando en serio. Nadie tiene un programa en serio.

Astrolabio: *¿No hay alternativa?*

M.A.B. Los sectores obreros, que en un tiempo estuvieron fuertes, están totalmente desprestigiados, y

ni hablemos de los sectores campesinos, de los sectores de la juventud: esa Universidad que parece que estuviera en la luna, no se dan cuenta para nada de lo que está pasando. Uno se pregunta ¿dónde y cómo, y qué nos va a redimir, con qué acuerdo vamos a salir adelante? Porque no hay salida, y esto es así prácticamente en todo Centroamérica, pero en otros países piensan en otro sentido. En El Salvador, por lo menos, ven hacia un futuro. Los hondureños tenemos que sobreponernos a la adversidad y encontrar el camino correcto.


Astrolabio: *Y allá se percibe una clase empresarial más lúcida, con una mayor percepción de lo que quieren, de cara al nuevo siglo. En Honduras no sentimos eso de parte de la clase empresarial hondureña.*

M.A.B. No hay nada absolutamente. Lo único que se hablaba es del programa de Gran Transformación Nacional, que fue una farsa, y no aguantó la menor crítica. El resultado del retorno de los partidos al gobierno desde el 82 para acá, es que hemos bajado el ingreso per cápita, de casi 1,000 dólares a 600 dólares, en que estamos ahora. Con sólo ese hecho quedan aplazados todos los gobiernos que han habido, liberales y nacionalistas. La verdad es que no sólo han sido incapaces de mantener el grado de desarrollo que tenía el país sino que éste se ha venido para abajo. La democracia ha sido utilizada con fines aviesos por los demagogos y los mercenarios de la política.

Astrolabio: *Todos los demás países tienen, como quien dice, una explicación, sólo este país pareciera que no la tiene.*

M.A.B. Hablábamos de que no vemos futuro. Ahora bien, el único futuro que veo sería si entráramos en serio a la unidad política centroamericana. Porque, por ejemplo, los caficultores o cafetaleros, que han sido el sector más reaccionario y conservador de Centroamérica, han lanzado ahora el frente centroamericano del café. Quieren comercializar conjuntamente el café centroamericano, porque ahora somos el segundo productor más grande en el mundo, después de Brasil, ya superamos a Colombia. Además, quieren hacer compras conjuntas de insumos y poner en Panamá un centro de acopio para llevar el café y repartirlo a los diferentes mercados. Están pidiendo la penetración a China Popular, y exigen a los gobiernos un representación diplomática conjunta en China y Rusia.

Si esto tiene éxito, tras de los caficultores van los azucareros, van los camaroneros, van todos. Para mí, el aspecto del café se convierte en algo parecido a lo que fue para Europa la asociación del acero y del carbón. Un conglomerado de esta naturaleza generaría millones de dólares y permite ver, en una forma muy concreta, las ventajas de la unidad y el futuro promisorio de estos países.

Las posibilidades se abren enormemente para Centroamérica. Los caficultores son los más fuertes y están entusiasmados. Ese es el camino, para mí, de Centroamérica. El panorama, si lo vemos aislado, sólo desde la pequeña parcela, no tiene futuro. 

agosto de 1998

Brevedad y largueza

H o r a c i o C a s t e l l a n o s M o y a *

A propósito de Borges, en un ensayo de 1984, incluido en el libro *Por qué leer los clásicos*, Italo Calvino afirmaba: “he tenido a menudo la tentación de formular una poética del escribir breve, elogiando su primacía sobre el escribir largo, contraponiendo los dos órdenes mentales que la inclinación hacia el uno o hacia el otro presupone, por temperamento, por idea de la forma, por sustancia de los contenidos”. Calvino no alcanzó a escribir ese elogio de la brevedad-murió un año más tarde. Tampoco hubiera sido el primero: aunque la brevedad parece haber merecido mayor aplauso que la largueza, ambas han tenido partidarios en todas las épocas.

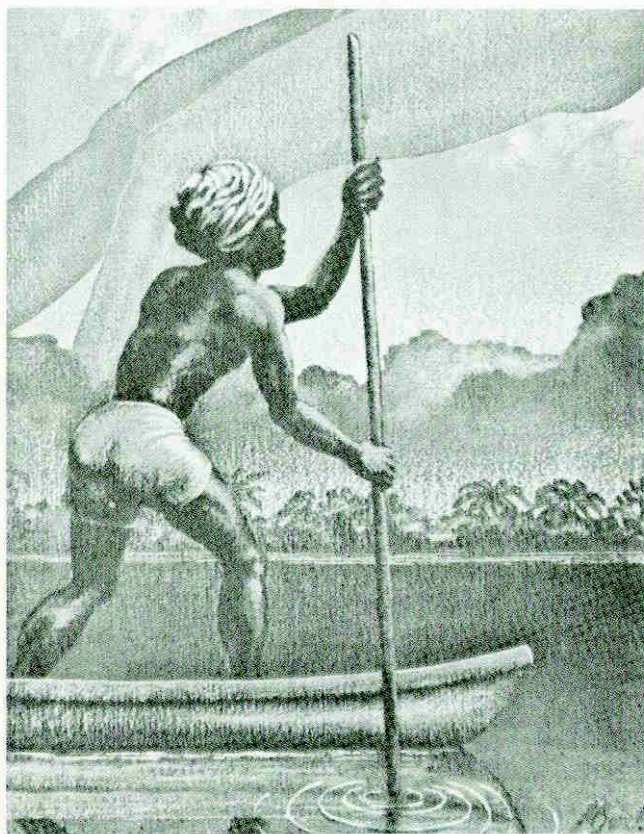
En su *Epístola a los Pisones* -un elogio, más que del escribir breve, de la mesura y el equilibrio-, Horacio recomienda: «Sé breve en tus preceptos cuando los dieres para que el entendimiento los perciba pronto y retenga fielmente tus palabras. Todo lo superfluo se va, y rebosa de la memoria *como el agua de un vaso lleno*». La brevedad no es posible, empero, sin la repetida corrección, sin la reescritura, sin el tachar implacable. «Vosotros, ilustres descendientes de Pompilio, condenad todo poema que no ha sido depurado por muchos días de corrección, que no ha sido pulido y repulido veinte veces», dice Horacio. Y rememora a Quintiliano, quien, «cuando le recitaban algún verso, decía: “Vamos, por Júpiter, corrige esto, y estotro, retoca esta parte”. Y si le respondían: “No puedo; no me sale mejor por mucho que hago; lo intenté varias veces”. Entonces contestaba: “Pues bórralo; vuelve al yunque esos versos que no están bien forjados”.

Pero ni la brevedad ni la corrección son suficientes; hace falta el ojo crítico y el añejamiento, la opinión de rigurosos lectores y el distanciamiento que sólo el paso del tiempo permite. «Si alguna vez llegares a componer alguna obra, sométela al severo juicio de Mecio, al de tu padre y al mío, y luego tenla guardada nueve años. Mientras tuvieres tus pergaminos en tu escritorio podrás corregirlos a tus anchas, quitar y poner. La palabra, una vez suelta, no se la recoge». Esta sería, pues, la fórmula de la brevedad para Horacio: un mínimo de veinte

*Narrador, periodista, autor de la novela *Baile con serpientes*.


correcciones, nueve años de añejamiento y la aprobación de tres lectores críticos.

Plinio el Joven piensa distinto. Su elogio de la largueza está desarrollado en carta a su amigo Cornelio Tácito. «Sucedo con un buen libro lo mismo que con todas las cosas buenas en sí mismas: cuanto más largo es, mejor», dice Plinio. Las razones son varias. Primero: «no es propio del discurso sobrio y conciso, sino del majestuoso y sublime, lanzar relámpagos, tronar, conmovir, derribar y destruir». Segundo: «si la fecundidad no demuestra precisión, en cambio acredita mayor amplitud de espíritu». Tercero: «callar lo que puede ser peligroso omitir, trazar ligeramente lo que debe detallarse, decir a medias solamente lo que no puede rebatirse bien, es verdadera prevaricación. Ocurre con frecuencia que la abundancia de palabras da fuerza nueva, y como peso nuevo a las ideas que expresan».



Plinio sabe que la largueza puede degenerar en desmesura, pero no le importa, por eso le pregunta a Tácito: «confieso que existe prudente medida, pero ¿crees tú que el que no la llena es más estimable que el que la traspa?» ». Plinio no lo cree así; prefiere el exceso a la escasez. Aunque en carta a Luperco modere sus opiniones: «solamente pretendo demostrar que algunas veces es preciso abandonarse a la elocuencia, y no encerrar en círculo demasiado pequeño los movimientos impetuosos de un genio elevado».

Para quien la largueza es valor, la corrección tiene otro sentido, menos obsesivo, a veces contrario a la perfección literaria. Plinio el Joven lo expresa en carta a Apio: «Mucho apruebo tu cuidado por la corrección de tus escritos, pero la corrección tiene sus límites: pulir demasiado, antes es debilitar que perfeccionar una obra». Y en carta a Suetonio Tranquilo insiste: «Tu obra ha llegado al punto de perfección en que la lima no puede ya embellecerla, sino debilitarla». La demasiada corrección se convierte en traba, pues «además nos aparta de las (otras obras) que emprenderíamos». La fórmula de la largueza consistiría entonces en escribir con fuerza, amplitud y vigor; corregir estrictamente lo indispensable, sin obsesión; y dar la obra pronto al lector.

Cultores de poéticas antípodas, separados por casi un siglo, Horacio y Plinio el Joven son apenas un episodio romano de la contraposición entre brevedad y largueza. Lo paradójico es que el elogio del escribir largo proceda de cartas que, tan breves, hubieran servido de verbigracia en el elogio de Calvino. 

Las tijeras y su padre^{*}

R o b e r t o S o s a ¹

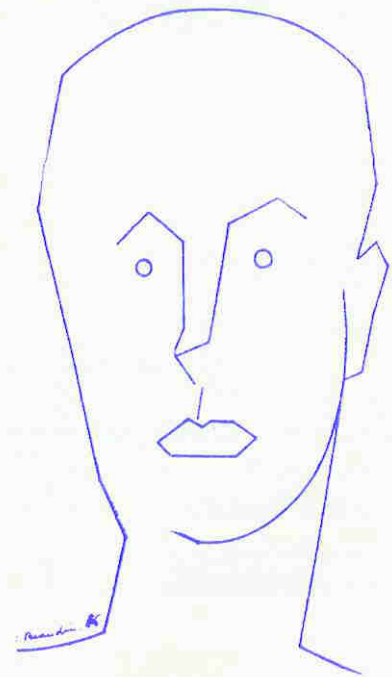
La lectura denotativa del texto «Las Tijeras y su Padre», de Paul Éluard, el poeta del amor silencioso, duplica la inspiración de esa figura que produce la salida del chuzo de la Mantarraya, más dañina que su entrada en cuerpo vivo. Los viejos lobos de mar bien lo saben. Por cierto que la relectura de la escritura citada, por grados y por su orden, deja la impresión de que uno ha sido depositado y abandonado para siempre dentro de un aposento conducente a sucesivos aposentos idénticos color blanco nieve, de escalera abajo.

La rueda de chiquillos y chiquillas, que juegan jugando a la gallina ciega, quedó más indefensa después del experimento eluardiano centrado y concentrado en la vulnerabilidad de la menor de las criaturas de la especie humana. Así se presiente a partir del inicial toque de luz:

«El niño está enfermo. El pequeño se va a morir. El, que nos había dado la vista, que ha encerrado las oscuridades en los abetos, que secaba las calles después de la tormenta.»

Es verdad que un niño, por el hecho de serlo, empinado sobre una colina posee el poder de tocar el cielo con el dedo índice, pero ese acto de magia rosa no lo vuelve inmortal: *«Las nubes anuncian que no tiene más que para dos horas. En la ventana, una aguja en medio del aire registra los temblores de su agonía.»*

Los círculos concéntricos que se van formando a la caída de una piedra lanzada por alguien al centro de la superficie de un brazo de mar en calma se amplían, paulatinamente, hasta adquirir una infinita concentración de la



Paul Éluard por André Beudin

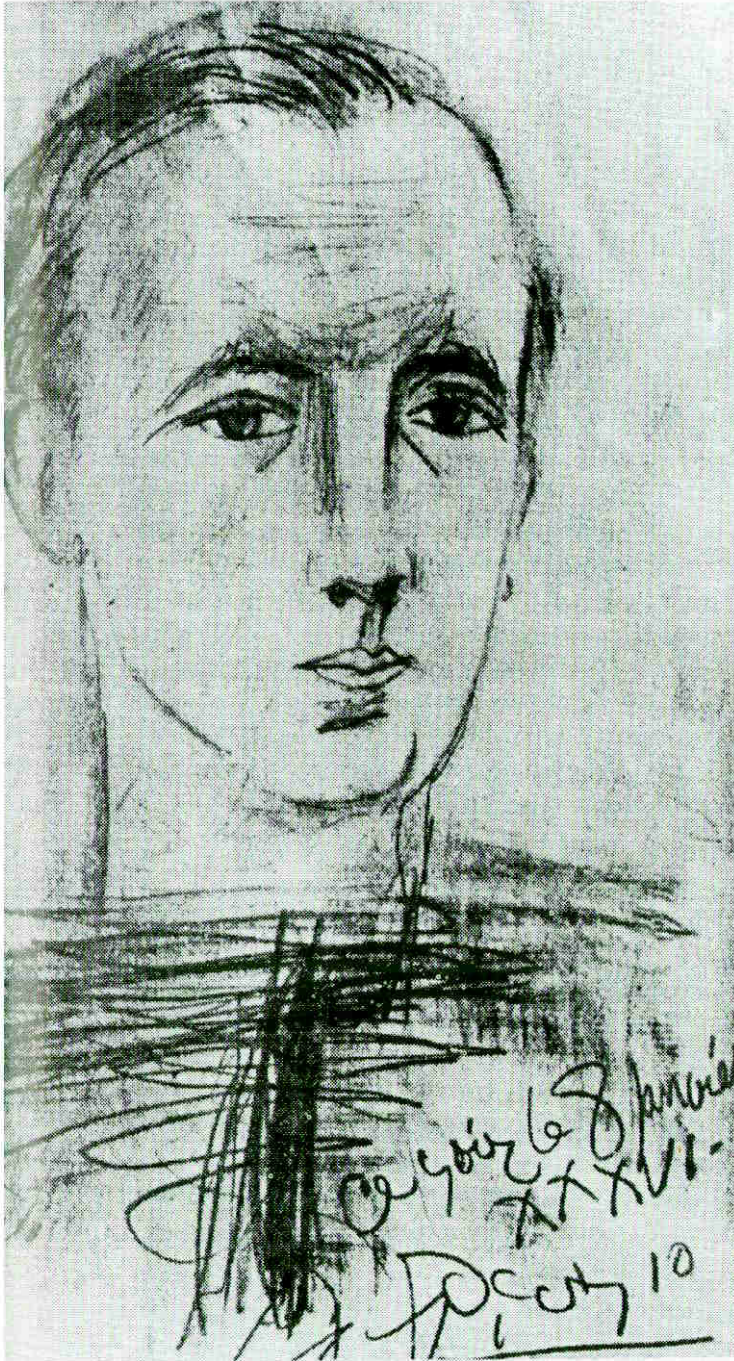
(*) Los fragmentos poéticos utilizados en este trabajo forman parte de la traducción de «Las Tijeras y su Padre» hecha por Marcelo Ravoni, y corresponde al libro «Las Desgracias de los Inmortales» (1921).

¹ Poeta, su *Antología personal* va por la 3ra. edición en EDUCA.

desgracia: *“Le pondrán un gran vestido, un vestido de falda almidonada, fondo oro, bordado con galones de colores, un babero con borlas de benevolencia y caramelos en los cabellos.”*

La esperanza, clave suprema de las virtudes teologales y túnel de entrada a la ciudad de Dios, se desdibuja como en un sueño: *«¿Y el pararrayos? ¿Dónde está monseñor el pararrayos?»*

Puesta en punto la conciencia del mundo real, llegada es la hora del palpito que da a la nada perfecta: *«Era bueno. Era dulce. Nunca azotó el viento ni aplastó el barro sin necesidad. Jamás se encerró en una inundación. Va a morir.»*



Gira el vidrio molido a borbotones por la boca del estómago, por la musculatura y su número de nervios, por la ingle, y, todo parece derrumbarse ahí por sobre la parte superior de la espina dorsal, en el cuello, base de descanso de la pieza más bella de la mujer y del hombre, la cabeza negra o amarilla.

La Muerte se deslumbra y la poesía se atasca en los labios del padre del hijo: *«Entonces ¿de nada sirve ser pequeño?»*

Paul Eugène Grindel, llamado Paul Éluard, nació en Saint-Denis, en 1895. Falleció en Charenton-le-Port, Francia, en 1952. Entre otros libros publicó en la rama de poesía “Descubrimientos” (1914), “Capital del Dolor” (1926), “El Amor, la Poesía” (1929), “La Rosa Pública”(1934), “Poemas Políticos”(1948). En la rama de prosa escribió y editó los libros “Hacer Ver” (1939), “Los Senderos y las Rutas de la Poesía” (1949), “La Poesía de Circunstancia” (1952), “Un Cuento Infantil” (1952).

Éluard formó parte del grupo surrealista integrado por Aragon, Breton, Hans Arp, Max Ernst, René Cravel, Man Ray y Tzara. Perteneció al partido comunista y participó en las fuerzas de la Resistencia durante la ocupación nazifascista de su patria.

«La poesía no se hará carne y sangre si no a partir del momento en que sea recíproca. Esta reciprocidad está totalmente en función de la igualdad de felicidad entre los hombres. Esta felicidad no es imposible”, expresó el poeta francés, ligando ese concepto a la idea de que “un poema debe ser un derrumbamiento del intelecto”, juicio compartido por Breton.

Retrato de Éluard por Picasso

El fantasma del Doctor Koestler

R o b e r t o C a s t i l l o *

Carlos Garrido Dalfau era magnífico conversador y pésimo prosista. La savia de su conversación discurría fluida, como un torrente de erudición lleno de lugares comunes pero matizado con misterio. Y es que el misterio estaba en él, no en su prosa. Le abandonaba cuando pasaba del lenguaje hablado al escrito.

Como cirujano solamente llevó la cuchilla tres veces. Y los tres pacientes murieron. El gremio se conmocionó y no le permitió operar nunca más. Él, entonces, montó una cadena de casas de salud que se convirtieron pronto en atractivas y jugosas empresas. No sabía manejar la cuchilla, pero aprendió bien el arte de dirigir a otros médicos.

Yo lo conocí bien y comenzamos una amistad condenada a romperse pronto. Fue en el 39. Volamos juntos hacia Panamá. Era muy corpulento y cada vez que se movía -porque iba incómodo en su asiento- daba la impresión de que el avión iba a caerse. Y se cayó poco después de la escala en Managua. Logramos aterrizar de emergencia en un potrero, cerca de Rivas. Tardaron por lo menos cinco horas en reparar la máquina. Los mecánicos no podían hacer nada y él sorprendió a todos cuando detectó la falla.

-Es allí. Allí mismo la tiene usted -dijo con una voz demasiado suave. Nadie parecía entenderle. Con el

dedo señalaba hacia la tuerca que estaba cerca de un pistón.

Arreglaron la máquina pero nadie quería arriesgarse a volar otra vez. Él fue el primero que se subió, muerto de risa. Y todavía se bajó nuevamente y convenció a dos ancianas estremecidas de pánico que se aferraban a un rosario. Puso las manos en el hombro de cada una y las llevó hasta los asientos.

Nadie sabía por qué motivo viajaba él. En Panamá le esperaba una comitiva muy extraña. Quiso presentármelos a todos, pero yo me despedí moviendo la mano desde lejos. Al día siguiente, mientras caminaba por la Avenida Central, me dieron una hoja volante de tono enigmático:

GRAN OBRA DE ACTUALIDAD CIENTIFICA

La Enciclopedia de la salud, del Dr. Koestler, recientemente traducida del húngaro al castellano, es una obra que a lo cómodo de su precio une su magnífica calidad tipográfica. Única en su género por la forma rigurosa y novedosa como trata temas que han sido tabú para la misma ciencia, entre ellos la sexualidad y las enfermedades mentales. Necesitamos representantes en varios países.

Yo sospeché que la propaganda de la hoja volante tenía algo que ver con Carlos, pero no me lo tomé en

* Narrador, filósofo, autor de *Traficante de ángeles* (cuentos)

serio. A los cuatro días regresamos en el mismo avión. Desde que nos encontramos en Campo Francia lo noté con ganas de evadirme; fui a saludarlo como si no pasara nada. Declaró su equipaje y los demás pasajeros nos volvimos a ver las caras pensando exactamente lo mismo: que jamás lograríamos despegar con tanto peso encima. Eran cajas y más cajas con el rótulo muy claro, en letras grandes: ENCICLOPEDIAS. No abrió la boca durante todo el vuelo. Aterrizamos y él se despidió de mí con mucha prisa; luego tomó un camión que se lo llevó con todo su cargamento. No lo volví a ver en semanas.

A los pocos días la ciudad amaneció tapizada con la enciclopedia del Dr. Koestler. Los tomos verdes estaban en las librerías, tiendas, farmacias, quioscos, parques, aceras y atrios de las iglesias. Yo no lo podía creer. Y lo que más redoblaba mis sospechas era que no había visto a nadie abriendo uno solo de esos libros, sellados y envueltos en papel de celofán. Quise salir de mis dudas. Saqué dinero de mi bolsillo y me acerqué a un puesto de venta. Pregunté a la mujer el precio de una colección y ella enrojeció de vergüenza; puse mi mano encima de un ejemplar y me la apartó con indignación. Me quedé confundido. Pensé que se avergonzaba de venderme a mí, un hombre, esa enciclopedia. Al fin y al cabo estaba dedicada a la sexualidad y posiblemente era pornografía disfrazada. No me dio pena seguir preguntando, pues todo mundo sabía que yo era médico.

Entré a la librería más cercana. No había terminado de señalar hacia los volúmenes cuando el dueño me gritó:

-¡Pero es que no tiene otra cosa que hacer, cretino!

No me había reconocido. Me sentí confundido y en el más completo ridículo. Los clientes comentaban sin ninguna discreción que yo era el que había tenido el atrevimiento de preguntar por la enciclopedia del doctor Koestler. Nervioso, me fumé dos cigarrillos. Com-

pré un periódico cuya primera plana exhibía el más gigantesco titular que se hubiera visto jamás:

¡DR. KOESTLER!

Monté repentinamente en cólera y decidí aclarar el misterio de una vez por todas. Pensé que lo mejor sería dar un rodeo, tender yo una trampa para no ser atrapado tan estúpidamente, ser yo mismo el atrapador. Corrí hacia la farmacia América y me dirigí a uno de los dependientes. Sergio sonrió al verme. Inclinéme sobre él y sin decir palabra, hice con la mano la seña de siempre. Di mi espalda a dos señoras, para que no vieran lo que compraba.

-Le doy de la misma marca, ¿verdad, doctor?

Luego me pasó disimuladamente el paquetito de profilácticos y yo lo cogí sin que nadie se diera cuenta. Sergio puso su eterna sonrisa bobalicona y me dijo:

-Siempre compra su marca preferida. De los que no fallan un solo tiro.

Le seguí la corriente.

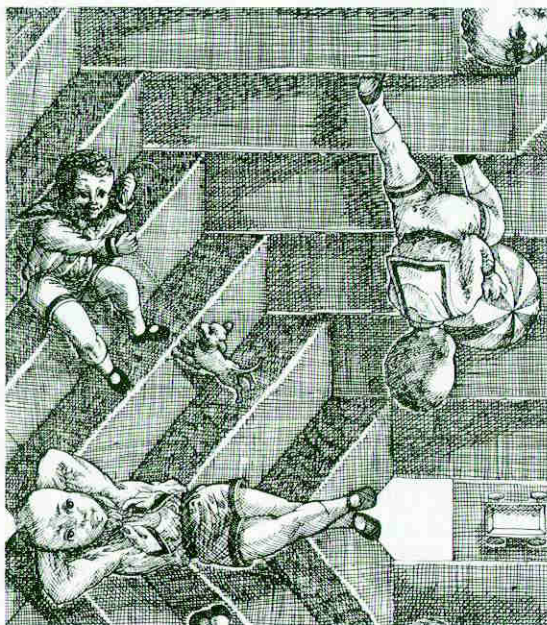
-Es que debemos usar lo que tienen probado y recontraprobado ustedes, los jóvenes -contesté.

Disparó a quemarropa una carcajada abierta que atrajo hacia nosotros las miradas de los clientes.

-¡Doctor, doctor! ¡Usted sí que se las sabe todas! ¡Y las que no, se las inventa!

-Y ahora nos vamos a inventar una de las buenas -dije resuelto, ya seguro de mí mismo, estimulado el ánimo por las bromas-. Quiero que me des una colección de esos tomitos enciclopédicos que tienes a tu derecha. Voy a disponer de todo el santo día para hojearlos.

Su expresión cambió violentamente. Dejó de reír y no me contestó. Por encima del mostrador me lanzó una bofetada que yo esquivé a tiempo.



-¡Fuera de aquí! -me gritó, señalándome la puerta.

Los presentes me veían rabiosos y con los ojos me decían lo mismo que el dependiente, que me fuera.

Era el colmo. Justo en ese momento, Carlos Garrido Dalfau traspasaba la puerta de la farmacia Unión, calle de por medio. Corrí a su encuentro, ya neurasténico, y me puse a su lado. Él se secreteaba con un caballero vestido de blanco a quien yo no conocía. Ni saludé siquiera. Ya no me importaba parecer mal educado. Tomándolo del brazo, le dije:

-¡Carlos!

Un brillo alegre iluminó con gran fuerza su frente y sus ojos se movieron complacidos.

-¡Pero si es usted, mi dilecto colega! ¿A qué debo el honor de su conversación tan mañanera?

-Carlos, hay una situación extraña y tal vez delicada de la que debo hablarle. Se trata de la enciclopedia de un tal doctor Koestler. La que usted traía de Panamá el día que volamos en el mismo avión. ¿Se acuerda?

-Es imposible que me acuerde porque yo no traía ninguna enciclopedia. Usted está confundido y muy excitado. Venga, tómese una taza de café conmigo para que se tranquilice.

Salimos. Misteriosamente, ya no había ninguna enciclopedia en la calle. Habían desaparecido todas. También de las librerías y de las farmacias.

No conseguí sacarle ni una palabra. No quiso creerme nada y me mandó a casa. Que no fuera a trabajar en ese estado, me recomendó. No quise hacer el ridículo y preferí callar. Pedí perdón por lo que había dicho y me despedí.

No hice casi nada ese día. Atendí sin ganas a los pocos pacientes que llegaron a la clínica y después de almorzar hice una larga siesta. Mi esposa pasó pendiente de mí. Yo no quise contarle nada. Esa noche abrí la ventana para que entrara un poco de aire fresco a mi dormitorio. En la cima de El Broquel, el cerro más alto de los que rodean la ciudad, un gran rótulo luminoso rezaba:

¡DR. KOESTLER!

No pude más. Tomé el teléfono y llamé a Carlos. El gran sinvergüenza hizo como que estaba malo su aparato y no podía oír mi voz. Colgó. Yo estaba furioso. Llamé a los periódicos, a las estaciones de radio, a familiares y amigos, pero todos me aseguraban que no veían nada. Por último decidí participar a mi esposa del misterio. La llevé a un balcón y apunté con mi mano hacia el cerro.

-Allí no hay nada -me dijo.

Y era cierto. Ya no había nada. El rótulo había desaparecido.

Al día siguiente me levanté de mal humor. Aguardaba impaciente la llegada del periódico. Estaba decidido a recorrer calles y todo tipo de comercios hasta aclarar lo de la enciclopedia. Por un momento pensé que todo era una broma grosera y de mal gusto de Garrido Dalfau, pero no esperaba de él una cosa así.

Media hora más tarde seis policías llamaron a mi puerta. Preguntaban por mí mostrando una orden de allanamiento y captura. No podía creerlo. Me acusaban de mantener escondido a un agente de la Comintern que se movía a través de varios países de América, un tal doctor Koestler. También traían una hoja de papel, enigmática y dudosa, donde el general español Queipo del Llano describía con su puño y letra los hábitos y características del extraño personaje. Mis captores sostenían que varios médicos de la ciudad entre ellos el doctor Carlos Garrido Dalfau, estaban conjurados con el peligroso terrorista. Al menos tuve el consuelo de comprobar que el misterio pasaba por él.

Como nos pusieron en la misma celda, no me contuve. Salté hasta su cuello, me prendí de él y reclamé furioso:

-¿Se da cuenta de lo que me ha hecho? ¡Por su culpa estoy metido en semejante lío! ¡Por lo menos explíqueme quién es ese tal doctor Koestler que parece haber enloquecido a la ciudad entera! ¿A qué viene lo de las enciclopedias?

Se puso histérico y empezó a gritar como si yo lo estuviera matando. Dos guardias entraron y se lo llevaron a otra celda. Desde la distancia, el muy lépero me hizo un gesto de adiós que era una verdadera burla.

Me las vi mal por un tiempo y mi economía sufrió un duro golpe al depositar la fianza. No pudieron probarme nada. Salí absuelto. Los demás, incluido Carlos Garrido Dalfau, también. Las enciclopedias desaparecieron y nunca se las mencionó en ninguna parte. Tampoco al doctor Koestler. Para la ciudad fue como un episodio que no existió nunca.

No me quedó más que volverme enemigo de Garrido Dalfau. Algunos caballeros, especialmente médicos, intentaron mediar para que se reconciliaran dos hermanos masones. Yo no hubiera podido volver a estrechar su mano y por eso me salí de la masonería. Inexplicablemente, él también había llegado a odiarme y, por el mismo motivo que yo, se hizo ex masón.

Muchos creen que su maldad empezó de viejo. No es cierto. Ya de joven era malo. A los veintitantos años fue enviado a la Mosquitia, donde aportó mucho al desprestigio de la profesión médica. Repartió medicinas y fondos de gobierno como si fueran regalos salidos de su bolsa. Exterminó el ñeñirol, mamífero acuático cuyo aceite pagaban a precio de oro los laboratorios suizos. Ya se rodeaba de una turba infame de aduladores que décadas más tarde lo proclamaron genio de la ciencia y en esos días organizaron un acto que recordó la vergonzosa coronación de Kingston.

Una mañana tuvimos un encontronazo. Yo evitaba coincidir con él en reuniones de cualquier tipo o en la calle. Si lo veía venir, me cambiaba inmediatamente de acera y seguía de largo. Esa vez fue inevitable. La acera era muy alta y yo había olvidado traer mi bastón. No tuvimos más que toparnos frente a frente. Ninguno de los dos quiso ceder el centro. Parecíamos dos animales enloquecidos disputándose la posesión de una covacha. Fue un pleito estúpido, sin sonido pero con furia.

Inconscientemente, yo actué como si anduviera con el bastón en la mano y empujara con él al protervo. Perdí el equilibrio. Él se aprovechó para dejarme en la pura orilla, con dos metros y medio de altura a mis espaldas. Desesperado, le agarré la corbata y le dije cuatro veces «sapo». Él, tan grandote, tomó la ventaja del gorila y se pudo zafar de mí con sus manazas. Pero yo prefería morirme a retroceder; y entonces le eché encima el peso de mi tronco. Él no lo esperaba y se quedó asustado, el muy cobarde. La gente se había congregado en la calle y gozaba con el espectáculo.

-No te olvides que somos doctores, imbécil -le dije-. Hay que comportarse al menos como practicante.


Pero los practicantes del Hospital General San Felipe eran los que más reclamaban pelea de verdad.

Él ya estaba morado de la rabia que se cargaba. Me seguía agrediendo con su mirada de orate, como queriendo hipnotizarme. Siendo sus brazos tan largos, como los de todos los simios, me soltó un puñetazo que no pude esquivar. No logró tumbarme porque me agarré de una verja con las dos manos.

No aguantaba el dolor, pero le coloqué un puntapié en la barriga. Él también tuvo que aullar por el golpe y se replegó para atacar de nuevo. Un grupo de respetables caballeros intervino eficientemente. Nos llevaron por la misma acera, a cada uno en dirección contraria. Nunca olvidaré lo bochornoso del espectáculo ante tanta gente de la calle que gritaba:

-¡Que venga ya! ¡Que corra sangre de doctores!

Acostumbraba repetir sentencias famosas y ponerlas como propias. Así satisfizo parte de su megalomanía, haciéndose pasar por pensador original. Cuando le dio por decir que la Naturaleza «es un libro abierto, escrito en lengua matemática», su coro de aduladores aclamó el plagio descarado y lo calificó de profunda y actualizada reflexión. Yo denuncié esta explotación de las tinieblas ambientales durante una conferencia en el Club Rotario. Demostré que la sentencia era de Galileo. Uno de sus comparsas tuvo el cinismo (¿o su ignorancia era tan grande?) de «refutarme». En tono exaltado, a gritos, me interrumpió y dijo que yo hablaba falsedades, pues en ninguno de los evangelios se afirmaba que la naturaleza fuera matemática y esa máxima, por tanto, no procedía del Galileo sino del doctor Carlos Garrido Dalfau.

Desde entonces cambié mi estrategia. Jamás lo volví a enfrentar en público, sino que me encerré a trabajar en esta biografía que mostrará la relación entre Garrido Dalfau y el extraño doctor Koestler. Mi lucha es heroica; no sólo ante la escritura, sino sobre todo para mantener el texto a salvo de miradas indiscretas. Acariciaba con la mente un título precioso: *El laberinto de su soledad*, pero me acabo de enterar que en México han editado este año y hace furor un libro de igual denominación. 

La Única

J o r g e F . T r a v i e s o *

a Neto, Tichi y Joche, que así se llamaban entonces; al Chino, el Chori, Pacharaca y los demás mancheneros.

Don Arturo nos agarró por lentos. Ni lo vimos llegar; cuando acordamos, los otros salieron disparados, cruzaron la pavimentada y agarraron por el callejón de donde los Cáceres como para el Manchén; Paco y yo, en vez de seguirlos, nos quedamos allí como brutos. ¡Con lo mal que nos caía el viejo! Y es que, si lo agarraba a uno, podía estar jodiendo durante horas, agarrándolo a uno de la oreja, sobando, apretándonos el lóbulo mientras platicaba. Era como tirria la del viejo. Lo que más fregaba es que siempre era la misma historia aunque desde hace años nos conocía bien a todos. Hasta cuando hacía calor salía abrigado con su sweater azul y una gorrita de lana, apoyándose en un bastón con el que jurábamos que le podía rajar la cabeza al que no se dejara sobar la oreja. Nosotros ya habíamos quedado en que el primero que lo viera venir daría la señal para hacernos humo. Pero hoy na-

die dijo nada, aquéllos sólo salieron en desbandada y nos dejaron a Paco y a mí allí parados.

Por lentos, por brutos.

-Y vos, ¿cuál sos? de quién es que sos hijo? me preguntó como siempre, después de agarrarme el lóbulo. Paco se quedó allí parado, agarrando su bolsón como si pudiera esconderse detrás de él. Miraba a Don Arturo casi sin parpadear, clavado en la gran mano de pálida piel pecosa y manchada, con huesudos dedos largos que, temblorosos, me agarraban la oreja. Yo no le contesté a Don Arturo, sólo lo quedé viendo como queriendo decirle

-¡Ah viejo pendejo, no te hagás, bien que sabés! ya enojado porque los otros de seguro estaban armando una potra de basket en la cancha de los Cáceres, y si uno llega por último no le dan chamba o le toca jugar con los más cipotes.

Don Arturo ni se fijó que no dije nada y empezó con la letanía de que mi abuelo por aquí y tu abuelo por allá, y que no se qué y que no sé cuanto. Me jalaba la oreja como para que le oyera mejor y a mí no me quedaba de otra más que disimular con una sonrisa de pendejo mientras le hacía señas a Paco de que nos zafáramos y dejáramos al

viejo hablando solo. Paco me quedaba viendo con una mirada de .

-¡ya te jodiste!

Entonces, no sé por qué, el viejo me soltó, dejándome la oreja caliente, caliente, y agarró a Paco.

-¿Y vos? vos sos uno de los Pineda, verdad? sí, algo tenés de tu papá...

Pero Paco ni tuvo que responder. Allí fue cuando oímos la sirena.

Don Arturo soltó a Paco, pero nosotros ni nos movimos; los tres nos quedamos viendo cuesta arriba. Don Arturo se ajustó los anteojos;

-¿qué habrá sido? un accidente, será? o algún vago de esos del Manchén..?

Paco sólo dijo que -no, ojalá que sea un muerto, nunca he visto un muerto, sólo en el cine.

En eso apareció la bicicleta, venía hecha una bala saliendo de la curva arribita de donde los Martínez. Era el gringo Timmy, que vivía arriba, al tope de la cuesta; era el único de la colonia que tenía bici. Había soltado el manubrio y, haciendo un megáfono con las manos, le hacía como ambulancia. Pero igualito. Pasó hecho un pedo por la esquina donde estábamos, y Paco

* Antropólogo, narrador y fotógrafo.

y yo le chiflamos y le gritamos haciéndole barra. Después de donde los Cáceres volvió a agarrar el manubrio y se agachó como en las de carrera y agarró bien bonito la última curva, enfrente de donde los Valencia.

Don Arturo estaba más enojado que a saber qué. Se quedó con el bastón en el aire, amenazando calle abajo, por donde ya apenas oíamos la sirena que subía la cuesta, saliendo a la Avenida La Paz. - ¡Loco! está loco el muchacho ese! podría matarse o golpear algún cristiano... yo no sé cómo los papás...y que son americanos... porque... ¿ese es uno de los que viven allá arriba? verdad? que el papá está con la STICA? Es que desde que pavimentaron esta calle...

Las trabajadoras de la casa de Don Arturo se asomaron al cerco; eran una sola habladora preguntando

-¿qué fue? qué fue eso?

-¡Virgen Santísima, será que hubo algún..!

Nosotros aprovechamos cuando Don Arturo se puso a contarles lo del gringo para zafarnos de allí.

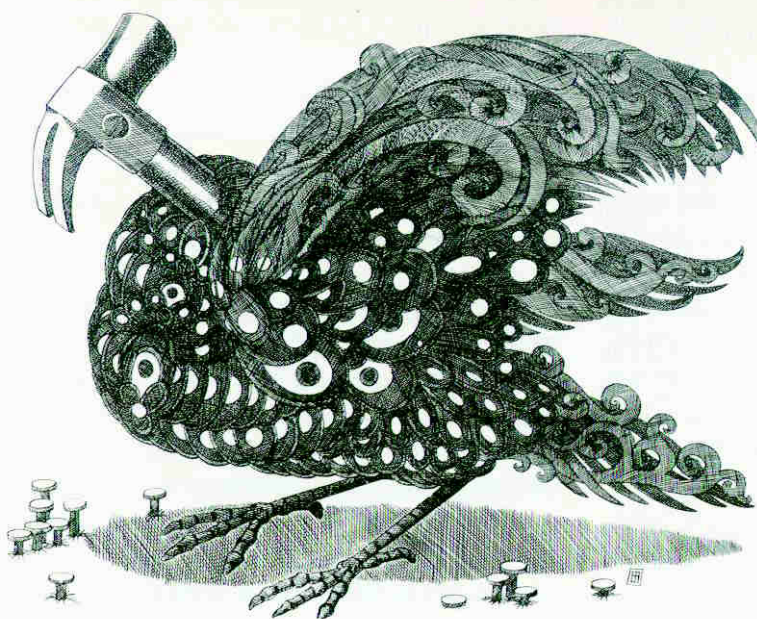
-¡Qué macanudo!

dijo Paco mientras corríamos, -¿viste?

-¡Chinoooo! ¡Choriii!
¡Pacharacaaa!

Estábamos parados en el borde del barranco que da al Manchén, al otro lado del redondel enfrente de la casa, atrás de donde Paco y Toño.

-Nada, yo creo que esos jodidos no van a venir.



Chino, que pegaba de lejos y dejaba la bola dormidita, como trompo en medio de la tortuga, a menos de una cuarta de los otros maules. Al ratito, ya Toño mejor se vino a jugar con nosotros.

El Chino y el Chori llegaron por fin ya tarde. Ya era hora de los mickies y nosotros ya estábamos pensando en caerle a los Hernández, que ya tenían televisión y no decían nada

cuando les atacábamos la refri. Se aparecieron por el caminito del barranco, entre los dos venían cargando algo de madera. En cuanto nos vieron, lo levantaron y empezaron a dar gritos; era una carreta de balineras. Nosotros terminamos el juego allí no más y recogimos los maules -por suerte, porque yo ya le debía tres ñoclas a Toño.

-¡Miren que belleza! ¿Ah? que les parece este tronco de carreta que nos hicimos.

-¡Puuuta!

-¡Macanuda, vos, macanuda!

-¡Pijuda! pijudííííííí! y, ¿cómo la consiguieron?

-Hoy en la tarde la hicimos, por eso es que no veníamos. Yo me guevié la madera de la OKI el otro día, y el Chori ya días le había gueviado las balineras a un tío que trabaja en la Texaco del Guanacaste. La hicimos aquí en la carpintería de allí abajo, junto con Pacharaca, pero a aquel lo dejó trabajando el maestro Beto, el que les hace los trabajos manuales a ustedes.

-¡Ajá! ¿y...cuando la probamos? ah?

-¡Güevos! el Chino me dijo que hoy me daba la revancha. Vaya, Toño, gritales otra vez, chiflales, hombre; mientras tanto nosotros vamos a ir armando el círculo. Ya vas a ver que hoy sí recupero mi mariola.

Paco, Guto y yo nos fuimos allá por la otra cagalera, donde dejaron tirado el carro de la embajada de Cuba, y Guto, que siempre los hacía bien redonditos, empezó a hacer el círculo.

Pero demasiado grande.

-Hacelo mas pequeño, vos siempre los hacés tan grandes que ni se ve la tortuga. Así fue la vez pasada, que como tuve que acercarme, el Chino me mató.

-¡Dejate de papadas! que no fue culpa mía, si ya te había metido capote en el primer juego. Además, ¿quién te manda a andar de bruto y apostarle la mariola?

Allá por el barranco, Toño seguía gritando y chiflándoles a los mancheneros, pero nada, hacía señas de que no venían. Paco, Guto y yo nos pusimos a practicar un poco, a ver si podíamos hacerle como el

Nosotros ni pensamos en pedir permiso y salimos corriendo detrás del Chino y el Chori. Cuando íbamos a la mitad de la cuesta nos vio la trabajadora de donde Guto, que estaba tendiendo ropa, y salió a gritarnos por el cerco que ya iba con la queja de que-¡ya andan ustedes con esos vagos! Nosotros bajamos de huida por el callejón, haciéndole como ambulancia, y fuimos a salir a la pavimentada. De allí agarramos para arriba; llegamos al tope de la cuesta, frente a donde los gringos, ya con la lengua de fuera.

-Ustedes empujan,

nos dijo el Chino,

-vos, Chori, venite conmigo, que necesitamos peso para que esta papada agarre envión.

Se montaron a la carreta mientras nosotros la deteníamos para que se acomodaran bien. Cuando el Chino nos dijo, los soltamos y la carreta empezó a moverse despacito.

-¡Rempujen, cabrones!

nos gritó, y nosotros empujamos hasta que la carreta agarró bien la pendiente. Seguimos corriendo hasta que nos dejó atrás; sonaba como avión de propulsión a chorro. Nosotros gritamos y dábamos brinco y, cuando vimos que el Chino y el Chori se apretaban para agarrar la curva de donde los Martínez, los cuatro le hicimos como ambulancia. En eso, Guto dijo,

-¡Hey! no jodan! si esos jodidos van sin breques!

Y salimos hechos un cohete cuesta abajo.

Cuando los vimos ya venían de regreso, caminando despacito enfrente de la casa de los Valencia; el Chori jalaba la carreta. Al vernos nos saludaron con gritos y tirando puños al aire. Se pararon a esperar que llegáramos. Los rodeamos y todos hablamos al mismo tiempo; preguntando, felicitándolos, con-

tándoles cómo se veían, lo macanudo que debía ser. Y agarramos otra vez para arriba, caminando despacito, jalando la carreta por turnos.

Cuando pasamos por la esquina de los Cáceres veníamos hablando de cómo habían agarrado la primera curva, la de donde los Martínez. Pero el Chino nos contaba que no, -la más jodida es la de abajo, porque tenés que abrirte para no irte a hacer mierda con un carro, pero si te abris mucho te jodés porque no agarrás bien el puente y entonces te hacés mierda contra el poste...¡¿Ah?!...¡pijazo y medio!...allí la única que te queda es tirarte, y ese también sería vergazo.

Entonces a Guto se le ocurrió preguntarle,

-Oime, Chino, ¿y vos crees que podrías agarrar esta vuelta? pero dejándote venir desde arriba?

-¡Güevos!

fue todo lo que dijo. Pero se paró y se quedó viendo el pavimento. Bajó la cuesta con la mirada, inclinando un poco la cabeza al tomar la curva, pero no pudo seguir, lo detuvo el muro de donde los Cáceres. Sacudió la cabeza y volvió a decir

-¡güevos!..ese muro...hay que agarrarla como vuelta de bandido, y si te barrés...

Nosotros también nos paramos y empezamos a discutir cómo había que agarrar la curva, abriéndose primero y después bien encerrada para no ir a dar con la acera del otro lado y pegar el cachimbazo con el muro de piedra. Además, todavía quedaba bastante arenilla de cuando pavimentaron, y pensar en eso, y en el envión que uno traía, le quitaba el valor a cualquiera. Aunque el Chino ¿quién sabe? tal vez el Chino...

El Chori no se quedó con no-

sotros, siguió caminando, jalando la carreta cuesta arriba. Ya iba algo lejos cuando Paco lo vio y salió corriendo detrás de él, pidiéndole

-¡Chori! te jalo la carreta y me das un raite!

Entonces Toño, Guto y yo dejamos al Chino y también salimos detrás del Chori, gritándole

-¡No, a mí!

-¡A mí, Chori, a mí!

El Chori esperó que lo alcanzáramos y dijo

-Le doy raite al que me dé un veinte.

Por un tiempo fue como que en la colonia hubiera terminado la temporada de los maules. Pero yo no podía dejar que el Chino se quedara con mi mariola. Al principio me pedía pisto, pero si le pagaba me quedaba sin volver a ver «Guadalcanal» el sábado; además de que en la casa iba a tener que explicar qué había hecho con el pisto. Por fin me dijo que

-vaya pues, por veinte ñoclas sí me la devolvía. Más de una semana anduve que me dolía el puño, porque fueron de a una cuarta nada más.

Todas las tardes nos íbamos pitados a la casa a dejar los bolsones. El primero en salir le chiflaba a los demás y después se iba al barranco a llamar a los mancheneros para que nos fuéramos a dar raites en la carreta del Chino. Casi había que pelearnos porque el Chino y el Chori se hacían los rogados para llevarnos. Y, por más que le pedimos, el Chino nunca dejó que uno de nosotros manejara.

-Culeritos,

decía, tocándonos la barbilla,

-cuando crezcan se las presto.

Y, ¿quien le iba a decir algo? si era de los pijeadores del Manchén y bien nos montaba reata a todos juntos. ¡Hasta al Chori le sonó las

tapas una vez por andarle diciendo maricón!

El viernes que regresamos de la escuela, nos fuimos a la pavimentada, hasta arriba, al tope de la cuesta, y estuvimos raiteando toda la tarde hasta ya bien tarde. Estábamos aprendiendo como hay que agacharse, preñándose como garrapata para inclinarse y agarrar bien las curvas. Entonces no nos dejábamos ir hasta abajo, sino que sólo agarrábamos algo de impulso y dábamos la vuelta de un solo. El chiste era hacerlo sin darse vuelta, pero no siempre nos salía. Estábamos pasándola tan bien que ya ni nos fijábamos en los carros. En una de esas, la mamá del gringo Timmy salió del garage y por poco se lleva de encuentro la carreta. Tremendo susto se llevaron Paco y el Chori porque la vieron hasta que pegó el brecazo. La Doña se bajó del carro y nos dio una buena bañada, se puso a gritar medio en español medio en inglés,



-¡Boys! boys! esto no se hace, ¡my God! ¿Qué dice tu mamá si yo te mata con mi carro? Yo soy amigo de tu mamá y yo va a decir ella de esto.

Como nosotros la conocíamos, nos acercamos a calmarla. Además, había que convencerla de que no le fuera con el cuento a la mamá de los Pineda porque allí sí, todos salíamos fregados. Y ya todos estábamos en capilla por andar juntándonos con los mancheneros.

Con el alboroto que se armó, el gringo Timmy salió al cerco a ver qué pasaba. Ya un par de veces se había asomado a vernos raitear, y el Chino lo había retado a una carrera carreta - contra - bici que en realidad hubiera estado macanuda. El gringo no había querido, yo creo que porque la mamá estaba allí, pero se le veían las ganas.

Nos hubiéramos quedado más tiempo, pero como ya se estaba poniendo oscuro, a nosotros nos mandaron a llamar con Teodula, la trabajadora de los Pineda, que por suerte llegó después del macaneo con la Doña. Si ya venía arrecha, se encachimbó más todavía porque le tocó subir hasta el tope de la cuesta para decirnos que ¿qué pasaba? que mandaban a decir que

-es que no piensan ir a cenar? Si no se apuran, a los cuatro les van a zampar una buena cuereada. Yo no sé cómo les

gusta tanto andar con estos vagos.

Los mancheneros se encachimbaron, le mentaron la madre, y le dijeron que se dejara de pendejadas,

-si vos sos una india cruda que todavía no te quitás ni los caites.

Teodula les contestó y parecía que ya iba a haber cachimbeo, así que nosotros nos metimos a tratar de calmarla. Aunque en realidad lo que queríamos era que nos dejara un rato más. Pero no aguantó el tiro y tuvimos que zafarnos.

Cuando ya íbamos a media cuesta, allí abajito de la esquina de los Alvarado, oímos que venía la carreta y nos detuvimos. El Chino y el Chori, que bajaban despacito, pararon junto a nosotros y empezaron a jodernos,

-¡ajá, crías! ¿ya se los llevan?...vaya, a hacer pipí y a acostarse...!

Y enfrente de Teodula, eso era lo peor, ahora todo el mundo en la casa iba a pensar que nosotros nos dejábamos de los mancheneros.

Así que mejor le dijimos a ella que se fuera adelante, que ya llegábamos, y al Chino y al Chori que dejaran de fregar,

-lo que pasa es que tenemos que ir a hacer tareas, si no, no vamos a poder ir al cine mañana en la mañana, y en el Presidente estaba una de romanos con Victor Mature.

-¡Ah...! vaya pues,

dijo el Chino como haciéndose el de a peso,

-entonces no vamos a pasar mañana, que pensábamos ir a meternos a la OKI a robar madera para hacer otra carreta. Más grande que esta, ¿verdad, Chori?

-Ajá,

contestó el otro, que ya se había bajado y empujaba al Chino. La carreta empezó a agarrar envión y el Chori se subió de un brinco.

Nos dejaron atrás gritando,
-¡No...sí, pasen, pasen!...sólo
chíflennos!

-...entonces,
dijo Don Teo, haciendo el mate
de que saltaba,

-yo sólo pegué un brinco y solté
el tajo en el aire, y le hacía como
que tiraba el machetazo,

-y allá fui a caer, y...¿qué van a
creer? cuando caigo yo allá, me veo
la bota y allí, en el mero tacón, tenía
prendida la cabeza de una gran
barba amarilla...

Ya teníamos un buen rato de
estar esperando donde los Pineda,
porque el Chino y el Chori iban a ir
a explorar antes de venir a buscar-
nos. Nos quedamos platicando con
Don Teo, que es tío de Paco y Toño,
y siempre que tenía libre en el Con-
greso salía al porch a platicar, a con-
tarnos unas perras que a veces eran
más divertidas que el cine. Allí se
estaba casi toda la tarde, en pantu-
flas y con su camiseta de esas sin
mangas, hablándonos de sus viajes
de cacería y sus aventuras cuando
era joven. Pero hoy no nos queda-
mos mucho rato; nos zafamos rápi-
do, en cuanto oímos que ya nos chi-
flaban aquéllos.

-Nos vemos, tío...

-hasta luego, Don Teo...

-si le preguntan, dígales que ya
nos fuimos al cine.

Hoy estaba lleno el río y por lo
menos no olía tanto a caca; aunque
el caminito por donde bajamos sí
parecía campo minado. ¡Quiere ga-
nas! como que todo el mundo viene
a cagar aquí. Pero ¿qué le vamos a
hacer? la subida era más fácil por
aquí y, aunque cargados de madera
uno no se puede fijar dónde se para,
por este camino era mas difícil que
nos chotearan. El Chino dijo que no
hay problema, -como hoy es sába-
do, los japoneses no están; además,

les acaban de traer
unos materiales y no
recogieron la madera
de los cajones, yo
creo que bien pode-
mos sacar madera
para que todos se ha-
gan su carreta.

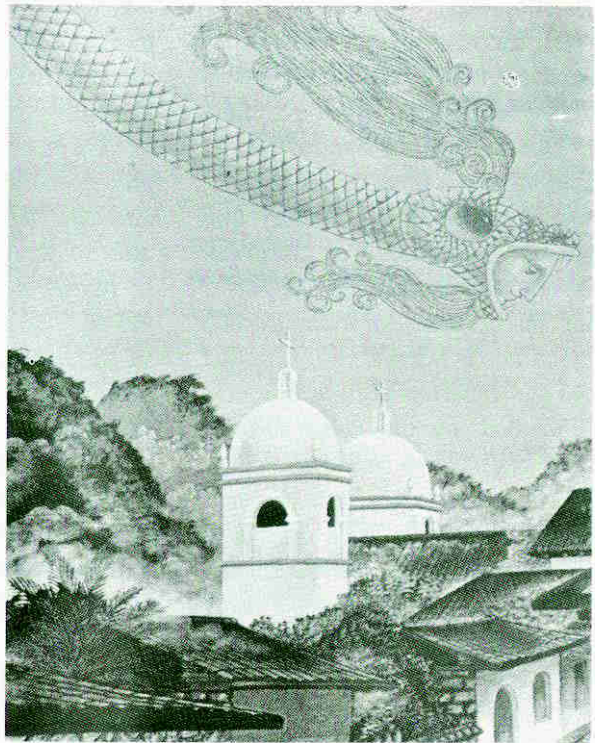
Después camina-
mos un poco río arri-
ba, por el caminito
entre los matorrales,
de piedra en piedra,
entre los arbustos,
siempre capeando
caca y tratando de no
irnos al agua. El Chi-
no nos organizó en
patrullas, como salía
en «Combate,»

-sin hacer ruido,
ni hablar, ni nada, no
ven que esos chinos se pasan todo
el día haciendo judo y cualquiera
de ellos nos puede a todos juntos.

La fregada era la subida. Tuvi-
mos que escalar por el barranco
atrás del Club Reforma -que ya no
era club, sino que ahora estaban allí
los japoneses- para llegar a donde
los mancheneros habían encontra-
do un hueco en el cerco de alambre
de gallinero. Por suerte por allí sa-
limos justo detrás de donde estaban
tirados unos grandes cajones medio
destartalados. Al salir, el Chino, que
iba adelante, nos hizo señas para
que viéramos que por allá por la
piscina estaban dos de los japone-
ses vestidos con su uniforme de
judo. Pero sólo estaban como
platicando y haciendo mates. De
todos modos, mejor nos metimos en
uno de los cajones grandes. Era
grandísimo, y a Toño se le ocurrió
que si nos pudiéramos llevar uno,

-pero así entero, bien nos hace-
mos un club macanudísimo allá de-
bajo de la caglera.

El Chino lo calló de un cosco-



rrón,

-¿no ves que nos pueden oír los
chinos esos? pero todos nos queda-
mos viendo el cajón; de verdad bien
nos hacíamos un club con un cajón
de esos.

Guto y Toño se fueron en pa-
trulla de reconocimiento, y Paco y
el Chino se encargaron de recoger
madera. El Chori y yo nos pusimos
a hacer más grande el hueco del cer-
co porque había unas piezas que no
pasaban. Eso estuvo difícil; había
que aflojar uno de los tubos y tuvi-
mos que usar unas piedras como
martillo. Hacíamos tanto ruido que,
aunque siempre estaba uno a la
vigiona, ya creíamos que los chi-
nos esos se nos dejaban venir. El
Chori y yo por lo menos podíamos
tirarnos por el barranco; las otras
patrullas no iban a tener chance, allí
no más los agarraban los chinos y
les montaban reata con las mismas
tablas robadas. Pero no, al ratito lle-
gó Paco a ver si ya estaba listo el
hueco. Ya faltaba poco, así que se
regresó,

-pero se vienen a ayudarnos, que esa madera pesa con ganas; estamos allá por el mismo cajón en que estábamos.

Llevamos bastante madera, pero con tanta carga resultaba difícil caminar así, agazapados, escondidos del ataque de los japoneses. Para trabajar más rápido armamos unas como parihuelas con las mismas tablas, pero resultaron demasiado grandes y no pasaban por el hueco en el cerco. No hubo de otra, teníamos que tirar el montón de tablas por el boquete, que cayeran por el barranco. Guto y Toño se fueron a cuidar la retaguardia, no fuera que los chinos fueran a oír el macaneo de las tablas cayendo hasta el río y se dejaran venir como kamikazes. Por cualquier cosa, se llevaron un par de piedras cada uno. El Chori y yo nos volvimos a pasar al otro lado del cerco a sacar las tablas que el Chino y Paco nos iban pasando. De allí las dejamos ir con cariño para que se fueran deslizadas por allí mismo por donde habíamos subido. Lo que pasa es que es tan empinado el barranco que no cayeron suavemente sino que fueron a dar de un solo hasta el río, haciendo un escándalo que de seguro se oía por toda la colonia. Las primeras fueron a pegar con las piedras a la orilla del río y se rajaron todas; después fueron cayendo tabla sobre tabla y ya no se quebraron, pero hacían más ruido. Trabajamos rápido, hablando sólo en señas, como en un operativo de sabotaje. Lo que nos tenía mal era que en cualquier momento esperábamos el silbido de Toño o Guto avisando que allí venían los japoneses, y la única ruta de escape que había era por allí mismo por donde estábamos tirando la madera. Y desde acá arriba el barranco se miraba empinadísimo y el río allá abajo estaba bien, pero

bien lejos.

El Chori y yo bajamos primero; la madera había dejado más lisa la bajada y tuvimos que venir agarrándonos de los matorrales para no dar el cachimbazo. Ya estábamos arreglando la madera cuando salieron el Chino y Paco; desde allí le silbaron a Toño y a Guto que ya se vinieran, y empezaron a bajar. Y allí estaban, colgados a medio barranco cuando Guto se asomó al boquete del cerco, les dió un silbidito (chiflaba medio raro porque le faltaba un diente), y gritó

¡Ahí vienen! ahí vienen!

El Chino, que era el que venía atrás, sólo soltó un grito y se dejó venir deslizándose guindo abajo. Pero Paco se quedó agarrado de un matorral y no pudo capearse al Chino, que se lo llevó de encuentro. Los dos fueron a dar con el montón de tablas. Yo creí que iban a acabar todos quebrados o con un clavo ensartado en el pie o algo así. Pero no, el Chino sólo se golpeó el codo y Paco se rompió el pantalón y se hirió un poco la pierna; y los dos acabaron todos enlodados. El Chori y yo nos doblábamos de la risa al ver al Chino que sólo se sobaba y quedaba

-¡Ay ¡jueputa!, ay ¡jueputa!

Paco sí se veía triste, y se miraba el pantalón y parecía que ya lloraba. Pero no le duró mucho; en eso oímos que Guto y Toño estaban arriba pero cagados de la risa y él también acabó soltando la carcajada.

El caminito por donde habíamos bajado era demasiado empinado y no pudimos subir la madera con las parihuelas, así que nos tocó estarnos horas en esa de subirlas casi una por una. Como se nos hizo fácil meternos, sacamos más de la cuenta. Hacía un calor salvaje y estábamos que nos chorreaba el sudor y con el calor apestaba más la

caca y las moscas zumbaban que parecían bombarderos. Por fin terminamos y pudimos armar las parihuelas. Toño se fue adelante con el Chino, iban a dejar el primer cargamento y a ver quién estaba en la casa de los Pineda, porque si Paco regresaba así con el pantalón todo roto, a todos nos iba a caer una buena. Nosotros terminamos de cargar el resto y nos fuimos a esperarlos a la esquina de la pavimentada.

El Chori se sentó en la acera y encendió un cigarro. Nos ofreció -«Alteses,» mirá, con filtro, pero tuvimos que decirle que no; nadie tenía chicles o mentas y estaba jodido llegar a la casa con la estocada a tabaco. Él siguió fumando tranquilo, pero riéndose de nosotros.

-¡Mmmmm! cipotíos!

decía, hablando ronco mientras retenía el humo,

-lo que pasa es que todavía no saben hacer el golpe.

Allí nos quedamos platicando un rato. Guto, que ya había visto la película del Presidente, se puso a contarla para que pudiéramos decir en la casa que allá fue que estuvimos toda la tarde. Aunque estaba difícil que nos creyeran; andábamos tan lodosos y sudados que nos iba a tocar entrar a cambiarnos a escondidas, igual que a Paco. Pero eso no era problema, mientras a una de las trabajadoras no se le ocurriera ir de lengua larga y quemarnos.

Al ratito vimos que el gringo Timmy venía bajando por la cuesta en la bici, despacito, haciendo zigzag, como jugando. Cuando nos vio, se acercó y nos saludó. Dejó la bici detenida con el pedal contra la acera y preguntó que qué hacíamos con tanta madera; nosotros le contamos lo del club. Entonces Guto, que estaba tirado descansando encima de las tablas, le dijo, sólo por

fregar,

-sí, y el que quiera ser del club tiene que ayudarnos a jalar esta madera.

El gringo se quedó pensando un ratito, se encogió de hombros y dijo, -voy a ver, tiene que ir a dejar la bici a my casa.

De allí se montó a la bici y se fue pedaleando cuesta arriba; pero siempre iba despacito, en zig-zag, como pensando.

El Chino y Toño regresaron corriendo a decir que nos apuráramos, que ahorita sólo estaba Don Teo en la casa de los Pineda, y con él no había problema. Agarramos las parihuelas y subimos con la madera por el callejón, hasta el solar baldío al par del redondel. La dejamos escondida en unos matorrales entre la cagalera y el cerco de los Pineda; de allí nos zafamos, cada quien para su casa. Pero quedamos en vernos mañana.

Esa semana salimos a raitear, pero poco. La madera tenía muchos clavos y nos tomó un montón de tiempo sacarlos e irlos enderezando para poder usarlos otra vez. Además, todavía había que conseguir las balineras y otros asuntos para hacer las carretas. Fue en una de las pocas veces que salimos que el gringo Timmy por fin se animó a sacar su bici. Se había estado asomando al cerco a vernos raitear, y, cuando lo vió, el Chino lo volvió a retar a una carrerita. El gringo le dijo que sí iba a salir pero que él no estaba haciendo carreras

-porque me puede matar.

El Chino y Toño se dejaron ir en la carreta y el gringo se fue detrás, haciéndole como ambulancia. No era carrera, pero agarraron un envión increíble y nosotros salimos corriendo detrás de ellos. Nos fuimos hasta abajo, gritando y haciéndole también como ambulancia.

Cuando regresamos cuesta arriba, el gringo se vino caminando con nosotros. Veníamos chuleándolo, diciéndole

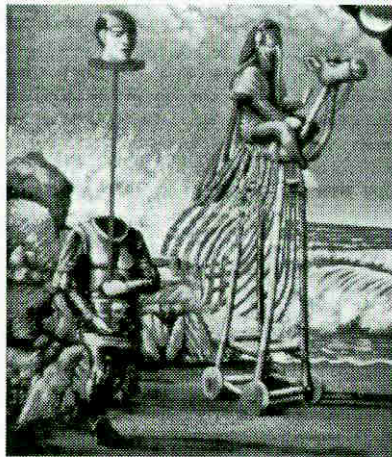
-vaya, homb'e, gringo, no seas maricón, no te rajés y hacé la carrera...

-lo que pasa este jodido ya sabe que el Chino le gana

-¡La reata es que es!

Pero no quería. Por fin, cuando el Chino le ofreció un raite en la carreta dijo que tal vez.

Le dijo a Toño que le dejaba la bici, pero para que se la cuidara, que no se la prestaba a nadie. Entonces



le enseñamos cómo hay que acomodarse en la carreta y cómo tenía que agarrarse del Chino,

-pero sin socarme tanto, gringuito, que no sos mi novia.

Y se dejaron ir cuesta abajo.

En cuanto arrancaron, el gringo empezó a hacerle como ambulancia.

Más abajito, un carro que venía pasándole a otro en la mera curva, la de enfrente a donde los Martínez, les pasó cerquita y por poco se los lleva. El carro pitó y oímos un grito, de seguro el chofer que le mentaba la madre a aquéllos. Después ya no volvimos a oír la ambulancia.

Nosotros nos quedamos dando

raites en la bici.

Ya al otro sábado estaban listas las carretas. En cuanto almorzamos salimos al barranco a llamar a los mancheneros. Cuando llegaron, las sacamos del matorral donde las habíamos dejado escondidas, y agarramos para la pavimentada. Nos pasamos la tarde raiteando y dándoles los últimos toques.

Ya éramos siete carretas, porque el Chori se había hecho la suya; y Pacharaca, que ya ratos se había perdido (mi mamá decía que de seguro se lo habían llevado preso), había regresado y también tenía. Además algunos de los otros de la colonia se venían a vernos y a pedir raites. Cuando nos dejábamos venir todos de un solo sí que era apantallante. Allí sí, aquello sonaba como avión, pero de los grandes, de los de cuatro motores. Hacíamos tanto escándalo que la gente salía a la calle a ver qué era, y los carros que venían cuesta arriba mejor se hacían a un lado y paraban para dejarnos pasar.

Nosotros bajábamos felices. Uno se acurruca sobre aquellas tablas y se deja ir como volando apenas encimita del pavimento. Te enrollás bien la cabuyita del timón, ponés los pies sobre el eje delantero, y el temblor de la velocidad le sube a uno por las piernas hasta la cabeza, hasta que te abre la boca y sale como grito, como aullido de ambulancia. Y el aire, el aire te da en toda la cara como si fuera noviembre y vos fueras papelote.

El mismo día empezaron las carreras. Desde un principio el Chino era el más rápido. Su carreta era la mejor y tenía balineras más grandes; pero también es que era el más aventado, le valía charra ir a darse un trancazo. Allí no más le pusimos «El Halcón,» por el Halcón de Oro.

Al Chino le gustó y empezó a decir «sacre bléu» por cualquier papada, igual que el Halcón de verdad, el de los paquines.

Al ratito ya todas las carretas tenían nombre. Algunos lograron ponerle el nombre que querían, a otros se la bautizamos aunque no les gustara. La de Toño se llamaba «La Piquetera,» pero no me acuerdo de la de Paco. La de Pacharaca, como era la más grande y pesada, la bautizamos «Tantor,» como el elefante de Tarzán. Era chistosísimo verlo cuando se dejaba ir cuesta abajo gritando

-¡Kriga Bundolo!

y dando bramidos de elefante como para hacer que la carreta agarrara envión más rápido.

Estuvimos parejeando casi toda la tarde. Con la gritolera que nos teníamos, el gringo no tardó en salir al cerco a ver qué pasaba. Nosotros lo llamamos, tratando de convencerlo de que por fin hiciera la carrera con el Chino. Como no se decidía, el Chino acabó medio encachimbado y dijo que mejor ya no le dijéramos nada,

-¿no ven que ese gringo pen-dejo sólo son papadas? se está haciendo el rogado.

Pero al rato ya salió con la bici, aunque seguía con que él no andaba haciendo carreras.

Cuando había carrera, alguien siempre se iba adelante por si venía carro o algo, y para hacer de juez; los demás nos dejábamos ir detrás de los que iban parejeando. El gringo siempre se iba con los de atrás; no quiso irse adelante ni cuando le preguntamos si quería ser juez. El Chino seguía fregándolo con que -este gringo sólo son papadas...lo que pasa es que sabe que le gano, pero el gringo ya mejor se hacía el loco y no decía nada.

Desde que todos teníamos ca-

rreta tratábamos de llegar a tiempo a la casa; ahora sí estaba fregado que no lo dejaran salir a uno. Así que en cuanto oscureció un poquito, nosotros agarramos camino y dejamos a los mancheneros allí raiteando. El gringo nos acompañó hasta el pie de la cuestecita que sube al redondel. En el camino le preguntamos que qué le pasaba,

-el Chino te está jodiendo demasiado y vos te quedás allí como papo. ¿Por qué no hacés la carrera? si bien le ganás.

Porque, claro, si él pedaleaba cuesta abajo bien podía sacarle ventaja a la carreta. Pero no, nos contó que el papá lo tenía en capilla porque salió quebrado el trimestre pasado, y si lo agarraba haciendo carreras le quitaba la bici. Aunque,

-si yo saca buenos grados finales él dice que me hace un carreta más grande, bien macanudo.

Después de esto el gringo se desapareció un buen rato. Nosotros seguimos raiteando todas las tardes, pero no por mucho tiempo porque en eso llegó noviembre y a todos nos cortaron los permisos de salida para que estudiáramos para los exámenes. Pero quería ganas estudiar porque desde la casa se oía cuando pasaban los mancheneros hechos un pedo cuesta abajo, raiteando hasta ya bien tarde.

Y entonces llegaron las vacaciones.

Aunque ya era temporada de barriletes, sacamos las carretas, fuimos a la Texaco a conseguir aceite quemado para engrasar las balineras, y volvimos a encontrarnos con los mancheneros en la pavimentada. Ahora sí, podíamos raitear todo el santo día sin problema.

En una de esas, una mañana llegaron los mancheneros todos alborotados con el cuento de que

-¡vieron qué carreta la que man-

daron a hacer donde el maistro! Nosotros, por supuesto, estábamos curiosísimos, pero no decían nada. Nos tuvieron todo el día va de preguntar que cómo era,

-¿y de quién es, vos?

Y ellos, sólo chuleándonos, que no podían decir nada,

-pero vieran, ¡esa sí que es tronco de carreta..!

-...más grande que Tantor...

-y si le ponen buenas balineras, al rato y hasta sale más rápida que «el Halcón» del Chino...

Allí sí, el Chino se ponía medio encabritado, aunque de seguro sólo se hacía, porque siempre salía con que

-no importa, si de todos modos esa carreta la voy a estrenar yo.

Como a los dos días volvió a aparecer el gringo Timmy; venía del Manchén y venía feliz. Traía su carreta nueva, y estaba macanuda de verdad. Era tan grande que bien acomodaba a tres, de madera cepillada y pintada de verde. Y no era plana como las de nosotros, sino que le había mandado a poner una como pailita atrás. Eso nos pareció raro y empezamos a fregarlo con que si pensaba usarla para ir a vender naranjas. Pero lo más raro de la carreta era que le había mandado poner un manubrio de bicicleta. Y a todos nos parecía que eso del manubrio -¿...quién sabe...?

Había que agacharse mucho para agarrarlo y nosotros, como ya estábamos acostumbrados, preferíamos manejar con la cabuya y los pies. Aunque de todos modos se miraba piqueterísima. Pero había que probarla.

El gringo se veía medio asustado cuando se subió, y cuando se dejó ir nadie dijo nada, sólo nos quedamos viendo. El también iba callado, hasta que como a media cuesta parece que se le fue el mie-

do y soltó el aullido de ambulancia. A la segunda vuelta, ya todos nos fuimos detrás de él. Entonces nos dimos cuenta de que sí era más rápida que las demás, aunque tardaba un montón para agarrar impulso.

Cuando regresábamos cuesta arriba, el Chino no pudo negar que de seguro era más rápida que su "Halcón",

-aunque, mirá, esa carreta, con un buen chofer sí volaría.

Nosotros agarramos la indirecta y empezamos a puyar al gringo para que se la prestara al Chino. Por fin lo convencimos diciéndole que si se la prestaba, tal vez el Chino dejaba de fregar con lo de la carreta.

El Chino dijo que la quería probar bien, así que no dejó que lo empujara y se dejó ir él solito. Nosotros nos quedamos allí, viendo cómo arrancaba bien despacito; cuando ya agarró envión, nos dejamos ir detrás de él. Desde atrás veíamos cómo iba probando la estabilidad, se inclinaba para un lado y para el otro, agachándose para adelante y luego haciéndose para atrás, hasta quedar casi acostado; se abría más de la cuenta en las curvas (por suerte no venía carro) y, por fin, ya en la recta, se encogió todo para agarrar la última curva, la de donde los Valencia, a toda velocidad. Nosotros llegamos hasta el pie de la cuesta, y nos quedamos viendo como pasó el puente y subió casi hasta salir a la Avenida la Paz.

¡Fue increíble! Armamos una gritería salvaje, haciéndole barra al Chino y fregando al gringo,

-¡¿Viste...?! ah?!

-¡El Chino iba que volaba en tu carreta...!

-¡Putá!...casi se va hasta la Vitapan!

Y el gringo, apantallado, le ha-

cia como ambulancia y quedaba,

-¡Beautiful, man, beautiful!

El Chino regresó por la cuesta en la carreta, también venía gritando y dando puños al aire. Nos encontramos en el puente. En medio de la gritolera, el gringo recuperó su carreta; ya no gritaba, pero peló los ojos como si fuera la primera vez que la veía. Y se reía con ganas.

Mientras caminábamos de regreso, el Chino quedaba,

-yo les dije, esa carreta es única. ¡...vuela! ninguna de las de nosotros se le pone!

Tenía la mejor estabilidad de todas y era la más rápida;

-y todavía da más, pero yo solo no, necesita más peso.

Nosotros ya nos imaginábamos cómo sería, así que le hicimos barra y eso picó más al Chino. El gringo no dijo nada, pero seguía riéndose. Fue entonces que el Chino le dijo, así, como quien no quiere la cosa,

-ajá, vos, ¿y entonces? te animás a que nos vengamos los dos?

Allí no más armamos otra gritería y el gringo ya no tuvo chance de decir nada.

Así que subimos la cuesta casi corriendo. ¡Esto sí que iba a estar bueno! El Chino se subió a la carreta y le dijo al gringo cómo acomodarse y cómo tenía que inclinarse en las curvas. Pero como entre los dos pesaban tanto, cuando se soltaron la carreta no se movió para nada. Nosotros nos cagamos de la risa y les armamos gran rechifla. El Chino, encachimbado,

-¡Vaya, vos, Chori, dejate de pendejadas y rempujanos, cabrón!

Y el Chori, todavía riéndose, me pasó la cabuya de su carreta para que se la detuviera y los empujé. Pero no se fue muy lejos con ellos;

se regresó en cuanto agarraron algo de impulso y se subió a su carreta. Pacharaca gritó

-¡Kriga Bundolo!

y nos dejamos ir todos detrás de ellos.

El Chino tenía razón, con más peso aquella carreta sí que volaba; se pegaba tan bien al pavimento que en la curva de donde los Martínez el gringo casi ni tuvo que hacerle contrapeso. Nosotros veníamos detrás de ellos, hechos un pedo, y agachándonos lo más que se puede para lograr un poquito más de velocidad. Un poco antes de llegar a la esquina de donde los Cáceres, el Chino se volvió y le dijo algo al gringo. El gringo como que se asustó porque se veía que movía la cabeza como diciendo que no.

Y aquí es donde la cosa se pone como en cámara lenta. Viene el Chino, se abre casi hasta en medio de la calle y dobla de un solo, agarrándola bien pegadito a la esquina, y se mete al callejón de donde los Cáceres, el que va a dar a la quebrada. Entraron bien encerrados, casi sobando el poste, pero el gringo no hizo contrapeso y la carreta que se empieza a barrer. Yo creo que salieron de la curva con dos ruedas en el aire, como vuelta de bandido.

Del envión que traíamos, nosotros nos fuimos de paso; además, ¿allí cómo vas a parar? Yo sólo alcancé a ver cuando pegaban en la acera. Logramos detenernos despuesito de la última curva; de allí nos venimos corriendo a ver qué había pasado. Aunque ya nos imaginábamos;

-¡Se hicieron mierda! se mataron esos cabrones!

-¡Tiene güevos el Chino..!

-¡Putá!..y la carreta del gringo!

Llegamos a la esquina y los vimos. En serio, se veían hechos mier-

da. El Chino estaba renqueando y sólo quedaba,

-¡ay! ¡jueputa!, ¡jueputa!

sobándose la rodilla y haciendo la fuerza para que no se le salieran las lágrimas. El gringo estaba tirado en la acera; tenía su par de buenos cachimbazos, con raspones en los brazos y en la cara. Sólo quedaba viendo la carreta que había quedado tirada en el pavimento, partida en dos pedazos y el manubrio por allá, tirado. Estaba llorando.

Nosotros nos quedamos allí como papos, sin hacer nada, sin decir nada. Hasta que por fin el Chori preguntó como con miedo, -¡Putá! Chino ¿qué pasó? Y allí sí que se le salió todo al Chino; se las quería desquitar con el pobre gringo.

-¡Sí, por este maricón es que casi nos matamos! yo le dije que me hiciera peso para que agarráramos bien la curva, pero este gringo pendejo se aculeró! Más bien casi se tira este hijueputa! maricón! Sí vos, gringo pendejo, por vos voy a quedar baldado de esta rodilla! verga te debería de montar!

Daba miedo oírlo gritar, y nosotros por oír el cuento, ni caso le hacíamos al gringo que seguía allí tirado, llorando.

Entonces fue que se apareció Don Arturo; parece que las trabajadoras habían visto todo y le habían ido a contar. Cuando lo vimos venir, Paco, Guto, Toño y yo nos quedamos viendo como diciendo

-¡Hoy si se nos armó el vergueo!

porque de seguro iba a ir con la queja. El viejo se acercó despacito y sólo nos quedó viendo. Se abrió paso con el bastón y se acercó al gringo. Se agachó a preguntarle que cómo estaba; el gringo se medio sentó pero no dijo nada. Seguía llorando y viendo su carreta. Don Arturo le sobó la cabeza un rato y después le agarró la oreja. Mientras le sobaba el lóbulo le preguntó,

-¿y cómo te llamás? querés que le avise a tus papás?

El gringo ni lo volvió a ver. Sólo respiró hondo, tragando mocos,

y dijo,

-se llamó «La Única.»



Tegucigalpa, XII/90



Tres poemas de Tulio Galeas^{*}

HÖLDERLIN

*Tu nombre en el centro de la lluvia
huyendo de la luz instantánea,
cruzando como un fantasma en verso
el lastre de tu época.*

*En esa torre tu himno atascado de noche. Saldrás solo
a la muerte.*

*Llegarás a nosotros
atravesando el lodo, la hojarasca,
el olor a tinieblas que a la estirpe rodea.*

*Detrás de los grandes cortinajes
sueltas en tu delirio una epidemia de belleza
como la lucidez de una calle abierta y su furor eléctrico.*

*En tu reino de fuego
arderá nuestro siglo.*



* Poeta, médico, autor del poemario *Las razones*.


Ladera este (1962-1968), donde incluye textos importantes ya anteriormente publicados, como “Viento entero» y «Blanco».

Arbol adentro (1976-1987), donde reúne, junto a su nueva producción, muchos de sus textos ya conocidos, «con varias revisiones y correcciones». Todos ellos, al decir de Paz, «objetos verbales inacabados e inacabables”.

El grueso de su obra, la más asentada, fundamental y perdurable, “abierta a vastos horizontes, teñida de sensual inteligencia y humanismo íntegro» (Academia Sueca), está representada por *El laberinto de la soledad*, *¿Águila o sol?*, *El arco y la lira*, *Corriente alterna*, *Cuadrivio*, *Los hijos del limo*, *Sor Juana Inés o las trampas de la fe*.

Paz, ¿poeta o ensayista? Paz, ¿poeta y ensayista? Cuestión de gustos, preferencias y, sobre todo, de formas diversas y complementarias de lectura de una *summa* verbal, igualmente diversa y complementaria. «La idea corriente de distinguir en Octavio Paz al poeta del ensayista me parece equivocada, simplificadora. Paz fue un poeta intelectual, personaje poco frecuente en la tradición de nuestra lengua y fue un intelectual, un ensayista poeta. Un poeta sintético, incisivo, que consigue la belleza literaria en la síntesis, en la paradoja, en la com-

plejidad nuclear de las imágenes, y un ensayista de prosa elegante, civilizada” (Jorge Edwards).

En todo caso, de águila fue su vuelo: alto, minucioso, incoercible. De sol sigue siendo su Palabra: densa, vigorosa, iluminadora. Águila y sol en movimiento circular y ascendente: “el hombre y la galaxia regresan al silencio”. Sin él, “la tierra es un lenguaje calcinado”: ceniza de un Ser, una biblioteca, un Logos irremediabilmente perdidos. 



Tres poemas de Tulio Galeas^{*}

HÖLDERLIN

*Tu nombre en el centro de la lluvia
huyendo de la luz instantánea,
cruzando como un fantasma en verso
el lastre de tu época.*

*En esa torre tu himno atascado de noche. Saldrás solo
a la muerte.*

*Llegarás a nosotros
atravesando el lodo, la hojarasca,
el olor a tinieblas que a la estirpe rodea.*

*Detrás de los grandes cortinajes
sueitas en tu delirio una epidemia de belleza
como la lucidez de una calle abierta y su furor eléctrico.*

*En tu reino de fuego
arderá nuestro siglo.*



* Poeta, médico, autor del poemario *Las razones*.


Ladera este (1962-1968), donde incluye textos importantes ya anteriormente publicados, como "Viento entero" y «Blanco».

Arbol adentro (1976-1987), donde reúne, junto a su nueva producción, muchos de sus textos ya conocidos, «con varias revisiones y correcciones». Todos ellos, al decir de Paz, «objetos verbales inacabados e inacabables».

El grueso de su obra, la más asentada, fundamental y perdurable, "abierta a vastos horizontes, teñida de sensual inteligencia y humanismo íntegro" (Academia Sueca), está representada por *El laberinto de la soledad*, *¿Águila o sol?*, *El arco y la lira*, *Corriente alterna*, *Cuadrivio*, *Los hijos del limo*, *Sor Juana Inés o las trampas de la fe*.

Paz, ¿poeta o ensayista? Paz, ¿poeta y ensayista? Cuestión de gustos, preferencias y, sobre todo, de formas diversas y complementarias de lectura de una *summa* verbal, igualmente diversa y complementaria. «La idea corriente de distinguir en Octavio Paz al poeta del ensayista me parece equivocada, simplificadora. Paz fue un poeta intelectual, personaje poco frecuente en la tradición de nuestra lengua y fue un intelectual, un ensayista poeta. Un poeta sintético, incisivo, que consigue la belleza literaria en la síntesis, en la paradoja, en la com-

plejidad nuclear de las imágenes, y un ensayista de prosa elegante, civilizada" (Jorge Edwards).

En todo caso, de águila fue su vuelo: alto, minucioso, incoercible. De sol sigue siendo su Palabra: densa, vigorosa, iluminadora. Águila y sol en movimiento circular y ascendente: "el hombre y la galaxia regresan al silencio". Sin él, "la tierra es un lenguaje calcinado": ceniza de un Ser, una biblioteca, un Logos irremediabilmente perdidos. 



Caja de música

H e r n á n A n t o n i o B e r m ú d e z *

*Si acaso
deciden
buscarme
me encontrarán
afinando mi caja de música. (p. 55)*

En enero de este año la Editorial Universitaria Centroamericana (EDUCA), con sede en Costa Rica, publicó la tercera edición de la *Antología personal* de Roberto Sosa, una selección de los poemas «de mayor significación humana y social que he escrito a lo largo de mi existencia» (p.7).

A los lectores que tuvieron acceso a la *Obra completa* de Roberto Sosa, publicada en 1990, esta reciente edición de *Antología personal* les brinda nueve poemas nuevos: por una parte, *Estatuaria*, *Naufragio* y *Alta mar*, pertenecientes al poemario *Mar interior* (1967), y hoy recapturados, por otra, *Tu imagen en una tarde de lluvia*, *Vespertina*, *Adiós marino* y *Belleza perfecta*, agrupados bajo el título de *Poesía reconstruida* (a la par del ya conocido *Amapala*) y, finalmente, *El Silencio de las sirenas* y *Copán*, ambos fechados en 1996, y ofrecidos juntos como *Poesía última*.¹

En todo caso, *Antología personal* reúne, en sólo 127 páginas,² lo esencial de la obra del poeta vivo de ma-

yor calado en la Honduras del siglo XX. Obra que, además, es una piedra de toque -un parte-aguas- en la poesía hondureña contemporánea. En efecto, Roberto Sosa ha sabido construir una poética luminosa, coherente, y del todo lúcida, cuya impronta ha marcado a buena parte de los poetas que han publicado aquí durante los últimos treinta años.

La obra sosiana recogida en esta antología posee dos grandes vertientes: la crítico-utilitaria, alusiva a la realidad social, y la de contemplación y gozo, donde escribir se vuelve una aventura estética. Ambas, la de utilidad y la de regocijo -como diría José Donoso- (aunque suene un tanto esquemático), arman este libro, soldadas y saldadas por una intuición artística que va de la ironía al sarcasmo, modulado por el ocasional humor acre.

Con todo, los diversos afluentes que conforman el vasto río de la producción poética de Sosa dejan un sedimento amargo, de acrimonia, que, sin embargo, jamás corre el riesgo de aguarse en un ejercicio de conmisericordia sentimental, ni permite que los elementos de crítica política y de realidad histórica se traduzcan en acusaciones panfletarias.³

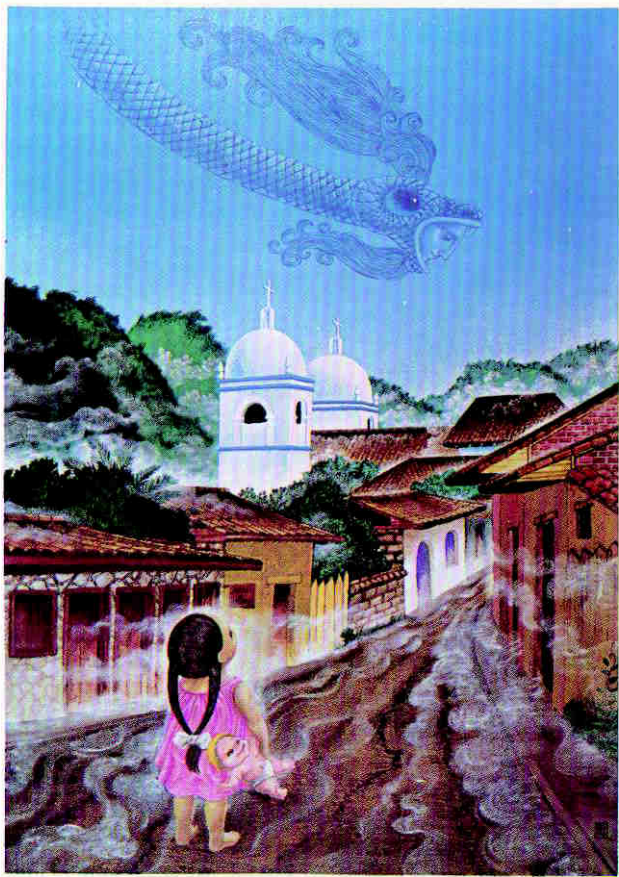
Sin embargo, la obra espléndida de Roberto Sosa sólo alcanzó estos logros tras un largo y tormentoso reco-

* Crítico, ensayista, ex-Embajador en varios países.

1 Dadas las fechas, esta *Poesía última* no pudo ser incluida en la primera edición (1995) de *Antología personal*.

2 *Obra completa*, libro de pasta dura, hoy inencontrable, tenía casi el triple de páginas, pero incluía, asimismo, textos en prosa, entrevistas e ilustraciones.

3 Afortunadamente de los 23 poemas de *Secreto militar* (1985), el más politizado de sus libros, aparecidos en *Obra completa*, el autor sólo ha dejado 6 en *Antología personal*, de los cuales uno, el que le da título a ese poemario -subtitulado Respuesta a Rafael Heliodoro Valle-, es un texto minúsculo de apenas dos líneas, y *Urgente* es un poema tierno y conmovedor, ajeno al aliento denunciatorio de *Secreto militar*.



ruido, desde *Caligramas* en 1959, y *Muros* en 1966, pasando por *Los pobres* (1969) y *Un mundo para todos dividido* (1971), hasta desembocar en *Máscara suelta* y *El llanto de las cosas*, que se hicieron accesibles al lector hondureño recién en 1990, con la publicación de *Obra completa*.

En verdad, fue solamente a partir de *Muros* que Sosa encontró una modulación adecuada para incorporar los filamentos de su experiencia personal, tatuada por una intensa reflexión sobre la propia condición del poeta en un país atrasado abismalmente como Honduras, ese “país niño” (p. 116), “...la última de las naciones» (p.97). *Muros* abre las compuertas para darle a esos filamentos, a esas esencias, una realidad literaria o, mejor, una recreación imaginativa.

Los pobres y *Un mundo para todos dividido* significan el reconocimiento internacional de Sosa, pues el primero -no está de más repetirlo- le hizo acreedor al Premio Adonais en España, y el segundo al Premio Casa de las Américas en Cuba. Luego, tras el paréntesis que significó *Secreto militar* en su carrera de es-

critor, donde la devastadora crítica ideológica cae en lo obvio y previsible, el esplendor retorna con *El llanto de las cosas* y *Máscara suelta*.

Ambos libros perfeccionan el ritmo terso y melodioso de esta poesía, construida sobre la base del manejo diestro del lenguaje, donde cada palabra está en el sitio que le corresponde y ninguna está de más, y cuyo resultado es una dicción fluida, «líquida» como diría Matthew Arnold.

Ahora bien, si en *El llanto de las cosas* el poeta escribe de tal manera que la utilidad está subyacente, y el lector la percibe casi inconscientemente, en *Máscara suelta* se queda con el regocijo, dentro de cuyos bordes la sustancia erótica, la pasión carnal, es, desde siempre, fuente de placer:

*Tu nombre digo y beso tu blancura.
Tu nombre escribo y toco, hebra por hebra, el
cisne negro del pubis. (p. 98)*

En todo caso, *El llanto de las cosas* y *Máscara suelta* entrañan la conquista, por parte del autor, de los mecanismos más secretos de su arte, portadores de tópicos obsesivos que configuran una suerte de mitología personal:

*Dichosos los amantes porque les pertenece
el grano de arena
que sostiene el peso del centro de los mares.*

*Hipnotizados por los juegos de agua
no oyen
sino la música que sus nombres esparce.
(p.101)*

A propósito de fijaciones, en los cinco poemas de *Poesía reconstruida* y en los dos de *Poesía última* está presente el agua y, más aún, en todos ellos salvo en *Tu imagen en una tarde de lluvia* aparece el mar y su oleaje. Así, en *Vespertina*: La tarde / (...) /se hace a la mar y rompe su espejo fantástico. (p. 122)

En *Adiós marino*: Mi verdadera sombra /la perdí en alta mar./
(...) /Ah, seda fina/ el amor que se pierde tras el mar.
(p. 123)

En *Belleza perfecta*: El centro de los mares adelgazó tu forma. (p. 124)

En *Amapala*: Ola tras ola repite el mar de largo (p. 125)

En *El Silencio de las sirenas*: Te esperan / y aguardan / altas contra la Luna a orillas del mar. (p. 126)

Finalmente, en *Copán*: Copán: la mar así será cuando se seque. (p.127)

En ello Sosa es fiel a sí mismo, pues desde *Mar interior* emerge el tema marino, manteniéndose a flote en toda su obra. Para el caso, en el poema *Naufragio* expresa que “el mar es mi hermano mayor» (p.32). En el hermosísimo trabajo *Mi padre*, al referirse a su progenitor afirma que éste «Amaba los inviernos, /la mañana,/ las olas» (p.47), y, más adelante, «el mar, me acuerdo, / vestido de negro, abandonó la orilla» (p.51). En el preámbulo (bastante cargado de tintas, por cierto) de *Antología personal*, el autor confiesa que «adoro el mar y su silencio previo a la tempestad» (p.9).

Con la ciudad de Tegucigalpa se detecta una relación crispada, de rechazo y -a veces- de atracción. Ya en su primer libro *Caligramas* le dedicó un texto memorable («Aquí siempre se es triste sin saberlo./ **Nadie conoce el mar***/ ni la amistad del ángel”), que termina con los célebres versos (cuanto más se repiten, más gustan): «Tegucigalpa,/Tegucigalpa,/ duro nombre que fluye/ dulce sólo en los labios».

En *Máscara suelta* hay una cierta ambivalencia, pues si en algún momento se refiere a ella con sorna como «este poblón sin música” (p.91), en otro le lanza un requiebro: «Tegucigalpa, ciudad condenada a ser bella» (p.99). Además, sobre ella «pasaron infinitudes de lunas», y bajo sus puentes «han pasado muchísimas estrellas» (pp.99 y 102). En *El llanto de las cosas* vuelve a fustigarla: “Bajo su estrella fija Tegucigalpa



es una ratonera” (p. 117). Es ésta, la sensación de ahogo, la que predomina, a diferencia de lo que ocurre con *La Ceiba* y *Amapala*, las otras dos poblaciones a las que dedica sendos poemas.

No en balde se trata de puertos, de cara al mar, cuyos efectos en el poeta ya conocemos. Así, a *La Ceiba* le dice:

Fuiste la sola que no me hizo daño y para ti este canto, ciudad buena.

(p. 15)

Al otro pueblo costero, le canta con ternura:

Amapala, niña arenosa, Amapala.

(p. 125)

Es de hacer notar que, en un fragmento de este mismo poema *Amapala*, el pulso verbal busca deliberadamente los ecos de una cadencia del todo musical:

*Haciadonde ao - haciadonde oe
ola tras ola repite el mar de largo
haciadonde ao - haciadonde oe.*

(p. 125)

Resulta llamativo presenciar una ondulación tal de la forma poética en trance de mimetizarse en canción. Tampoco se puede dejar de mencionar cómo Sosa consigue involucrar el decir diario y engarzarlo en la escritura de manera pasmosamente natural:

*Tierno
como una herida recién hecha
el corazón retrocede y el dulce se le quema*.*
(p. 126)

O si no:
*Mujer, la de la mano amiga sobre el hombro,
los extremos se tocan*, con amor, en tus dedos.*
(p.92)

* El subrayado es mío.

* El subrayado es mío.

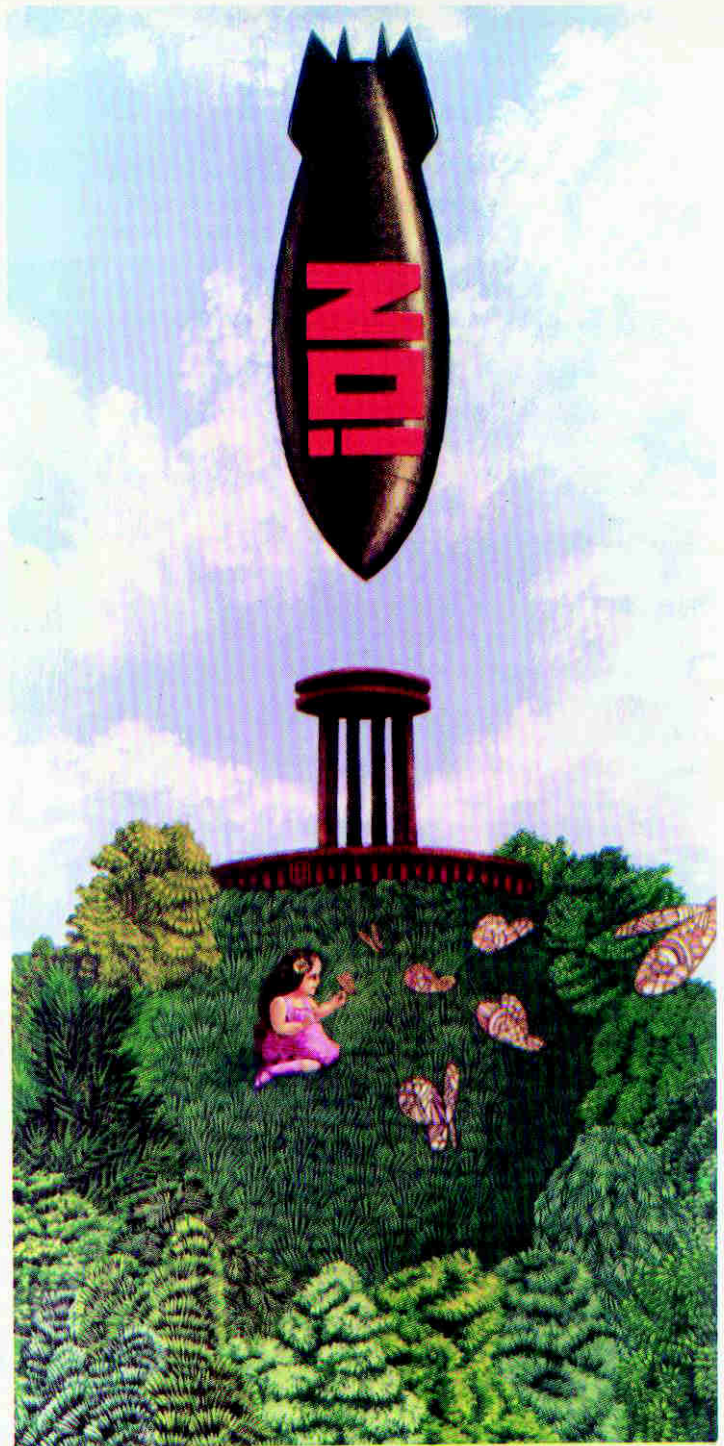
No quisiera dejar de señalar, en otro plano, la maestría con que Sosa ha solido emplear el superlativo en su producción poética. *De Caligramas a Un mundo para todos dividido* aparece con asiduidad⁴: tristísima, purísima, fragilísimas, falsísimo, blanquísimas, facilísimo, muchísima, cortísimos, viejísima, honestísimos, sensibilísimos y purísimos. Se trata de un recurso literario que incluso forma parte del estilo reconocible de Sosa. Curiosamente está ausente en *Secreto militar*, y de allí en adelante se utiliza sólo en seis ocasiones y con dos nuevas voces: oscurísima y bellísima.

También cabe destacar la presencia de dos neologismos: «azulinante» (y ese pez/que vuela azulinante hacia el final de tus desnudeces...p.90), y «niñino» (Estuvo, así niñino, desnudo de dolor por dentro...p. 110). Tales hallazgos, palabras salidas del magín del poeta, se adhieren al entramado de un lenguaje que ha venido puliéndose en largos años de oficio hasta alcanzar el actual nivel de calidad.

En *Antología personal* están, pues, los trazos fundamentales del genio poético sosiano, una autobiografía a menudo en clave, la expresión lírica de su subjetividad. Aquí se pliega y despliega el poder evocador de una escritura dotada siempre de rigor formal.

José Donoso sostenía que cada país y cada época de alguna manera encuentra un idioma propio en una forma determinada. Creo que la Honduras de la segunda mitad del siglo XX halla su mayor logro literario -su idioma propio- en la poesía de Roberto Sosa. Esa «estampa de la espera» a la que alude Ramón Oquellí en el título de su último libro, como definición del país (Medardo Mejía **dixit**), se transmuta (alquimia poética mediante) en metal precioso, se vuelve aquí «oro de Honduras».

Tegucigalpa, 3 de agosto de 1998. 



⁴ Y, sin embargo, no se nota ni abruma al lector: de ahí la maestría.

En la UNAH:

Crean Programa de Investigación acerca de la Realidad Nacional

El propósito es analizar y estudiar los principales problemas del país, generar debates y propuestas constructivas.

De acuerdo a la Constitución hondureña, la Universidad Nacional Autónoma de Honduras, UNAH, tiene la función de contribuir a la investigación científica, humanista y tecnológica de los problemas nacionales. También señala que deberá programar su participación en la transformación de la sociedad hondureña.

Partiendo de este mandato, el Consejo Universitario aprobó la creación del PROGRAMA DE INVESTIGACION DE LA REALIDAD NACIONAL, un proyecto propuesto por la rectora universitaria, Ana Belén Castillo.

Para la primera mujer que rectora la más importante casa de estudios de Honduras, esta medida académica permitirá formar profesionales con un dominio real de sus respectivas disciplinas; se enriquecerá la formación académica de los docentes generando con ella "vida universitaria"; y ofrecerá un conocimiento profundo de la realidad nacional para no depender, como hasta ahora, de informes de agencias internacionales en la búsqueda de lo que somos y el lugar que ocupamos en el concierto de las naciones.

A fin de darle vida a las investigaciones sobre los trabajos que se efectúen en diversos campos, se informará periódicamente a la nación en lo que respecta a su situación, sus problemas y posibles soluciones.

La obligación universitaria de investigar sólo se ha cumplido a medias, toda vez que el Alma Mater forma profesionales que, con su inserción en las distintas esferas y sectores de la sociedad, contribuyen, cada quien a su manera, a dicha transformación.

La rectora de la UNAH considera que, bajo estas circunstancias, la contribución de la universidad, de acuerdo a los requerimientos constitucionales, no es suficiente.

Para superar esta situación, mediante el PROGRAMA DE INVESTIGACION DE LA REALIDAD NACIONAL se busca alcanzar mejores niveles en el campo del conocimiento de lo que somos, como país y nación.

De acuerdo a la exposición realizada por la rectora ante los miembros del Consejo Universitario, la investigación que por ley le corresponde a la UNAH debe ser real,



El Consejo Universitario, bajo la presidencia de la rectora Ana Belén Castillo creó este importante programa de la UNAH. A partir del próximo año, la institución presentará un informe sobre el estado de la nación.

no ficticia, y debe comprender todos los campos del saber que en el Alma Mater se desarrollan.

Esto quiere decir, indica la rectora Castillo, que debemos incorporar a los estudiantes -bajo la dirección de los docentes- a proyectos y programas de investigación real, cuyos resultados sean conocidos por el pueblo hondureño y que puedan ser aportes y herramientas fortalecedoras del proceso de desarrollo sostenible y orientado a mejorar el nivel de vida del pueblo hondureño.

EL PROGRAMA DE INVESTIGACION DE LA REALIDAD NACIONAL ha iniciado con un buen pie: existen ya los primeros trabajos para darle real contenido y de acuerdo a las disposiciones del Consejo Universitario, anualmente y a partir de septiembre del año entrante, se dará a conocer a todo el pueblo de Honduras un INFORME SOBRE EL ESTADO DE LA NACION.

Así, se proporcionará información científica desde el aspecto económico, de la salud, jurídico, el arte, la situación de la vivienda, hacia la mujer, la infraestructura vial, la seguridad del agua, entre otros aspectos.

La rectora universitaria señaló que al realizar esta importante labor investigativa, la UNAH a la vez que impulsa la formación de profesionales del más alto nivel, informará científicamente sobre nuestras circunstancias, reafirmará su credibilidad institucional y su carácter de ente autónomo del Estado que no le teme a las amenazas de privatización, pues precisamente desarrolla continuos servicios de invaluable trascendencia para toda la nación.

MANIFIESTO DEL MOVIMIENTO CIUDADANO

Nosotros, ciudadanos y ciudadanas de Honduras, conscientes de la profunda crisis por la que atraviesa nuestro país y profundamente preocupados por el destino de la Nación, hemos decidido reunirnos nuevamente para dar vida e impulso a un movimiento de carácter social y cívico, que propugne por la democracia plena, por una sociedad civil fuerte y consolidada, una ciudadanía participativa, un país moderno, plural, tolerante y respetuoso de los derechos humanos, con altos grados de equidad social, ecológicamente sostenible y éticamente integrado. En pocas palabras, queremos una Honduras más democrática, un país más moderno y desarrollado, una sociedad menos pobre y más participativa, más humana y solidaria, con mejores niveles éticos, mayor seguridad para las personas y los bienes, menos impunidad y más tolerancia.

A escasos dos años del nuevo milenio, la Honduras que tenemos no es ni puede ser motivo de orgullo para la clase dirigente local - una mezcla abigarrada de políticos civiles, militares, empresarios, etc. - que ha sido la responsable de guiar los destinos del país en este siglo. A pesar de la abierta confianza que los ciudadanos han depositado en sus líderes políticos a través de todos estos años, la verdad es que los resultados de la gestión pública han sido lamentables. El país que hoy mostramos ante el mundo es un país moralmente desintegrado, políticamente atrasado, socialmente desigual e inequitativo, económicamente pobre. Honduras, en cambio, es un país rico, sus recursos naturales son variados y suficientes, su población es laboriosa, su situación geográfica es envidiable, con un gran potencial de desarrollo, pero la mayoría de los hondureños son pobres y, muchos de ellos, indigentes y miserables, sin posibilidad alguna para satisfacer ni siquiera sus necesidades básicas elementales. O sea que, el país que tenemos en la actualidad no es ni puede ser el país que los hondureños queremos.

Es necesario cambiar, transformar al país. Pero para ello es preciso tomar plena conciencia de la necesidad y posibilidad de tales cambios y transformaciones. Debemos saber que el cambio no sólo es necesario sino que también es posible. Y algo más importante: que la tarea del cambio debe ser un esfuerzo compartido, de todos y para todos.

Por eso, creemos que es útil e indispensable impulsar iniciativas como ésta, la del Movimiento Ciudadano, que surge para contribuir al cambio, para ayudar en la transformación de Honduras, para estudiar, reflexionar en forma conjunta, analizar los grandes problemas del país, y hacer propuestas concretas sobre la mejor forma de enfrentarlos y resolverlos. Somos un Movimiento que surge y resurge en el proceso de construcción de la ciudadanía que el país requiere. Somos un Movimiento que surge como expresión de esa emergente sociedad civil que el país necesita y demanda. Somos un Movimiento políticamente democrático, ideológicamente plural y socialmente múltiple. Somos, en síntesis, un Movimiento Ciudadano.

El país por el cual abogamos y luchamos es un país democrático y moderno, con instituciones jurídicas viables y consolidadas, con un sistema político a tono con los nuevos tiempos, con procedimientos electorales que aseguren la participación libre y amplia de los ciudadanos. Queremos un país con una sociedad civil activa, con una fortalecida cultura democrática; un país en el que los funcionarios sientan la necesidad y el deber de rendirnos cuentas a todos, en el que los gobernantes no se sientan nunca por

encima de la ley y sean los primeros en respetarla y promoverla.

Queremos que en Honduras funcione a plenitud el Estado de derecho. Que gobernantes y gobernados respeten la ley, combatan la impunidad y rechacen el autoritarismo y la intolerancia en cualesquiera de sus formas.

El principio de la rendición de cuentas es uno de los mejores instrumentos en la lucha contra la corrupción. Si abogamos por un país moralmente limpio y éticamente integrado, debemos promover la cultura de la rendición de cuentas y el espíritu de vigilancia creadora entre la población ante todas las acciones de la gestión pública.

Honduras debe ser un país con amplias oportunidades para todos, sin exclusión social ni privilegios exclusivos para unos pocos. Para ello, entre otras cosas, es menester afrontar con decisión y firmeza el combate contra la pobreza. Mientras se mantengan los actuales altísimos niveles de pobreza e inequidad social, el país no podrá nunca ser plenamente democrático. Con pobreza no hay participación social efectiva. Y sin participación social no hay democracia posible.

O sea que, la conversión de Honduras en un país efectivamente democrático, pasa inevitablemente por el alivio y la eventual erradicación de la pobreza. Y en esta batalla, el combate contra la pobreza rural, la más amplia y profunda, debe ser prioritario. Hay que ocuparnos más del campo, volverlo atractivo a los ojos de sus habitantes, desarrollar la agricultura, tomando en cuenta que un poco más de la mitad de la población del país vive todavía en las áreas rurales.

Honduras debe ser, también, un país ecológicamente viable, con un adecuado y provechoso uso de sus recursos naturales. La protección del ambiente, su defensa y cuidado, deben ser tareas de todos.

Y, por supuesto, también queremos que Honduras sea un país seguro, con aceptables niveles de tranquilidad social y con las suficientes garantías jurídicas para que los ciudadanos puedan vivir sin la zozobra y la angustia que caracterizan a nuestra sociedad en la actualidad. Un sistema efectivo de seguridad ciudadana es indispensable para que el país pueda desarrollarse y vivir en paz.

Finalmente, y sin pretender agotar la lista de nuestras proposiciones y anhelos, queremos un país abierto al mundo, con vocación integracionista, sin temor a la apertura política y económica, convencido de las urgencias y bondades de la modernidad.

Un país preparado para ingresar al nuevo milenio, listo para afrontar los retos y desafíos del nuevo tiempo.

Para luchar y abogar por este tipo de país, resurge hoy el Movimiento Ciudadano en Honduras.

Tegucigalpa, 15 de septiembre de 1998.

Carlos Godoy Arteaga
Elia B. Pineda
Efraín A. Díaz Arrivillaga
Julieta Castellanos
Mayra Chang
Leticia Salomón
Rodolfo Pavón C.
Rafael Murillo Selva

Ramón Oquellí
Rafael Leiva Vivas
Mario Argueta
Rubén Palma Carrasco
Adolfo J. Facussé
Víctor Meza
Ramón Salgado
Guillermo Zelaya



ASTROLABIO. *Muestra la posición relativa de algunos astros en un momento dado.*